

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA
CONVOCATORIA 2010-2012**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA
VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLÓGICO**

**LA PRODUCCIÓN DE LAS CORPORALIDADES EN LA PLAZA FOCH:
SEPARACIÓN SOCIAL**

RUTH VALERIA ANDRADE PROAÑO

MARZO 2013

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA
CONVOCATORIA 2010-2012**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA
VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLÓGICO**

**LA PRODUCCIÓN DE LAS CORPORALIDADES EN LA PLAZA FOCH:
SEPARACIÓN SOCIAL**

RUTH VALERIA ANDRADE PROAÑO

ASESOR DE TESIS: MARÍA AMELIA VITERI

**LECTORES/AS: MERI TORRAS
 ALFREDO SANTILLÁN**

MARZO 2013

DEDICATORIA

A Martina Cobas Andrade, que es mi sol, mi fuerza, mi inspiración. A Ruth Proaño Povea quien me ha dado la voluntad de la búsqueda infinita. A Diego Andrade Andrade porque plantó en mi corazón para siempre el optimismo, la alegría, la entereza del alma. A Francisco, Fernando y Paulina Andrade Proaño, mis compañeros de vida, con quienes crezco cada día y de quienes aprendo en cada momento. A Andrea Hidalgo, Pamela Luna y Santiago Paladines, mis nuevos hermanos. A Paula y Emiliano, José Ignacio y Manuela luces nuevas de la familia. A Vilmedis Cobas, Yulia Vidal y Amalia la bella, mi familia. A mis compañeros de aventura Antropología Visual 2010-2012, porque me atravesaron con sus ideas, con sus cuerpos, con sus afectos.

AGRADECIMIENTOS

A X Andrade, quien me entregó este tiempo de aprendizaje y vida. A María Amelia Viteri, porque apostó por mí en los momentos de la duda. A Eduardo Kingman por obligarme a ir más allá de mí misma. A Werner Vásquez, quien con toda la paciencia introdujo en mi imaginario la investigación académica. A Meri Torras porque dota de nuevos sentidos a mis búsquedas. A Alfredo Santillán quien me prestó sus ojos para enriquecer mi mirada. A Franklin Ramírez por la comprensión de las claves políticas. A todos los profesores, porque desde sus propios trabajos, abrieron muchos puntos de vistas y con ellas, las posibilidades. A todas las conversaciones con los y las amigas porque fueron aportes importantes. A todas las personas entrevistadas quienes generosamente brindaron sus opiniones para la construcción de esta investigación.

A Johanna Sánchez, Andrea Zambrano Rojas, Sarah de la Cerda, Edison Cáceres Coro, Fausto Villalba Noboa, Daniel León, Gabriel Arroyo, Andrés Ruíz, Mireya Guerra y Leonardo Pinto quienes participaron en el taller ¡A la Calle! y pusieron sus ideas, sus reflexiones, su entusiasmo para hacer un cuerpo colectivo de creación artística.

ÍNDICE

RESUMEN	6
CAPÍTULO I	7
DELIMITANDO EL OBJETO DE ESTUDIO	7
Problema Académico	7
Antecedentes	9
Objetivo General y Objetivos Específicos	11
Revisión Teórica	12
Sobre el espacio Público	12
Espacios inscritos	15
Cuerpo y corporalidad	17
Discursos: moral y vigilancia	20
Imaginario sociales y urbanos, representaciones simbólicas	23
Performance, performativo y performático	26
Estrategia Metodológica	31
Fuentes Primarias	33
Observación Participante	33
Entrevistas	33
Fuentes Secundarias	34
Taller de Creación Colectiva	34
División por capítulos	35
CAPÍTULO II	37
EL ESPACIO CONSTRUIDO	37
Espacios, discursos y cuerpos	37
La Mariscal, brochazos para una historia	37
Producción discursiva de la degradación y rehabilitación urbana	42
La producción del espacio-mercancía	47
Los nuevos escenarios de tensión	51

CAPÍTULO III	57
LA PRODUCCIÓN DE LAS CORPORALIDADES	57
Modos de “estar juntos”, identidad y diferencia	57
Inseguridad y Miedo	63
Adentro en la Plaza Foch: simulacro y espectáculo	72
La producción corporal en la “sociedad de consumidores”	82
Diversidad sexual	86
CAPÍTULO IV	90
LA MARISCAL: INVENCIÓN, DESFOGUE Y DESEO	90
La Zona Rosa, “geografía del deseo y la avidez”	90
Control vs Carnavalización	95
Pluralidad como política para el espacio	99
Producción simbólica y política	102
¡A la Calle!	105
¿Es posible pensar en una producción política de las corporalidades?	107
CONCLUSIONES	110
BIBLIOGRAFIA	119

RESUMEN

Esta investigación se pregunta, cómo se lleva a cabo el proceso a través del cual se construyen ciertas corporalidades hegemónicas en la Plaza Foch y cómo a partir de ellas se generan nuevas formas y procesos de separación social. Se plantea el cuerpo como el lugar de encarnación de estructuras sociales y lugar de conocimiento; pero ante todo, como agente operador de prácticas sociales y cambios políticos, que aparece y desaparece en la construcción de sentido individual y colectivo, mediante sus formas de representación y performance que se inscriben en las lógicas de los espacios, en este caso, público. Se ha planteado la investigación en este lugar, muy acotado, ya que la plaza como espacio público por excelencia, articula y estructura lógicas sociales, económicas; cuyas políticas de gestión están abocadas a la producción de servicios y consumo. Este proceso se enmarca en cambios urbanísticos de renovación, propios de las transformaciones globales de las ciudades contemporáneas.

CAPÍTULO I

DELIMITANDO EL OBJETO DE ESTUDIO

El Problema Académico

Esta propuesta de investigación se plantea estudiar las producciones corporales dentro de un espacio determinado: la *Plaza Foch*, la cual se enmarca en una configuración socio-espacial más amplia: el barrio de *La Mariscal*. Esta tiene como objetivo analizar los modos mediante los que se crean nuevas dinámicas de separación y exclusión social dentro y fuera de la Plaza; ya que en ella, en tanto espacio público por excelencia, se articulan y vertebran lógicas y dinámicas sociales que objetivan las estructuras simbólicas, culturales, económicas y políticas. En este contexto, el barrio de *La Mariscal* se ha convertido en las últimas décadas en una de las centralidades de mayor desarrollo de la ciudad¹, tanto por su ubicación, como por sus características arquitectónicas y los sentidos atribuidos al espacio. Esta configuración socio-espacial histórica es lugar de concentración de producciones de significados, así como de acciones que han motivado fuertes inversiones, acompañadas por sus respectivas políticas públicas de renovación y recualificación urbana. Estas transformaciones han sido llevadas a cabo desde una visión empresarial, ligadas al desarrollo de una economía terciaria de servicios; gracias a dineros privados y con el apoyo de las políticas de la Administración Municipal del Distrito Metropolitano de Quito.

Los cambios en la ciudad, como plantea Carrión (1983), se empezaron a dar en la década del setenta; sin embargo, es a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa que las políticas de “rehabilitación urbana” se intensificaron. Tanto así que para el año 2005, conforme con “la nueva situación de la vida de Quito y su Distrito metropolitano, y ante los desafíos que impone el contexto nacional y mundial” (FAO: 2009), la Administración Municipal habilitó la *Ordenanza Especial de Zonificación*. Esta ordenanza declara a la “*la zona*”² como “uno de los referentes más importantes del Quito moderno y un nodo de concentración y desarrollo de actividades económicas y turísticas del Distrito

¹ “La renovación urbana que se inicia en Quito a partir de la década del sesenta, resulta de un proceso histórico único pero expresado bajo dos manifestaciones territoriales concretas, diferentes y diferenciadas: el Centro Histórico de Quito (CHQ) y la Mariscal Sucre (MS)” (Carrión 1983:20).

² Nombre que se le da coloquialmente al sector de La Mariscal.

Metropolitano de Quito y en tal virtud, un importante centro estructurador del desarrollo urbano de la ciudad”.³ De este modo, se dio un marco jurídico y administrativo para establecer un control de los espacios públicos de *La Mariscal*, mediante la regulación del uso y el valor del suelo: Plan de Uso y Ocupación del Suelo (PUOS) y el Nuevo Régimen del Suelo del Distrito Metropolitano de Quito⁴. Regulación que entiende la renovación como el privilegio al desarrollo de actividades comerciales y turísticas en la zona. En la actualidad, este espacio representa un centro pujante de actividades financieras, administrativas y comerciales, convertido en espacio para la diversión, el turismo y el consumo. Así es como se lo describe en el *Sitio turístico oficial de Quito*, portal de la *Empresa Pública Metropolitana Quito Turismo*: "Si existe algún lugar en Quito que puede ser considerado como el centro del entretenimiento, este definitivamente es el barrio de La Mariscal, donde existen infinitas alternativas para comer, comprar y bailar."⁵

En este proceso, el cruce de las calles Reina Victoria y Mariscal Foch, conocido actualmente como la *Plaza Foch* o *Plaza del Quinde*, anteriormente como *Las Cuatro Esquinas*, se ha convertido en el corazón mismo de la recualificación urbanística. Cambio que reconfigura el diseño del espacio público, implantando a su vez, ciertos imaginarios sociales, nuevas formas de uso, así como articulaciones o desvinculaciones sociales dentro del mismo. Estas transformaciones en el uso y valoración de los espacios públicos, han provocado de igual forma, cambios en las dinámicas sociales; las cuales se manifiestan en la producción de corporalidades inscritas en relación al lugar, mediante vínculos de identidad, pero también de diferencia. Corporalidades o corpo-realidades, como sugiere Meri Torras, que se establecen en relaciones asimétricas de poder, a partir del estatus y la capacidad de consumo, de imaginarios de clase, de discursos de moral y ciudadanía⁶. Tanto

³ Ordenanza de Zonificación para el sector La Mariscal. Registro Oficial No 147 del día jueves 17 de Noviembre del 2005.

⁴ “El PUOS es el instrumento de planificación territorial que fija los parámetros y normas específicas para el uso, ocupación y fraccionamiento del suelo en el territorio del Distrito Metropolitano de Quito (DMQ)” http://sthv.quito.gob.ec/index.php?option=com_content&view=article&id=20&Itemid=68

⁵ “Sitio Oficial Turístico de Quito” en: <http://www.quito.com.ec/index.php/explora-y-disfruta/la-mariscal>.

⁶ “La Mariscal”, particularmente el “Programa de intuición moral y ciudadana”

como en la segregación racial y étnica o la estigmatización de la diversidad sexual y de género.

Antecedentes

Siguiendo a Carrión (1983), Quito vivió procesos de transformación urbana, promovidos dentro de un marco de políticas neoliberales; las cuales han establecido un modelo de acumulación y concentración de capital comercial en las ciudades. Estas políticas impulsan a su vez, procesos de “renovación”, “regeneración” o “rehabilitación” de la infraestructura urbana, en función de las demandas del mercado turístico global, tendientes a la privatización en un tipo asociativo de gestión público/privada. Este es un modelo de gestión de las ciudades que ahorra a los gobiernos locales unos gastos y redistribuye otros; pero en esa discusión entre público y privado, quienes representan lo privado son economías con cierto poder que imponen sus intereses. Así, “la renovación urbana depende directamente de la renovación de los valores de uso de la ciudad en función de los requerimientos del capital (productivo e improductivo)” (Carrión 1983:8). En ese sentido, se da un fenómeno más cercano a la privatización que al acuerdo público/privado. La producción del espacio se orienta entonces a una economía de servicios, por tanto, de consumo “no muy democrática” (Andrade 2005:s/n). Como consecuencia, el espacio público se privatiza, las formas de apropiación del mismo por parte de la ciudadanía son gradualmente restringidas y nuevas fronteras raciales, de clase y género acompañan la emergencia de un paisaje social fragmentado. Dinámica que se expresan en la construcción social de las corporalidades y el comportamiento cotidiano.

En primera instancia, se comprende la plaza como un dispositivo arquitectural que “vehiculiza formas de poder de carácter disciplinario” (Kingman 2009:21). Se entiende la disciplina como “una política de coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos” (Foucault 1998:141). Por lo tanto, se analizará la Plaza Foch como dispositivo disciplinario que instaura una normatividad en las formas de producción de los cuerpos, en los marcos de percepción, expresión e interpretación corporales, para establecer formas de acceso y permanencia de los usuarios en el espacio. De este modo, “El cuerpo humano entra en un

mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone” (Foucault 1998:141). Sin embargo, dada la heterogeneidad estructural de la composición social, este proceso disciplinario es también contradictorio, no es unívoco, monolítico, cerrado. Sino que las formas de apropiación, a pesar de las políticas de gestión del espacio, rebasan las normatividades y en esta medida, modifican las redes de relaciones humanas, los flujos de sentido y las disputas de las identidades y las diferencias dentro pero sobre todo, fuera de la *Plaza Foch*.

En segunda instancia, la construcción social del cuerpo se plantea como el proceso mediante el cual, la base biológica corporal es atravesada por sentidos que determinan una producción física y gestual, una forma de representación corporal. Por ende, se produce un marco de legibilidad de las acciones y los modos y formas de relacionamiento público. Esto nos conduce a plantear la categoría de “corporalidad”, la cual nos “remite a la dimensión del cuerpo en la que se realiza la vida corporal, más allá de sus cualidades puramente orgánicas” (Pedraza 2004:9). Se quiere establecer aquí una diferencia entre el “cuerpo”, como la condición física y biológica del ser humano: “en tanto encarnación del sujeto, materialidad, bios, el cuerpo es aquel sustrato común que compartimos con las mujeres o con los hombres de distintas sociedades en el tránsito del nacimiento a la muerte, aquello que nos hace semejantes” (Citro 2009: 39). Mientras la “corporalidad” o “corporalidades” se definiría como la producción del mismo, a través de sus discursos, imaginarios, representaciones y performances sociales. Como la encarnación de los sentidos que expresan su experiencia individual y colectiva, en un espacio y tiempo sociales determinados. Siguiendo a Silvia Citro, quien hace grandes aportes a la antropología con la red de estudios⁷ de y desde el cuerpo, se plantea que:

Sobre esta materialidad común de los cuerpos, la vida sociocultural construye prácticas disímiles (técnicas corporales cotidianas, modos perceptivos, formas de habitar el espacio, gestos, expresiones de la emoción, síntomas, danzas) y da lugar a representaciones de la corporalidad y de sus vínculos con el mundo también diferentes (Citro 2009:39).

Se entiende la corporalidad como la producción social del cuerpo atravesado por múltiples dimensiones de sentido, que actúan inscritos en un espacio real. Se comprende como las

⁷ Red de Antropología del Cuerpo: <http://www.antropologiadelcuerpo.com>

convenciones en la expresión y la comunicación que crean tanto las posibilidades, como los límites en los modos de percepción, por ende en las formas de interpretación de la presencia del ser en el mundo. Se generan formas de habitarlo, así como de construirlo en un proceso de doble experiencia: la del sujeto producido por estructuras de sentido y las formas de operar del sujeto que transforman los mismos sentidos que lo producen.

En una tercera instancia, la *Plaza* como eje articulador del espacio público en *La Mariscal*, condensa las formas de gestión de las ciudades que en la actualidad, como se ha planteado, están abocadas al desarrollo de actividades económicas y turísticas⁸. Lo que aquí se problematiza es, que el desarrollo de estas actividades, positivas para unos, implica el desplazamiento de otras actividades, en desmedro de aquellos otros. Se instaura así un patrón de comportamiento basado en el consumo que privilegia la construcción de corporalidades determinadas, para el acceso a los servicios del lugar. Mientras otras expresiones corporales o son invisibilizadas o son excluidas por la vigilancia privada y policial. Es así que, a pesar de que es un espacio muy amplio, la *Plaza Foch* no cuenta con ninguna banca en la que las personas puedan sentarse y permanecer; quienes permanecen en el lugar, son los usuarios que acceden a los locales y pagan sus servicios, cuyo costo se establece como un límite para el acceso. Otra frontera de acceso se establece “a través de constantes llamados del poder local al civismo y a la recuperación de las tradiciones, los valores y las “buenas costumbres” que por lo general son de tipo conservador y aristocrático” (Allan 2009:5). Buenas costumbres que se manifiestan en estereotipos corporales y performativos, los cuales se evidencian en las formas de vestir, en el modo de actuar aceptablemente en el espacio público; donde la gestualidad es discreta, la expresión corporal es educada en los modales, el control de la mirada y del tacto, del ruido que se hace. El juego de estas formas de control en el ámbito público, promueven nuevas formas de exclusión; cuya base se asienta en “los criterios de distinción y prestigio social” (Kingman-Salgado 2000:125), dentro de un marco de normativa moral.

⁸ Es así que la zona de la MS, hasta principios de la década del sesenta, se valoriza sustancialmente, por la conjugación de los siguientes hechos: primero, el paso de los terrenos agrícolas a urbanos y la consecuente elevación de precios y especulación de terrenos; segundo, la generación de las rentas diferenciales que introducen las obras de urbanización impulsadas tanto por la municipalidad como por el capital privado; y, tercero, las connotaciones ideológicas-políticas que adquiere en el marco del prestigio social descrito. (Carrión 1983:57)

Objetivo general y objetivos específicos

Con estos antecedentes me propongo como objetivo general analizar los modos mediante los cuales se crean nuevas dinámicas de separación social a partir de las producciones corporales dentro de un espacio determinado: la *Plaza Foch*. Y aportar con reflexiones sobre cómo se configura y reconfigura el espacio urbano y con él, como se producen las subjetividades e intersubjetividades que se expresan en la construcción de las corporalidades; las cuales devuelven al espacio nuevos sentidos que se manifiestan en apropiaciones que a su vez lo modifican. La ciudad y sus espacios públicos como escenarios compartidos, son las proyecciones de la sociedad, conocer sobre la ciudad en su configuración histórica, también es un aporte para poder reconocernos como sujetos en una colectividad, que se construye además con miras al futuro. Como objetivos específicos me planteo: a) analizar los procesos de renovación urbana en el barrio de *La Mariscal*; b) conocer los procesos dentro del espacio público a través de los cuales se operativizan las formas de separación social, de diferencia y de identidad; c) explorar posibilidades de otras formas de producción de los espacios públicos en esta zona de la ciudad de Quito.

Revisión teórica

Sobre el espacio público

El espacio es un cruzamiento de movilidades. Está de alguna manera animado por el conjunto de movimientos que ahí se despliegan. Espacio es el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como una unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales (De Certeau 2000:129).

Pertenezco a una generación en la que los y las niñas crecimos montando bicicleta en la calle del barrio, aprendiendo a patinar en el parque, jugando “marros” –versión criolla del baseball- en la plaza, cocinando fideos en las cunetas de las veredas. De ahí proviene esta “militancia callejera” que me hace volver una y otra vez a la experiencia de espacio planteada por De Certeau (2000); al espacio en el cual, cuerpos conocidos y desconocidos se hacen públicos para compartir paisajes materiales e inmateriales que en él se perciben, se movilizan, se materializan. El espacio como territorio que proyecta un mundo construido y

organizado con sus significaciones propias y territorio que se configura como una “unidad polivalente” de significados e interpretaciones. Este tiene un rol fundamental en la vivencia cotidiana, porque organiza tanto la experiencia física, como la dimensión imaginaria del ser en el mundo. Por ende, moldea y constituye a la vez, las experiencias de las personas en la vida social. Así, “es más bien, un ámbito contenedor de la conflictividad social, que contiene distintas significaciones dependiendo de la coyuntura y de la ciudad que se trate” (Carrión 2004:80). De esta forma, el espacio público se crea y recrea a la vez, en una estrecha relación dialéctica, una red compleja y móvil de imaginarios, discursos, representaciones; que moldean las corporalidades e inscriben las performances sociales en estas operaciones que orientan, circunstancian, temporalizan la experiencia espacial urbana (De Certau 2000).

En consecuencia en esta investigación, el espacio público, en tanto geografía urbana, es comprendido como la confluencia de formas y sentidos manifiestos en la arquitectura, el diseño, el equipamiento urbano; así como en las persistencias de imaginarios y representaciones que comparten en la contemporaneidad un territorio cada vez más complejo. Este se entiende como una organización interconectada por redes, flujos, dinámicas sociales urbanas. Como un escenario complejo, porque en su naturaleza de dominio público y social se articula una imbricada red de relaciones, las cuales proveen tanto una experiencia individual, como colectiva. De acuerdo con Kingman, “aun contemporáneamente, cuando lo que cuenta son los flujos y los tiempos y formas de desplazamiento, los espacios continúan jugando un rol en el sistema de redes” (Kingman 2009:21). De ahí se desprende que el espacio público es asociativo y conectivo:

En otras palabras, la estructura urbana está compuesta de distintos usos de suelo donde el espacio público tiene la función de vincular (vialidad) a los otros (comercio, administración), de crear lugares para la recreación y el esparcimiento de la población (plazas y parques), de desarrollar ámbitos de intercambio de productos (centros comerciales, ferias), de adquirir información (centralidad) o de producir hitos simbólicos (monumentos) (Carrión 2004:80).

Sin embargo, estas dinámicas relacionales no son unívocas; sino como territorio que contiene la estructura social y cultural, política y económica, este es el espacio donde convergen las contradicciones, las relaciones asimétricas de poder, las disputas de sentido, las luchas por las diferencias. Prácticas sociales que son “generalmente disyuntivas:

procesos simultáneos con significados opuestos pueden ocurrir en la misma esfera pública” (Caldeira 2007:364).

Este proceso relacional, de oposición, de identidad y de diferencia, de afectividad y deseo, quiebra el ideal burgués y racional habermasiano. Legado de la modernidad, del cual surgiría la opinión pública, que “se constituye a partir de las personas privadas que, al reunirse, forman un público. Este público debate con el Estado las reglas que han de regir las relaciones de intercambio privado (pero públicamente relevantes) de mercancías e individuos” (Kingman 2009:25). Así, el ideal moderno de espacio público se orienta a la construcción racional y democrática, que asume unas simetrías inexistentes en las relaciones de ciudadanía y de encuentro social. Pero este ideal se fractura en la experiencia real, donde las prácticas en el espacio público dejan aflorar las diferencias con sus relaciones asimétricas de poder. Relaciones que por otra parte, se asientan en las dinámicas de mercado que no ofrecen “mayores oportunidades de elección a las clases de menores ingresos y se crea una división social del espacio urbano” (Marcuse y Van Kempen 2000 en Janoschka 2002:s/n). Se promueve, como consecuencia directa una segregación, división y desintegración social, que se “expresa ahora mediante barreras físicas y limitaciones en los accesos... de este modo, se forman islas funcionales de bienestar con lugares de alto nivel de servicios, consumo y vida nocturna” (Janoschka 2002:s/n). Este proceso corresponde a los intereses de la gestión del desarrollo urbano dejado en manos de los inversores privados. En esta asociación público/privada la configuración socio-espacial registra formas de restricción al acceso; restricciones que toman acciones poco evidentes, pero muy claras para quienes tienen que mantenerse al margen de estos espacios.

Así, siguiendo también a Caldeira: “la nueva experiencia urbana está estructurada no por los valores modernos de apertura y tolerancia a la heterogeneidad, sino por la separación y el control de límites” (Caldeira 2007:364). Separación y control que operan en la distribución espacial del poder; donde juegan las fuerzas opuestas de la distinción y la separación que tienden una cuerda de acceso al espacio, invisible, porosa, pero que marca un límite de todas formas. De este modo, el uso social del espacio se fragmenta en un proceso complejo, en el que se yuxtaponen las expresiones contradictorias de discursos, imaginarios, representaciones, que imponen un cerco de enunciación e interpretación de la

experiencia y acción en el espacio público. Al mismo tiempo, este marco de acción se convierte en un marco normativo y disciplinario, signado por la separación, la desigualdad en la lucha por el espacio físico, tanto como por el espacio imaginario.

En suma, el espacio público aparece como la convergencia de flujos y redes de personas, de acciones, de significados, de relaciones; que se superponen sobre una infraestructura urbana, constituida por la arquitectura, la vialidad, los servicios, la tecnología, las comunicaciones y las políticas de administración pública, privada o mixta. Para configurar un territorio, que en un punto es escenario de procesos sociales, pero que en otro, se convierte en un dispositivo que provee un marco de acción social. Entonces, el espacio público se presenta como un cuadro delimitado tanto por fronteras espaciales y materiales, como por bordes imaginarios, que recortan las representaciones y performances individuales y colectivas dentro del mismo. En él se establece un juego de convenciones atravesadas por múltiples fuerzas, que reconfiguran constantemente este territorio móvil; así como la relación del cuerpo en el espacio y las interacciones asimétricas de poder entre cuerpos dentro de este marco-escenario.

Espacios inscritos

Siguiendo con este debate, lo que se persigue en esta investigación es comprender la *Plaza Foch* como espacio público urbano en un proceso constante y complejo de construcción socio-espacial. Esta conformación espacial actúa sobre las personas, al mismo tiempo que es producida y reproducida, apropiada y re-significada. Los espacios constantemente se transforman a su vez, por la acción de colectividades e individuos. Por ende, se piensa el espacio público como “espacios inscritos”, los cuales “se centran en la relación fundamental entre los seres humanos y los ambientes que ocupan. Espacios inscritos implica que los seres humanos escriben de forma permanente su presencia en su entorno” (Low y Lawrence-Zuñiga 2003:13).

En esta relación fundamental entre humano y espacio, se crean y producen las corporalidades: a través de las relaciones de sentido del cuerpo con su entorno, que son relaciones recíprocas y negociadas mediante las acciones. Acciones que al mismo tiempo se ejecutan y se interpretan dentro de las posibilidades del mundo interior de las personas.

Pero también dentro de un mundo de sentidos compartidos colectivamente en los imaginarios, discursos, representaciones y performances asentados en el espacio social. Es así, como se inscriben los cuerpos que experimentan lo que se puede llamar la realidad, a través de ciertas producciones corporales; las cuales están siempre relacionadas con otras entidades corporales que suscitan nuevas experiencias dentro de un espacio, un espacio inscrito.

Entonces se comprende la plaza como mecanismo que sujeta al ser en un mundo socio-espacial; el cual signa una percepción sensorial y cinética desde su arquitectura, el diseño, el equipamiento urbano, los servicios. Factores que moldean la motricidad de los cuerpos en este espacio determinado, moldean las representaciones corporales que se deben ajustar a ciertas prácticas significativas del lugar. Sin embargo, se reconoce una inscripción dialéctica de las personas en y con el espacio, se reconoce que nuestro actuar en el mundo hace y modela los lugares. Así, mientras el espacio deja en nosotros, en tanto sujetos y colectividades, una marca que se puede rastrear en nuestras corporalidades; por otra parte, “interesa lo urbano como forma espacio-temporal capaz de coadyuvar a la generación de cambios antes que como mero escenario” (Kingman 2009: 21). Lo urbano lleva consigo, imprescindiblemente, estas dimensiones de espacio y tiempo que configuran la experiencia en la ciudad; experiencia que se vehiculiza y concreta en la corporalidad que se presenta como otra forma de espacialidad urbana. A esta experiencia urbana, se la podría llamar “práctica espacial”; donde "el espacio ocupado por el cuerpo y la percepción y la experiencia de ese espacio, se contrae y se expande en relación a las emociones de una persona y al estado de ánimo, al sentido del yo, las relaciones sociales y las predisposiciones culturales" (Low y Lawrence-Zuñiga 2003:2). Es decir, que esta práctica espacial se subjetiva a través de las experiencias emocionales, de estados mentales, que conllevan a formas corporales y a determinados performances sociales. Mientras que las circunstancias materiales e imaginarias objetivan la práctica espacial en la distribución y regulación del espacio. Volviendo a Kingman, es en esta relación objetiva de la subjetividad, donde se potencian las posibilidades de transformación y cambio de la experiencia urbana. ¿Cómo queremos nuestras ciudades? ¿Qué subjetividades e intersubjetividades se desprenden de ellas?

Cuerpo y corporalidad

Uno de los primeros choques que sufrí al entrar a la academia, fue de índole epistémica, porque tanto mi formación, desde niña, como la práctica, han venido del arte y de la danza. Se plantea como choque epistémico porque el arte, más como experiencia, que como categoría de análisis, me ha provisto de una manera particular de ser y estar en el mundo, de enfrentar, preguntar e interpelar la realidad. Por lo tanto, de conocer y representar ese conocimiento, que en este proceso de disciplinamiento implicó reformular, repensar, resignificar ordenamientos cognitivos tanto como discursivos. Dentro de esta experiencia y práctica artística, ha sido el cuerpo vivido y construido desde la danza y el ballet, el que me ha provisto de una forma más corporal y cenestésica de percibir la relación entre mundo y sujeto. De ahí el choque al confrontar dos tecnologías diferentes, una naturalizada y otra en proceso de aprendizaje, que en un principio supusieron un antagonismo. Choque que sin embargo, me permitió des-esencializar esta relación de cuerpo y persona por una parte; mientras por otra, me condujo a formular esta propuesta de investigación, desde la constante necesidad de traer el cuerpo al campo del conocimiento académico. De este modo, con la certeza de que “somos cuerpo”, descubrí que “tenemos corporalidades” que se construyen desde múltiples producciones imaginarias y simbólicas, desde prácticas discursivas y de representación, desde disciplinamientos y tecnologías estéticas, médicas, de género. Desde muy diversas e incontables formas de relación que hace imposible anclar el concepto y categoría de “cuerpo” en un terreno estable. En sintonía con Meri Torras (2007), porque el cuerpo es un territorio en construcción y deconstrucción permanente y escribir sobre él, intensifica sus contradicciones.

Siguiendo con los debates desde la teoría social y la antropología, se plantea que:

Este organismo autónomo contemporáneo es fragmentario, a menudo incoherente e inconsistente, precisamente porque surge de experiencias contradictorias y paradójicas, tensiones sociales y conflictos que tienen una cosa en común: son reales, es decir, se experimentan. Por lo tanto, la antropología del cuerpo se centra ya no en el cuerpo abstracto o ideal(izado), sino en aquellos momentos en que el cuerpo y la corporalidad son cuestionados, pierden su obviedad, así como en la experiencia o la amenaza de la finitud, limitación, transitoriedad y vulnerabilidad (VanWolputte 2004:262).

Por eso, parto de la consciencia sobre la complejidad y dificultad de abordar un campo de estudio desde la perspectiva corporal, en diálogo con la reflexión teórica y práctica discursiva académica. Dentro de un proceso que deconstruya las categorías en torno al cuerpo, las cuales se transforman en esquemas mentales con los que se experimenta e interpreta el mundo y se rebelan ante su desenmascaramiento. Y que lo desancle de una visión esencialista, con una perspectiva bio-fisiológica, que tampoco lo subsuma en el relativismo semiótico y discursivo. Es decir, que el cuerpo construya su propia presencia.

Como se ha planteado, la primera contrariedad se inscribe en la escisión epistemológica de tener un cuerpo, pero ser un cuerpo a la vez (Turner 1989); experiencia de percepción y de conocimiento que divide la identidad entre cuerpo y persona. Bajo este esquema civilizatorio y moderno, nuestra experiencia se organiza, consciente o inconscientemente, desde la separación del cuerpo. Somos cuerpo, tenemos cuerpo, pero también miramos el cuerpo como algo separado y escindido de la identidad. Así, “el principio de la corporeidad no participa en la conformación del sujeto, no hace identidad, cabe añadir, pues el sujeto se concibe como entidad pensante y, aún más, como entidad cognoscente, y ésta es su clave identitaria” (Sáez 2007:43). Clave identitaria que se ha construido desde este paradigma universal de privatización del cuerpo como representación de la persona. Porque “las representaciones del cuerpo y los saberes acerca del cuerpo son tributarios de un estado social, de una visión del mundo y, dentro de esta última, de una definición de la persona” (Le Bretón 1995:8).

De modo que, en la construcción de los esquemas mentales que operan en nuestra forma de conocimiento, nuestras actuales representaciones y saberes sobre el cuerpo y la persona, experimentan esa escisión en la vivencia cotidiana de “borramiento ritualizado” (Le Breton 1995:9) de los signos corporales. Experiencia inundada de prejuicios ante el contacto físico con el otro, signada por la distancia y la separación espacial entre cuerpo y cuerpo, la perturbación ante el olor, la molestia ante cualquier manifestación excesiva, como la sonoridad a través del habla, la risa, el ruido al comer, el asco ante cualquier excrecencia corporal. Todas estas son expresiones corporales que fracturan la presencia y la relación del cuerpo y la persona en sí misma, tanto con los otros, como con el entorno. Fracturas que por otra parte, evidencian la presencia matérica, pulsional, real, como plantea

VanWolputte (2004), “que se experimenta”. Entonces, a pesar del “ascenso del individualismo como estructura social, con la emergencia de un pensamiento racional positivo y laico sobre la naturaleza” (Le Breton 1995:8), el cuerpo moderno que “pertenece a un orden que implica la ruptura del sujeto con los otros, con el cosmos, consigo mismo” (Ibíd.), reaparece como presencia empírica individual y social de la persona.

Siguiendo a Vásquez, para transformar ese paradigma, para suturar la ruptura, “se deberá luchar por un cuerpo del sujeto y no como un cuerpo ajeno, aquello que en el modernidad se nos ha enseñado” (Vásquez 2006:2). De ahí, salta la necesidad de “partir del cuerpo como herramienta de investigación y vector de conocimiento desde el cuerpo” (Wacquant 2006:16). Porque el acto de conocer es producto de una relación consciente entre pensamiento y cuerpo, cuerpo y percepción, percepción y abstracción, para devolver la construcción del mundo. Entonces aparece “la voluntad de situar el sujeto perceptivo en el centro de la reflexión antropológica, como paso ineluctable para comprender las teorías locales de la persona, de lo social y del cosmos” (Súralles 2003:63). Para establecer una continuidad entre el sujeto y su entorno desde la corporalidad. Porque mediador entre el adentro y el afuera, entre el sujeto y el mundo, el cuerpo también es contenedor de historia colectiva e individual. Y restablecer la continuidad de su presencia, es habilitar la capacidad de reconocerse y conocer a los demás en los límites del ser y del pensar.

Con esta perspectiva, la investigación analiza las relaciones corporales que se producen y construyen en un contexto, las cuales nacen de una doble experiencia: objetiva y subjetiva. De ahí que se trabaje con las ideas de “campo y habitus” (Bourdieu 2007:107-128), como referentes que explican dos modos de existencia de lo social: el campo como lo social hecho cosa (lo objetivo) y el habitus como lo social inscrito en el cuerpo (lo subjetivo). Así, “las prácticas sociales que ejecutan los agentes se revelan a partir de la relación dialéctica que existe entre ambos” (Barrera Sánchez 2011:127). A través de estas categorías, se comprenderán las relaciones de “campo”, como las establecidas en una geografía arquitectónica, un paisaje acústico, un entorno visual, una dinámica coreográfica aleatoria; que produce sentidos, flujos, tránsitos, trazos imaginarios en el espacio de la Plaza Foch. El “habitus”, como las percepciones, en tanto régimen de lo sensible (Rancière 1995), el reparto de la visibilidad y escuchabilidad, que crea un marco de legibilidad

(Butler 2010) de las corporalidades; así como esa sensibilidad interna del sujeto que la siente propia y desde la cual opera.

Finalmente, el cuerpo es un estado físico, gravitacional, termo dinámico, energético y químico que se nos impone; sin embargo es una experiencia que siempre se renueva y aparece como distinta, en un hábito de percepción corporal constante. Se asienta, gira en torno, se hunde en la biología, al mismo tiempo que es transformado y organizado, normado socialmente. Siguiendo a Zandra Pedraza,

La construcción social del cuerpo determina la percepción social de su forma física, es decir, la experiencia social del cuerpo (...) remite a la dimensión del cuerpo en la que se realiza la vida corporal, más allá de sus cualidades puramente orgánicas, por cuanto le permite al ser humano ser consciente de ella a través de la cenestesia y, luego, establecer vínculos emocionales mediante el cuerpo (Pedraza 2004: 9).

Entonces cuando se habla de cuerpo, no se habla de un solo cuerpo, sino de corporalidades que se producen en la relación de un campo social; relación imaginaria, de sentido, con/en un contexto. Corporalidades que se abren como dimensiones en las que convergen, la percepción de la presencia del ser en el mundo y el modo de habitar con otros dentro del mismo. Esta experiencia, a su vez organiza la construcción del mundo desde los imaginarios, los discursos, las representaciones, las acciones en él.

Discursos: moral y vigilancia

El imperativo racional y teórico contemporáneo posmoderno ha encubierto al cuerpo con una serie de producciones discursivas, con sistemas codificados de representación que acompañan varias tecnologías. Así, toda forma de aproximación al mismo está atravesada por un discurso que lo significa; lo cual sitúa al cuerpo en un contexto ambivalente y polivalente, imposible de encasillar. El cuerpo en su materialidad no es nunca más algo dado, sino es aquello que se aborda en la contradicción de los discursos que lo atraviesan. Construcciones discursivas que se vuelven operativas en acciones, gestos y representaciones corporales, las cuales que reiteran la citación de las normas para una “adecuada” existencia social (Butler 2002). Normatividad que en nuestro contexto está atravesada fuertemente por discursos de moral instrumental patriarcal que promueven discursos de decencia desde una perspectiva católica burguesa.

Desde esta perspectiva, parte de la investigación analiza los discursos alrededor de la “moral”, conforme el “Programa de intuición moral y ciudadana”⁹ y su relación con la regulación del espacio de la plaza, por lo tanto, la producción de los cuerpos ahí pueden permanecer. Este programa encontrado en la web involucra a varias entidades privadas que tiempo atrás se relacionaron con la administración pública de la zona; cuyo objetivo se establece en:

Cómo enfocar el viejo dilema de reconciliar la posición de la colectividad con la posición del individuo, que no es otro que tratar de sentar en una misma mesa dos puntos de vista presentes en cada mariscaleño, uno personal y otro impersonal; este último es en definitiva el que atiende a las demandas de los otros, vecinos, comerciantes, inversionistas y utiliza como herramienta la moralidad pública y privada para buscar resolver las situaciones¹⁰ (Baquerizo: 2007).

Este programa no está necesariamente en vigencia en la actualidad, sin embargo, recoge el discurso del cual se desprenden los principios de urbanidad y civilidad con los que fue concebida la producción de este espacio. Así como las nociones para “el buen uso” del mismo, la cuales se asientan fuertemente en la regulación del comportamiento a través de la moral y la intuición de la norma. Estos discursos construyen los principios de civilización y progreso, sobre los que se asientan las relaciones que colonizan a la persona a través de la regulación de su cuerpo para la ciudadanía. Relaciones que responden a una formación histórica y social, jerarquizada, que inscriben los cuerpos y las representaciones corporales de las personas en un sistema de imaginarios y performances hegemónicos. Siguiendo a Pedraza:

Ser ciudadano es sinónimo de un comportamiento ético que revela el ejercicio de virtudes católicas y señoriales, es decir, cumplir un código gramatical que la urbanidad refleja a cabalidad, y la higiene y la cultura física complementan con ejercicios que satisfacen el deber de un cuerpo sano y de velar por su capacidad productiva y sensitiva. El ciudadano es el principal ingrediente de la nación y la nación equivale a la civilización, esto es, a una historia anclada en la hispanidad y el catolicismo (Pedraza 2004:12).

De este modo, los discursos moldean no solo una forma de comportamiento "culto", "civilizado", "ciudadano", sino coaccionan las percepciones sobre el cuerpo; por lo tanto,

⁹ Portal Web, Programa de Intuición moral y ciudadana:
http://www.lamariscal.com/PIMC3/index.php?option=com_content&task=view&id=27&Itemid=2

¹⁰ Portal Web, Programa de Intuición moral y ciudadana.

las relaciones y dinámicas sociales de las personas en el espacio público. Las corporalidades se producen y operan según los principios de un régimen moral que reproduce un orden social jerarquizado, discriminatorio y excluyente.

Continuando con el discurso sobre la intuición moral, esta se constituiría como “un acuerdo”. Así el autor del texto, Juan Baquerizo, que es el primer inversionista en la zona y fue gerente de *La Mariscal*, plantea: “las vías que yo sugiero para la constitución de tal acuerdo moral están enmarcadas en el uso extensivo de la intuición moral que nos dice en particular las cosas que sabemos incorrectas aun a pesar de no saber con exactitud qué es lo correcto” (Baquerizo: 2007). La intuición de lo moral se convertiría en una convención tácita, cuyos principios de urbanidad crearían prácticas de vigilancia, que no están necesariamente delimitadas. Se instauraría un régimen disciplinario corporal y de control de las acciones en el espacio público cuya inobservancia o su diferencia establece las bases para la sospecha. Entonces se crea un régimen que marca una legibilidad y legitimidad de ciertas corporalidades, mientras otras se convierten en ilegítimas, por intuición.

Estas nociones se reiteran con las políticas municipales contempladas en la Ordenanza 270, donde se establece la necesidad policial de “velar por conservar y mantener un ambiente sano y ecológicamente equilibrado, para lo cual se establecerán las restricciones al ejercicio de determinados derechos y libertad”¹¹ (FAO: 2008). Vale aclarar, que no se especifica qué se entiende por “ecológicamente equilibrado”; sin embargo, este es el sentido que configura un territorio en el que se admiten ciertas construcciones corporales y se excluyen otras, limitando la sensibilidad espacial, la experimentación, la comprensión y construcción social del mismo. Se crean desde estos discursos, nuevas fronteras sociales comprendidas dentro de una normatividad anclada en sentidos de decencia y distinción que reiteran criterios de derecho de visibilidad de ciertos cuerpos en el espacio público. Estas nociones que pertenecen a criterios de distinción de una clase social se convierten en hegemónicas, “para el cumplimiento de sus fines, el ejercicio de la política de moralidad y costumbres, el fomento del turismo, colaborar y coordinar la protección, seguridad y convivencia ciudadana” (Ibíd.).

¹¹ Ordenanza Metropolitana No. 0270, 03 de septiembre del 2008.

Este aporte de “participación ciudadana”, bien intencionada en principio, que se piensa como un control y autocontrol internos, instalan un examen disciplinario. De esta forma, las representaciones corporales que no calzan dentro de los imaginarios de “la intuición moral”, son excluidas del espacio “renovado” a través de las miradas calificadoras de los guardias de seguridad que permiten el acceso a los locales. Mientras que las corporalidades que se incluyen pasan a un estado de vigilancia como mecanismo de control social propio y del otro. Se reproducen de este modo las fronteras naturalizadas, de separación social, cuyo “ejercicio repetido de forma continua y ordenada, logrará sin duda que La Mariscal no solamente sea segura en función de la satisfacción de la intuición moral, sino que será sustentable y productiva y reproducible” (Baquerizo 2007).

Imaginarios sociales y urbanos, representaciones simbólicas

Digamos que la imaginación es una “función” de este alma (e incluso del “cerebro”, aquí no molesta). ¿En qué consiste esa “función”? Entre otras cosas, como hemos visto, en transformar las “masas y energías” en cualidades (de manera más general en hacer surgir un flujo de representaciones, y - en el seno de éste- ligar rupturas, discontinuidades), en saltar del gallo al burro y de mediodía a las dos de la tarde (Castoriadis 1997:1).

El enfoque de esta investigación plantea el análisis de las producciones corporales atravesadas por prácticas significativas, discursivas e imaginarias; sin embargo ancladas a una experiencia material del cuerpo en relación con su contexto. Si bien todo está mediado por los sentidos y los significados que de él o ellos derivan y que dan cuenta de una relación entre sujeto y realidad mediada por el lenguaje; existe una instancia física y corporal en la conformación de las subjetividades. Es una instancia material y relacional, tanto con el mundo como con los otros, que permite considerar una praxis del sujeto dentro de una dinámica social. En esta perspectiva, se asumirá la categoría de imaginario, como un proceso social de producción de sentido que transforma “las masas y energías en cualidades” siguiendo con Castoriadis. Tanto como la construcción simbólica imaginada de la realidad que “liga rupturas y discontinuidades” en la inaprehensible emergencia de lo real. El imaginario social se convierte en el efecto de un conjunto de interpretaciones compartidas, que ordenan la realidad. “Los hechos existen “en bruto”, seguramente, pero el

registro que los humanos tenemos de ellos no es "en bruto". Estudiar ese registro es estudiar la vida de los signos en el seno de la vida social" (Gómez 2001: s/n).

En este orden y en este contexto, se configuran ciertos imaginarios de civilidad, que "crean así una "representación" del mundo, incluida la sociedad misma y su lugar en ese mundo" (Castoriadis 1997:9). Mientras que las representaciones son mecanismos que dan volumen a la realidad, a través de una producción de formas que contienen los significados para ser intercambiados entre miembros de una cultura. Imaginarios y representaciones en tanto prácticas significativas, nos proporcionan un sentido y una escritura de la realidad en un contexto de significados compartidos: "el significado es lo que nos da un sentido de nuestra propia identidad, de quiénes somos y a qué pertenecemos; lo cual está ligado a la cultura para marcar y mantener las nociones de identidad y diferencia entre los grupos"¹² (Hall 1997:3). De tal modo que las representaciones sociales conllevan un sistema de interpretación que rige nuestra relación en/con el mundo y con los otros; orientan y organizan las conductas y comportamientos en un espacio, material e inmaterial, compartido, para aprehender la realidad desde la práctica significativa.

Pero, en tanto signos, las representaciones son convenciones sociales arbitrarias. "Los enunciados nunca son directamente legibles ni siquiera decibles, aunque no se encuentren ocultos. Sólo se tornan legibles, decibles, respecto de ciertas condiciones que constituyen su inscripción en un umbral enunciativo" (Deleuze 2007:225). Generan campos de fuerza semánticos, donde aparecen los marcos enunciativos de representación y discurso; campos desde los cuales, aprendemos a percibir, a descifrar, a comprender esos enunciados. De este modo, la producción, recepción, comprensión e interpretación de las representaciones, construyen regímenes de percepción, aprehensión y juicio de la realidad. En esos campos de visibilidad, se genera un campo de invisibilidad, se crea un espacio con un dentro y un fuera, un centro y una periferia. Se construye en esta dinámica, procesos significativos de identidad y alteridad, integración y exclusión.

Se crea un orden, una clasificación, una jerarquía. Se configura un campo de poder dentro del cual, se articula todo un régimen de representación y las posibilidades de

¹²

Traducción mía.

interpretación. Tanto el espacio, como las corporalidades que en él se inscriben, se producen desde los sentidos que las prácticas significativas colectivas atribuyen a ambos, creando formas de convención que moldean los modos de hacer, de habitar, de estar e incluso de ser. Modos de aprehender la realidad que siempre van a establecer regímenes sensibles de comunicación corporal; los cuales crean mapas de percepciones, recorridos, intensidades, riesgos, alejamientos, sospechas, normas, deseos que pulsán en el espacio público. Estas escrituras sobre lo real se encarnan en el cuerpo a través de los imaginarios que dotan de sentido a la existencia social en un marco de legibilidad, siempre parcial, donde unas corporalidades estarán dentro, mientras otras quedan fuera, en dependencia de la rigidez o la flexibilidad de las normas dominantes. Porque no podemos ser conscientes de todas las exclusiones que operamos, así como tampoco podemos comprender el alcance de las relaciones de poder en las que estamos ejecutando, habrá que tomar en cuenta que cada avance en el conocimiento es siempre un logro provisional.

En este proceso de construcción imaginaria y social de la realidad, los habitantes de las ciudades conciertan diferentes formas de percibir y vivir la urbe; de acuerdo con sus condiciones, cada persona adopta ciertas escrituras sobre lo real que le permiten imaginar y habitar en la misma. Sin embargo, estos sentidos atribuidos al espacio, son también construcciones colectivas que crean la idea de una ciudad; que “se concibe tanto como un lugar para vivir, como un espacio imaginado” (García Canclini 1996:107). Desde este lugar de producción simbólica se crean así mismo estrategias para vivir el espacio, se producen, como antes se ha mencionado, “espacios inscritos” en los que las personas perciben, experimentan, mapean y entienden la ciudad. Se elaboran estrategias territoriales particulares para habitar, se proyectan deseos, se fomentan afectos que determinan los usos y la vida cotidiana en la misma. En nuestro contexto, se abre un complejo y heterogéneo imaginario atravesado por múltiples procesos de implementación y concentración de actividades en el espacio urbano, que han cambiado su imagen, su aspecto físico, por tanto la percepción y la forma de imaginar el mismo.

Siguiendo a García Canclini (1996), el fuerte y descontrolado crecimiento de las ciudades, en este caso Quito, tiene como consecuencia la expansión territorial; donde

múltiples formas de percibir la urbe, bajo determinadas conformaciones socio-espaciales, crean la impresión de que existen varias y diferentes ciudades en un solo territorio. Estas configuraciones imaginarias diferenciadas posibilitan de igual modo, múltiples formas de usos y apropiación de los espacios de la ciudad; donde ya no existe un solo centro, sino se crean varias centralidades. En este sentido, el antiguo barrio residencial de *La Mariscal*, ha adoptado este carácter de centralidad, tras haber sido reconfigurado como centro administrativo, financiero, comercial, de turismo y servicios. A partir de su lógica económica promueve ciertas producciones de sentido imaginarias, que determinan las formas de apropiación de los habitantes, que fomentan ciertas prácticas urbanas, subjetivas y corporales dentro en el entorno.

Performance, performativo y performático

Aquí es importante precisar que la asunción de ciertos conceptos y categorías analíticas, con sus respectivos legados históricos y debates en la construcción de los mismos, nunca deja de ser problemática en este proceso de traducción e intento de posicionamiento en contextos tan distintos como puede ser el nuestro. Este es el caso de “performance”, que en primera instancia no ha podido ser traducido al español porque no existe una palabra que se corresponda con la amplitud de su significado: rendimiento, desempeño, funcionamiento, actuación, ejecución, realización, presentación, interpretación. Por otra parte, un rastreo somero del uso de término permite visibilizar las distintas aplicaciones del mismo en diversos ámbitos como el académico, artístico, político, científico, de negocios; lo cual según Diana Taylor, Directora del Instituto Hemisférico de Performance y Política de Bogotá, “raramente se comprometen entre sí de manera directa, 'performance' ha tenido también una historia de intraductibilidad” (Taylor: s/f, s/n).

En esta investigación se proponen tres formas distintas de la misma palabra que tienen diferentes significados y usos. Así quisiera precisar una distinción entre tres términos: performance, performativo, performático. Por una parte, cuando se plantea el performance como una categoría de análisis, estoy fundamentando este término en el análisis interpretativo de la interacción social planteada por el sociólogo Erving Goffman (1956); quien investiga y analiza la vida social como un sistema articulado por

convenciones, normas y rituales. Este sistema aparece como un contrato social, como un marco normativo del lenguaje, los gestos, los comportamientos, las acciones, dentro de las relaciones sociales, los cuales se naturalizan clausurando las posibilidades de acción desde la diferencia, dejando fuera otras formas de expresión en la acción. Por otra parte, performance se refiere, siguiendo Judith Butler (1990), como la acción social y pública de los sujetos, que en su auto-producción identitaria repiten las normas. “Esta repetición es a la vez re-actuación y re-experimentación de un conjunto de significados ya socialmente establecidos; es la forma mundana y ritualizada de su legitimación (...) la performance hace explícitas las leyes sociales” (Butler 1990: 307).

Desde esta perspectiva, lo performático se relaciona con aquello que tiene que ver con performance en tanto los comportamientos o acciones en el campo de la interacción social. Mientras que lo performativo en esta investigación, refiere al planteamiento de Judith Butler (1990, 1993, 2002, 2004), quien siguiendo a J. L Austin, plantea que la performatividad implica la realización de una acción a partir de la emisión de un enunciado, donde la palabra tiene un poder instituyente y crea la situación que nombra. De modo que la performatividad es la capacidad del discurso de producir lo que nombra.

En oposición a los modelos teatrales o fenomenológicos que asumen un yo necesariamente antepuesto a sus actos, entenderé los actos constitutivos como actos que, además de constituir la identidad del actor, la constituyen en ilusión irresistible en el objeto de una creencia. En esta exposición se mostrará que lo que se llama identidad de género no es sino un resultado performativo, que la sanción social y el tabú compelen a dar (Butler 1990:296).

Butler subordina tanto la subjetividad como la acción cultural a la práctica discursiva normativa¹³. Sin embargo, si bien las prácticas significativas forman parte sustancial de esta investigación, por otra parte, la constitución de los sujetos sociales no se ancla únicamente en esta construcción simbólica discursiva. Sino que se intenta dar una perspectiva de procesos de subjetivación y producción de las corporalidades, para encarnar la praxis discursiva a un cuerpo en acción, ética y políticamente presente.

¹³ Judith Butler, en *Excitable Speech*, recupera el concepto de interpelación de Althusser para demostrar cómo la subjetividad está en constante proceso de constitución mediante una dialéctica de resistencia y sometimiento que no es más que un “mecanismo de discursos cuya eficacia es irreductible a su momento de enunciación” (Butler 1997:32 en Lepecki 2006:27)

En este orden, se comprende la subjetividad no como la interioridad de sujeto fijo, sino como la producción dinámica de significados de la identidad del sujeto. Y en este sentido, se comprende la subjetivación como “la producción de un modo de existencia que no puede confundirse con un sujeto” (Deleuze 1995:98 en Lepecki 2006:25); como un poder performativo: la capacidad de acción política, de deseo, de afectos, capaz de interpelar. De allí, la producción de las corporalidades contemplará a su vez al cuerpo en su total presencia, con todo el peso y riesgo de su materialidad; que dé cuenta de la encarnación como la unidad del ser en su palabra y pensamiento, en su sentir y en su acción. Subjetivación encarnada que rompa con la práctica escindida de discursos sin cuerpo, que reproducen esta forma de conocimiento abstraído de su base real. La disputa de sentido y la política debe ser una relación de cuerpo, de ahí que el análisis discursivo, imaginario y de representaciones esté imbricado necesariamente con la acción corporal en un campo social. Siguiendo a Butler desde Sabsay (2011), se plantea “pensar la categoría del sujeto corpóreo y mediante el concepto de performatividad del género –la cual está mediada psíquicamente- intentará dar cuenta, precisamente, de los límites de un nominalismo para el cual la construcción lo es todo” (Sabsay 2011:51).

En esta doble perspectiva, la existencia social del sujeto se manifiesta tanto en las prácticas discursivas que lo anteceden, lo contienen en una matriz de sentido y lo producen; como en su dimensión corporal y performativa que adecua el comportamiento en la repetición de las normas convenidas como condición de posibilidad en un contexto colectivo. Sin embargo Butler (1993) plantea que si bien la norma depende de la reiteración, la reiteración jamás es idéntica a la misma. En la repetición se halla el germen de la diferencia, por lo tanto es intrínsecamente inestable, no puede prever los efectos de su propia actualización. De ahí que:

Desde la perspectiva performativa, la asunción de toda posición de sujeto y la consecuente elaboración del “yo” en el espacio social se caracteriza por una necesaria relación agonística con la norma, y en este sentido, la identidad no puede más que resolverse como un proceso incesante de identificación, nunca del todo consumado, y en el que se articulan la sujeción y la resistencia a la vez (Sabsay 2011:56).

Dentro de esta relación agonística, por una parte se considera la regulación de la producción de las corporalidades sujetas a una normatividad performática dentro del ámbito

de lo público. Pero a la vez se contempla su acción desde lo performativo y el poder político de resistencia, desde ese germen de ruptura que reiteración de la norma lleva en su seno; porque “lo que podríamos llamar “capacidad de actuación”, “libertad” o “posibilidad” es siempre una prerrogativa política producida por las brechas que se abren en esas normas reguladoras, en el proceso de interpelación de esas normas y en el de su auto repetición” (Butler 1993:6).

La prerrogativa política que se compromete en el devenir de esta investigación, es la necesidad de adoptar una práctica teórica encarnada en la acción del cuerpo. Un cuerpo político, pulsador social que opere como zona de conversión dentro de una red compleja de reenvíos de sentidos; donde “la performatividad, pues, no debe interpretarse ni como autoexpresión ni como auto-presentación, sino como la posibilidad inédita de dotar de nuevo significado unos términos investidos de gran poder” (Butler 1993:11). Se trata de proponer corporalidades que trasciendan su realidad biológica y física, para insertarlo en la acción discursiva, artística y política, que interpele en el espacio público urbano. Y construir desde la estética, un cuerpo social sensible a la experiencia cultural, que articule la producción reflexiva y crítica tanto en la práctica académica, como en la artística. Porque se trata de contribuir a la formulación de alternativas, como problema de investigación académica y práctica social, desde manifestaciones específicas en lugares concretos.

En esta línea, la construcción transdisciplinaria entre arte y antropología, se plantea como forma de producción de conocimiento encarnado, para abrir posibilidades de interpretación y acción, tanto en el campo del arte, como en el campo académico. Siguiendo a Marcus, “no es la experimentación por la experimentación misma, sino la inteligencia teórica que el juego con la técnica de escritura lleva a la conciencia, y la sensación de que la innovación permanente en la naturaleza de la etnografía puede ser una herramienta para el desarrollo de la teoría” (Marcus y Fischer 2000:75). Desarrollo que en el “tráfico” (Andrade 2007) entre arte y antropología, tanto en sus teorías y métodos, como en la forma de representar el conocimiento, puede abrir otras posibilidades de transformación de la realidad urbana.

Desde esta responsabilidad política y epistémica, se asume en otra instancia, la performance como lenguaje artístico multidisciplinario, que se expande con fuerza por su capacidad de transformarse y de acoger significaciones de muchas reivindicaciones gracias a sus límites inestables. Según Richard Schechner:

La performance se origina en el impulso de hacer que pasen cosas y de entretener; obtener resultados y jugar; detectar significados y pasar el tiempo; ser transformado en otro y celebrar ser uno mismo; desaparecer y exhibirse; llevar otro trascendente que existe entonces-y-ahora y más tarde-y-ahora a un lugar especial; estar en trance y también consciente; enfocarse en un grupo selecto que comparte un lenguaje secreto y hablar a los cuatro vientos, al público más amplio posible de extraños; representar para satisfacer una obligación que se siente, y representar sólo bajo el contrato de la Equidad por dinero en efectivo. Esas oposiciones y otras generadas por ella, abarcan la performance: una situación activa, un proceso continuo y turbulento de transformación (Schechner 2000:59).

La performance es una forma de hacer arte donde el cuerpo se convierte en un dispositivo conceptual, un dispositivo que se rebela ante las relaciones heredadas con el mundo, con el campo social y cultural. Es una práctica artística que crea discursos desde la necesidad política de dotar de nuevos significados a la experiencia, porque “la política no es el ejercicio del poder. La política debe ser definida por sí misma como un modo de actuar específico puesto en acto por un sujeto propio que depende de una racionalidad propia” (Rancière 2006:59). Un modo de actuar, que en su naturaleza efímera, reconfigura las relaciones con una intención consciente, para la construcción de un discurso que interpele el sentido común. La performance como testimonio individual, de comunidad o de grupo donde “el poder "constructivo" del performativo tácito, consiste precisamente en su habilidad para establecer un sentido práctico del cuerpo, no sólo un sentido de lo que es el cuerpo, sino cómo puede o no negociar el espacio, su "localización" en términos de coordenadas culturales vigentes” (Butler 1997:256).

Finalmente, esta práctica significativa corporal asienta su base en una dimensión afectiva, por medio de la cual se produce el conocimiento a partir de la relación humana, cómplice, cercana, para generar una dinámica de reflexión teórica y producción artística. Dinámica cuyo motor: el afecto, provoque un ejercicio que arroje otro tipo de nociones, energías, expresiones, lazos, nudos, fuerzas, redes de comunidad. Siguiendo a Braidotti, "la actividad de pensar se extiende para abarcar una serie de facultades cuya fuerza motriz está

constituida por el afecto, el deseo y la imaginación” (Braidotti 2005:36). Donde el cuerpo es "una interacción compleja de fuerzas sociales y simbólicas sofisticadamente construidas: no es una esencia, y mucho menos una sustancia biológica, sino un juego de fuerzas, una superficie de intensidades" (Braidotti 2005:37). En este contexto, la construcción de una subjetividad política "está tan unida a la constitución y a la organización del afecto, de la memoria y del deseo como a la cuestión de la conciencia y de la resistencia” (Ibíd.). Así, si el cuerpo y las corporalidades son un “mapa de inscripciones semióticas y de códigos impuestos por la cultura” (Ibíd.), en su amplitud y complejidad, admite los opuestos para convertirse en un dispositivo de transformación y de negociación, que se arroga su potencia performativa como prerrogativa política.

Estrategia Metodológica

Como se ha planteado anteriormente, parte del choque epistémico que experimentó esta investigadora, fue el proceso de disciplinamiento de la mirada, del oído, incluso del olfato, fenómenos de percepción que estaban entrenados por otros modos de concebir y representar la realidad. Así es como el proceso tuvo que iniciar con un distanciamiento de la ciudad, sentida como pertenencia, sentida como muy propia; para desnaturalizar muchos de los supuestos sobre los que estaba construido el conocimiento. También para comprender ciertas ideas y percepciones, mediante los cuales me construía como individuo sujeto en un espacio social. Para desnaturalizar el campo inscrito en el cuerpo, sin que por esto se pretenda comprender en su totalidad los hechos que atraviesan la experiencia de investigación, porque siempre quedan partes ciegas y siempre quedan categorías y signos remanentes que se resisten a ser deconstruidos. Este proceso de asumir un entrenamiento y la disciplina de la percepción y el pensamiento, permitió que una parte de la ciudad se descubriera en nuevos sentidos. Sentidos que emergieron en la investigación desde cuatro procedimientos fundamentalmente: estudio bibliográfico, etnografía de campo, análisis de archivos y páginas web y un taller de creación artística colectiva.

La investigación bibliográfica permitió conocer los debates ya existentes sobre los que se ancla este estudio; con la sensación de estar siempre en déficit con la disciplina antropológica, las lecturas han sido una herramienta de base para comprender y aprehender

la escritura del discurso académico. En una primera instancia, se estableció como estrategia metodológica un primer estado de reproducción mimética de la forma discursiva, a través de autores seleccionados, se procedió a copiar el modo de construir el discurso para interiorizar mediante esta práctica la escritura académica. Una vez que fue, poco a poco, aprehendida la escritura, la investigadora empezó a encontrar su propia voz dentro de la forma requerida. Por estos motivos, partes de la representación discursiva ha sido escrita en tercera persona singular, asumiendo una distancia que permitiría analizar los datos hallados en campo, ligados a los debates teóricos en los que se ancla esta investigación. Por otra parte, se incluyen textos narrativos y descriptivos en primera persona, con el fin de acercarlos a formas de percepción ligadas a la subjetividad que se infiltra en la construcción de conocimiento desde una perspectiva corporal. De igual modo se han añadido largos fragmentos de las entrevistas para incluir las voces de los colaboradores, voces que traen ideas que han aportado muchísimo a esta investigación, así como sus formas retóricas y ritmos discursivos que imprimen una dinámica distinta dentro de la escritura académica.

La aplicación de técnicas etnográficas en los espacios públicos de *La Mariscal* y de la *Plaza Foch*, permitió recoger datos a partir de la observación de las interacciones sociales; en las que se problematiza un distanciamiento crítico para poder extraer datos objetivos del campo, siendo “nativa” del mismo. Permitted también dismantlar prejuicios que formaban parte del imaginario de la investigadora, mediante las entrevistas que develaron diferentes puntos de vista, que siendo opuestos en muchos sentidos, forman parte de la construcción significativa de la ciudad. Dentro del proceso de entrevistas, el aporte del docente Alfredo Santillán fue fundamental para consolidar ciertos aspectos y puntos de vista sobre esta zona de la ciudad, que ha sido poco explorada por la investigación teórica y menos aún desde las preguntas que aquí se formulan.

El análisis de archivos ayudó a construir los argumentos de la investigación y comprender las políticas públicas, los discursos, los imaginarios y representaciones sociales. De igual modo, a través de la investigación del portal web se fueron definiendo las redes de actores dentro de la gestión de la zona, para comprender los discursos que se promueven desde la administración y políticas públicas.

Finalmente, el taller de creación colectiva apoyó el proceso reflexivo de la investigación. A la vez que aportó con contenidos sobre las dinámicas sociales y las producciones corporales, en su dinámica funcionó también como un grupo focal. El posterior análisis del taller y de los resultados de la intervención urbana fueron discutidos con ciertos cuestionamientos sobre los límites de las disciplinas en cuestión y sus propios mecanismos de legitimación de la construcción del conocimiento.

Fuentes primarias

Observación Participante

Esta herramienta se aplicó en los espacios públicos de *La Mariscal*, cuyo centro es la *Plaza Foch*, para observar y registrar las estructuras físicas, su distribución arquitectónica, los servicios que se ofrecen, la vigilancia pública y privada, las interacciones sociales, las representaciones y expresiones corporales. Vale aportar que la observación fue una forma de recoger información, sin embargo, otros sentidos como el oído, el olfato, el tacto, la percepción cinética tuvieron que ser aguzadas y racionalizadas para lograr establecer una metodología que permitiera dar cuenta del cuerpo como vehículo de conocimiento, no solo por ser el lugar donde se anclan las estructuras o a través del cual se actúa, sino porque el cuerpo nos provee de información que amplía la percepción por tanto el reconocimiento del campo.

Entrevistas

Las entrevistas en profundidad, fueron semi-estructuradas, aplicadas individualmente a actores dentro del Municipio de Quito, la Gerencia de La Mariscal, dueños de locales, consumidores y visitantes del espacio. A través de esta herramienta se pudieron conocer discursos e imaginarios sobre la zona; tanto como la opinión sobre las políticas de renovación urbana y de conservación de patrimonio.

Entrevistas individuales, en campo y estructuradas, fueron aplicadas a transeúntes dentro de la zona. Arrojaron información sobre: a) su relación con el lugar desde los significados atribuidos al mismo; b) los imaginarios sobre la zona que permiten ciertos

usos; c) la percepción del espacio público; d) los deseos y los afectos o desafectos que pueden proyectarse en el lugar.

Entrevistas grupales, reflexivas, aplicadas a los participantes del taller de creación colectiva para intervenciones urbanas; donde se analizó, con los mismos actores-interlocutores, el problema académico, la hipótesis, los hallazgos, las limitaciones de la investigación.

Fuentes secundarias

Archivos, planes y proyectos públicos y privados en el barrio de *La Mariscal* en Quito, para analizar los discursos desde las estructuras de administración y las políticas públicas.

Informes técnicos del FONSAL y del Ministerio Coordinador de Patrimonio y del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, para analizar las políticas públicas de patrimonio.

Páginas web "*La Mariscal*" y páginas de turismo que contienen discursos e imaginarios que producen el espacio público de la zona.

Fuentes bibliográficas, para la construcción del sustento teórico que enmarquen la investigación en un debate.

Taller de creación colectiva

En este taller se expuso tanto la pregunta de esta investigación como el marco teórico sobre el que se sustenta, para la construcción de una intervención urbana. Se planteó como objetivo encarnar estos discursos en prácticas, desde el arte de acción/performance que interpelen a su vez, los discursos hegemónicos que se inscriben en el espacio público de la *Plaza Foch*. Se desarrolló una relación dialógica entre el enfoque de la investigadora con las perspectivas de los interlocutores y se construyó una argumentación que contuvo los intereses académicos, artísticos y políticos del grupo. Este taller estableció un proceso de traducción de la investigación teórica, con el conocimiento empírico y su posterior transferencia a la práctica artística política.

El taller se conformó como espacio de creación colectiva, donde la investigadora y los interlocutores artistas desarrollaron las ideas para las intervenciones urbanas. Se trabajó tanto con artistas que vienen de las artes visuales y de la danza, como con geógrafos y con un estudiante universitario de audiovisuales; quienes se interesaron en asumir el proceso de la propuesta, llevado a cabo en una semana de trabajo de 16h00 a 19h00. La metodología se abordó a partir del encuentro y contraste de intereses, de reflexiones y deseos, por eso todos los participantes tuvieron una experiencia de estudio de campo junto con la investigadora. Se visitaron los espacios públicos de la *Plaza Foch*, para conformar una relación perceptiva con los lugares, una experiencia de presencia y de extrañamiento a la vez.

La intervención registrada por dos cámaras, la primera rotó entre los participantes, la segunda fue responsabilidad de la investigadora; quien estuvo a cargo del montaje del video. Como consecuencia, esta propuesta de investigación presenta dos formatos de representación: una tesis escrita y un corto documento audiovisual experimental sobre la intervención urbana.

División por capítulos

La investigación se dividirá en cuatro capítulos: 1) **DELIMITANDO EL OBJETO DE ESTUDIO**, en la que se plantea el problema académico, los objetivos de la investigación; así como se la enmarca en los debates antropológicos. Se establece una metodología para la etnografía, tanto como para el taller de creación colectiva. 2) **EL ESPACIO CONSTRUIDO**, para contextualizar la formación del Barrio Mariscal Sucre en los años treinta y un breve devenir histórico hasta los noventa, década en la que se inicia la transformación a partir de las políticas de rehabilitación urbana, hasta la actualidad que habla de renovación urbana. Dentro de estas transformaciones se planteará el rol de la Plaza del Quinde, conocida como La Plaza Foch, en tanto centralidad urbana pública, atravesada por las lógicas del turismo, del comercio, de la diversión, tanto como por las prácticas policiales, que configuran un diseño urbano determinado. 3) **LA PRODUCCIÓN DE LAS CORPORALIDADES**, analiza la construcción de las corporalidades en relación con el espacio, así como la relación entre sujetos que disputan sentidos desde los discursos

morales, los imaginarios, las representaciones y las performances; para comprender las nuevas dinámicas sociales y las relaciones de género, raza, condición económica, clase, que establecen nuevas fronteras de separación social. 4) **LA MARISCAL: INVENCION, DESFOGUE Y DESEO**, en este capítulo se plantea al barrio como un lugar necesario dentro de la dinámica de la ciudad. Se explorará también la posibilidad de políticas para el espacio y producción imaginaria desde las disciplinas del arte y la antropología. Con el fin de aportar con ideas y metodologías que tiendan puentes entre las disciplinas para ampliar tanto el campo de conocimiento, como el de acción a partir del arte de la performance, de la performatividad y del cuerpo como política en el espacio público, con un sustento teórico social. **CONCLUSIONES** para cerrar la investigación con reflexiones finales. Además la tesis tendrá, como se ha planteado, un trabajo audiovisual experimental que vincule la experimentación artística sobre la reflexión teórica sobre la *Plaza Foch*.

CAPITULO II

EL ESPACIO CONSTRUIDO

Espacios, discursos y cuerpos

En este capítulo interesa situar el Barrio de *La Mariscal* y en él, la *Plaza del Quinde* o la *Plaza Foch* en un devenir temporal, en el cual se han implementado distintas políticas públicas municipales para la producción de esta configuración socio-espacial y la administración de las poblaciones habitantes y visitantes del mismo. Si bien los procesos de renovación urbana en la ciudad empiezan a darse con fuerza en los noventa, la atención se centra sin embargo, a partir del año 2004, año en el que se construye la plaza en sí, durante la alcaldía del Señor Paco Moncayo. Se propone entonces el análisis de la producción de este espacio desde tres dinámicas que se articulan entre sí: la inversión económica pública y privada, las políticas públicas de rehabilitación urbana y los discursos de valor que se producen en la esfera pública y justifican la privatización del espacio público. Para finalmente analizar de qué modo la plaza se convierte en dispositivo disciplinario, para la normalización de corporalidades hegemónicas que se vuelven estereotipos. Todo este proceso de producción espacial se enmarca en un modelo de gestión de ciudad y de reactivación económica, mediante la creciente penetración de políticas neoliberales, tangibles en el campo de la planificación urbanística actual. Políticas que incentivan el fortalecimiento de la inversión privada empresarial para promover la transformación en ciertos espacios de la zona; las cuales determinan prácticas sociales asociadas a valores de uso y de cambio que elevan la plusvalía del lugar.

La Mariscal, brochazos para una historia

Según Francisco Febres Cordero (1988), “un hipódromo fue el primer anuncio de que La Mariscal se convertiría en La Mariscal; deja de ser parte de los extramuros para volverse el sector comercial y cultural de Quito” (Febres Cordero 1988:3). En 1912 César Mantilla Jácome construyó sobre las tierras de la *Hacienda San José* la pista de caballos, actual avenida Cristobal Colón; que luego serán urbanizadas, “en feroz galope hacia la modernidad para crear la Urbanización Cristóbal Colón, integrada por 153 lotes con

secciones especiales para diplomáticos, funcionarios públicos y empleados de la banca y el comercio” (Febres Cordero 1988:4). Se urbanizan las zonas de pastoreo y haciendas que marcaban el límite entre lo rural y lo urbano en una primera expansión de la ciudad. “A partir del año 1914 se desarrolla una fuerte expansión física de la ciudad de Quito, que se extiende por el norte hasta la actual avenida C. Colón, incluyendo áreas que ocupa hoy el barrio Mariscal Sucre” (Mougeot y Toñanez 1976:134). Dada la alta concentración comercial en el centro de Quito, las familias más acomodadas se desplazaron hacia estas zonas agrícolas, según Carrión (1987), en las décadas de los veinte y treinta se produjo una revalorización y especulación de la tierra urbana que dio una nueva forma a la ciudad. De este modo, a principios de siglo XX estas tierras fueron pobladas y pasaron a ser residenciales, ya con un capital simbólico de gran prestigio social y una alta renta territorial¹⁴. Se marca en este proceso de configuración espacial, una lógica de separación y distinción, a partir de la distribución espacial de las clases sociales.

“A partir de 1930, el proceso de explosión demográfica y espacial sostiene un paso acelerado, y paralelo a este se llevan a cabo esfuerzos por controlar y ordenar la explosión urbana, a través de instrumentos legales, como son los Planes Reguladores, Plan Quito, etc.” (Fernández de Castro 1989:126). Así las políticas para el desarrollo urbano se impulsan hacia la planificación, el ordenamiento espacial y la regulación de los usos de los suelos en la ciudad. *La Mariscal* se plantea ya como una nueva centralidad, acorde con la planificación del urbanista Guillermo Jones, quien la concibe como ciudadela: el *Barrio Jardín* (Dirección de Planificación 1973:17):

A partir de entonces empezó a consolidarse un uso residencial, cuya configuración responde a las nociones de ciudad-jardín; este hecho también respondió –entre otras cosas– a una “política urbana generada por la propia Municipalidad, cuya acción se orienta a impedir el ingreso de familias de bajos recursos económicos en el sector residencial de la ciudad, sector norte (DGP sf:sn en Mena 2011:9).

¹⁴ La valorización se puede definir como la búsqueda constante de un equilibrio económico entre el valor del terreno predial y el valor de su uso. La rentabilidad del uso del predio, a su vez, está condicionado por el valor de la estructura ahí edificada y su rendimiento económico o función. La valorización es sobre todo un fenómeno acumulativo que se irradia a partir del centro original, a lo largo de las arterias principales del organismo urbano (Mougeot y Toñanez 1976:135).

Desde los inicios de la formación del barrio se imprimen, tanto en la producción arquitectónica y en el diseño urbano, como en los imaginarios y las representaciones del mundo social de *La Mariscal*, marcas de distinción que producen unas prácticas espaciales de “enclasmiento” y “diferenciación social” (Bourdieu 1979:172). De esta forma, el espacio es concebido y movilizado por la administración municipal ya como mercancía, mientras se crea también un imaginario de valor de cambio para elevar la plusvalía. A tono con los procesos de modernización de la ciudad, se construyó el primer supermercado del país, que en la actualidad es una gran corporación con varias cadenas de comercio, industria, inmobiliaria¹⁵. “Con La Favorita y con La Fuente sonó, a fines de los cincuenta, el clarinazo que anunciaba que Quito se transformaría en el híbrido que es ahora, y mitificaría a La Mariscal como un sector de vanguardia en la guerra por la modernidad” (Febres Cordero 1988:3).

En la década del sesenta se oficializa una gestión con una clara perspectiva modernista y “modernizante” en la construcción y organización de la ciudad. La modernización de la producción del espacio urbano en la zona modifica el paisaje arquitectónico con una gran cantidad de construcciones para vivienda, pero también con nuevos edificios públicos para actividades comerciales, administrativas y bancarias:

Se nota que co-existen por una parte una tendencia regresiva en el uso residencial unifamiliar, que alimenta la migración de familias acomodadas hacia áreas de nueva expansión, y por otra, una tendencia progresiva en reconstruir, o a lo mejor trasladar desde el centro antiguo hacia el barrio Mariscal Sucre funciones prestigiosas por ser escasas. Ambos movimientos, correlacionados, son la expresión más cabal del inicio de una nueva época urbanística en la ciudad de Quito (Mougeot y Toñanez 1976:151).

En la década del setenta, a raíz del auge de la explotación y producción petrolera, se produjo una re-potenciación de la zona de *La Mariscal*. “En la época petrolera, las palmeras, rosales e higueras fueron remplazados por edificios que comenzaron a levantarse en la Amazonas y que, como por arte del negro y aceitoso abono, comenzaron a proliferar y crecer” (Febres Cordero 1988:52). Se establecen instituciones relacionadas con el sector terciario: servicios de comercio, transportes, comunicaciones, finanzas, administración y

¹⁵ Página Corporación La Favorita: <http://www.supermaxi.com/portal/es/web/supermaxi/inicio>

servicios públicos. Un sector de la producción que se dirige ante todo hacia la distribución y el consumo de servicios.

Ya en la década del noventa, el cambio urbanístico estableció la *Zona*, definitivamente como centralidad, donde se localizaron la mayoría de sucursales bancarias e instituciones del Estado, a la vez que se dio una concentración de comercios y se apuntó a promover el turismo interno y externo. Así, la dotación de infraestructura municipal se complementó con la inversión de los empresarios del sector. Para este cambio urbanístico la Administración Municipal empieza a incorporar políticas de “rehabilitación urbana”, acorde con todo un proceso global y regional de reconcentración de las ciudades construidas. De tal forma que podemos encontrar las memorias de “Las Jornadas Iberoamericanas de Rehabilitación Urbana” (1994), en las que participaron representantes de instituciones estatales, municipales, organizaciones sociales e instituciones técnicas de Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Uruguay y Andalucía. Estas memorias recogen las ideas para políticas de gestión de las ciudades, cuyos planteamientos se dirigen desde discursos progresistas y de revalorización de la ciudad construida:

Esos desafíos pueden resumirse en la necesidad de impulsar un modelo de organización territorial alejado del despilfarro, el gigantismo y la fragmentación social que caracterizan a otros modelos, y tendiente a aunar los valores sociales y culturales con la implementación de respuestas efectivas a las nuevas demandas de calidad urbana, reactivación económica e integración social. En otras palabras: un nuevo urbanismo para que la ciudad funcione y sus habitantes vivan mejor (Tabaré 1994: 11).

Podemos apreciar que esta rehabilitación urbana se plantea y ejecuta como un proceso de transformación, que busca la modernización del espacio, sus servicios y la concentración habitacional en la ciudad, para evitar la expansión de las urbanizaciones a zonas verdes. Sin embargo, este “nuevo urbanismo” requiere la apertura de nuevos mercados e inversión privada; lo cual sin duda reactiva económicamente el espacio público renovado, pero impone una lógica de gestión determinada que desplaza otras dinámicas sociales consideradas no aptas para los intereses privados. “Es el patrón de urbanización el que ha entrado en un franco proceso de transformación: si desde la década de los cuarenta la lógica de la urbanización se dirigió hacia la expansión periférica, en la actualidad lo hace hacia la ciudad existente” (Carrión 2004:86). Estas transformaciones se asientan en un nuevo

paradigma de ciudad, el cual se conforma a partir de redes locales, con una proyección global, hacia el exterior: “este regreso a la ciudad construida tiene como contraparte una cosmopolitización e internacionalización de la ciudad” (Ibíd.). Según esta afirmación de la Administración Municipal:

Al caracterizarse la globalización por una compleja red de flujos de información, capitales, mercancías y personas que integra a todo el planeta, las ciudades–región se han constituido en nodos de infraestructuras y servicios avanzados de esta red de flujos y así organizan y sustentan la economía mundial. Las ciudades que no logran articularse en este sistema de flujos globales quedan marginadas de los procesos de desarrollo (Municipio de Quito 2004: 6).

Bajo este nuevo modelo de planificación y gestión urbanística derivado del proyecto *Plan Equinoccio XXI*, se provocan profundos cambios en la configuración y el funcionamiento de las centralidades de la ciudad; modificando no solo la fisonomía de las mismas, como es el caso de la *Plaza Foch*, sino instalando nuevas prácticas sociales supeditadas a la economía terciaria que impone fuertemente patrones de consumo. A criterio de los urbanistas, “eso supone actuar sobre ciudades hechas y en muchos casos mal hechas: reconvertir áreas centrales para hacerlas más polivalentes y atractivas. Rehabilitar zonas degradadas e integrar las periferias sobre una triple dimensión de calidad urbana: medioambiental, social y estética” (Tabaré 1994:11). Se fomenta, gracias a los medios masivos de comunicación, una percepción de la ciudad “mal hecha” o deshecha, para ser salvada a favor de la ciudadanía que puede consumir, por lo tanto habitar el espacio público renovado:

La vetusta jardinera que ocupaba el cruce de las calles Foch y Reina Victoria, en el centro norte de la capital, fue remplazada por una colorida plaza con piedra cortada, iluminación, una de agua y una amplia variedad de bares y restaurantes. El profundo cambio, efectuado en el 2004 por el Fondo de Salvamento (Fonsal), produjo una nueva zona de encuentro en la ciudad. Allí se levanta la plaza El Quinde, que toma el nombre del ave emblemática de Quito (El Comercio: Domingo, 15/10/06. “La plaza El Quinde renovó a La Mariscal”).

Estas percepciones no siempre basadas en hechos y datos reales, sino en construcciones imaginarias a través de la opinión pública mediática, llegan a determinar las zonas de la ciudad en las que se puede transitar, habitar, invertir, privatizar. Se provocan a partir de estos discursos y creación de imaginarios sobre este lugar, nuevas dinámicas sociales

marcadas en la experiencia espacial, desde el diseño urbano, la dotación arquitectónica, los servicios del lugar.

Producción discursiva de la degradación y rehabilitación urbana

Los procesos económicos de alcance global inciden directamente en las nuevas configuraciones de las ciudades construidas; por ende, la re-estructuración urbanística se asienta en lugares concretos y contribuyen decisivamente a la producción del espacio. Estas intervenciones se apoyan en la creación de discursos que construyen imaginarios del lugar, en una primera instancia, imaginarios de degradación de la zona, que justifican la consecuente privatización para la rehabilitación del espacio público. Para después resaltar, a partir de la ruindad del sector, todas las transformaciones que se presentan como proezas de la inversión empresarial, con el apoyo de los vecinos dueños de propiedades y la administración municipal. De este modo, se genera una dinámica del valor de cambio para la especulación inmobiliaria y la elevación de plusvalías; a partir de discursos de valor que legitiman este proceso de desplazamiento de antiguos usos, de significados y prácticas sociales del lugar. Siguiendo a Kingman, estas formas de desplazamiento de usos y valores del espacio intervenido, provocan una “expropiación cultural o de pérdida de sentidos” (Kingman 2004:31); se banaliza y despolitiza la experiencia pública de lo social en estos enclaves de la ciudad. En este sentido, ¿qué ofrece la *Plaza Foch* sino relaciones sociales de carácter mercantil, mediadas por el consumo, que se ajustan a las necesidades de reproducción y expansión del sistema de acumulación capitalista? Relaciones que se construyen a partir de los significados que se atribuyen al lugar a través de los discursos publicitarios que se insertan con la prensa local:

Un espacio para la bohemia quiteña es la plaza El Quinde. Este lugar está ubicado en el corazón de La Mariscal, en el norte. El cuadrante, formado entre las calles Reina Victoria y Foch, es el referente de la ‘zona rosa’ de Quito. No importa el día. Los jóvenes, ejecutivos, oficinistas, universitarios, extranjeros... han convertido a la plaza, regenerada en 2004, en el punto de encuentro. Los clientes llegan todos los días aunque el movimiento aumenta de jueves a sábado. El ambiente se enciende de 16:00 a 03:00. Según datos de la Asociación Plaza Foch, 30 000 personas llegan hasta ‘La Zona’, el fin de semana. La variedad de restaurantes y bares y la música en vivo son el atractivo. La Empresa Metropolitana de Turismo contabiliza que en toda La Mariscal existen 315 negocios de comida y bebida registrados. De ellos, 13 se concentran en la plaza El Quinde. Además, hay un

hotel (Nü House) y un karaoke (El Puñal) (El comercio. Sábado 27/02/2010. “13 razones para ir a la plaza El Quinde”).

Podemos apreciar la manera en la cual se construye discursivamente un imaginario social de la zona y se configura espacial y económicamente, por tanto socialmente, un enclave en el espacio público del barrio. Este se plantea como enclave, porque no toda la zona goza de la inversión privada y de la renovación urbana; sino que son unas pocas calles en las que se ha concentrado el interés para la recualificación urbana, mientras otras están abandonadas. De este modo, se crea un espacio reducido sostenido por el simulacro; donde “la simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: lo hiperreal” (Baudrillard 1978:5). Siguiendo con Baudrillard, se configura un enclave hipervigilado, por Policía Municipal, Policía Nacional, servicios de guardias privados en los locales de la plaza; lo cual crea “un mecanismo de disuasión puesto en funcionamiento para regenerar a contrapelo la ficción de lo real” (Baudrillard 1978: 31). Ficción de lo real, porque dentro de las cuatro esquinas de la plaza se entra a un espacio lleno de colorido neón, donde el visitante se siente seguro, “como si no fuera Quito”, según opinión de los visitantes; incluso con parqueo subterráneo, cuyo ascensor conduce directamente a una parte de los locales. Sin embargo, si se camina a una cuadra del lugar, reaparece esta otra realidad, con todo el peso de la segregación social, la violencia, el miedo, la ilegalidad, la corrupción.

En este orden, “los proyectos privatizadores de los espacios públicos responden a una lógica actual del capitalismo global, que presupone que el control sobre el espacio público, tanto desde los discursos como en las prácticas de vigilancia, es una manera efectiva de lograr su desarrollo” (Sancho 2012:32-33). Sin embargo, siguiendo con Kingman:

En el fondo se trata de la ilusión tecnocrática de que la ciudad puede ser ordenada, de que se puede imprimir en ella una racionalidad que abarque todos los campos, incluido el de la cultura, que se pueda imprimir una cultura de la racionalidad (una cultura aparentemente moderna pero que sigue siendo heredera de la idea de alta cultura) a partir de un núcleo central organizado (Kingman 2004:29).

De este modo se intenta controlar las producciones significativas e imaginarias, tanto como las representaciones sociales en el espacio “regenerado”; a partir de una construcción colonial y binaria de alta cultura/cultura popular, civilizado/incivilizado, que desplaza

prácticas espaciales que no se enmarcan en lógicas del urbanismo racional y organizado. De ahí que se problematice el uso de términos como “regenerado” o “rehabilitado”, que degradan dinámicas propias del espacio y formas de apropiación del mismo, con un enfoque de “blanqueamiento” social, que eleve la plusvalía y el valor de cambio de las propiedades en las zonas intervenidas.

Siguiendo a Franquesa (2007), estas narrativas legitimadoras se plantean como prácticas discursivas mediante las cuales se añade o quita valor a un determinado lugar, “mediante el uso de prejuicios y metáforas recurrentes camuflan su peso económico, es decir, el hecho que añaden o quitan valor de cambio” (Rutheiser 2002 en Franquesa 2007:129). Es así como se crea un imaginario negativo de la zona para justificar las privatizaciones y ocultar los desalojos de “la delincuencia pero también de los pobres” (Kingman 2004:30). En consecuencia, podemos encontrar una nota de prensa en la que se expresa Fernando Martínez, contratista del Fonsal a cargo de la renovación de la *Plaza Quinde*:

La posibilidad de ejecutar el proyecto tuvo una especial significación para el constructor. Hace 36 años, La Mariscal era un barrio exclusivo. Cuando inicié los trabajos (2004), el sector estaba degradado. Este espacio era una letrina pública (...) la impresión de tugurio impulsó a Martínez a pulir el diseño para lograr un espacio moderno y amigable a la ciudadanía (El Comercio. Domingo, 15/10/06, “La plaza El Quinde renovó a La Mariscal”).

Entonces se plantea un discurso de añoranza de un pasado mejor de *La Mariscal*, barrio exclusivo de anteriores décadas, de mansiones señoriales para las familias más acomodadas de la ciudad. Este se contrasta con la realidad de la época de renovación e inversión del capital privado, que lo retrata como espacio “degradado y tugurizado”. Así se rescata el espacio público de la apropiación de los estratos sociales que lo han convertido en “letrina pública” y espacio inseguro. Inseguridad que se da a partir no solo del aumento real de los delitos, sino también a través de la percepción de la inseguridad promovida por las formas de tratamiento de las noticias en los medios de comunicación, que determinan la opinión pública ancladas al sensacionalismo.

Otra manera de legitimar las transformaciones del espacio público es creando discursos “en relación a planes de reforma urbanística, estas narrativas, merced a la moralización y naturalización que buscan, no solamente ocultan el peso económico de tales reformas, sino que además las presentan como intrínsecamente positivas y necesarias” (Punch 2005 en Franquesa 2007:129). Un ilustrativo ejemplo es esta nota de prensa, cuyas declaraciones fueron realizadas por importante inversionista y autor del texto del “Programa de Intuición Moral y Ciudadana”; quien promueve desde sus intereses explícitos el control de las poblaciones visitantes y la producción del espacio a partir de representaciones artísticas para el incremento del valor de cambio:

La obra en la plazoleta ubicada en las calles Foch y Reina Victoria produjo, según Juan Baquerizo, una inversión de cuatro millones de dólares en dos años. Los predios valen 3,2 veces más. Varios espectáculos públicos se han efectuado en el lugar. En el 2006, se invirtieron 150 000 dólares en programación cultural... El plan de desarrollo del sector incluye la consolidación de la marca La Mariscal, oferta de servicios tecnológicos (parqueo, internet, etc.), peatonalización del área, entre otros. Están involucrados Cabildo, Fonsal, Corporación Metropolitana de Turismo y comunidad (El Comercio. Domingo 15/10/2006. “La plaza El Quinde renovó a La Mariscal”)

Así la plusvalía se elevó, 2,3 veces más, gracias a la producción del espacio guiada por una lógica de acumulación, dentro de una economía terciaria de consumo que produce servicios. Adicionalmente fortalece este cambio mediante la construcción discursiva sobre lugar, pero también con la promoción de formas de representación artísticas y culturales. Por estos motivos se invierte también en “programación cultural” y en espectáculos, para que una parte de la recualificación y valoración de las plusvalías, se articulen con la experiencia social y consumo cultural. De este modo, la producción del espacio de la *Plaza Foch*, bajo estas lógicas neoliberales, incorpora al “arte” y a la “cultura” como agregadores de valor de cambio en este lugar.

En este sentido, no es que deba haber una oposición hacia las transformaciones del espacio público, sino que se problematiza los desplazamientos de las poblaciones y sus formas, que producen nuevas fronteras para la segregación social. De este modo, la producción discursiva y física del espacio se encarna luego en prácticas sociales de consumo, prácticas despolitizadas también que naturalizan relaciones de poder y

asimétricas de clase y estatus ligadas a la capacidad de adquisición. Así, “no podemos, pues, hablar con propiedad de «consecuencias sobre lo social» como si éstas fueran efectos colaterales de la dinámica de valor animada por la búsqueda de plusvalías, puesto que «lo social» se encuentra en el centro mismo de tal dinámica, es su carne” (Franquesa 2007:126). En esta perspectiva, los conceptos urbanísticos con los que se construyó este enclave, organizan el territorio a partir de una “ideología neoliberal no es otra cosa que una meta narrativa legitimadora de estas prácticas” (Dolgon 1999 en Franquesa 2007:129).

Meta narrativa expresada en estas otras declaraciones:

La ahora concurrida plazoleta representa para los moradores el inicio del cambio de piel de La Mariscal... Para el ciudadano, la recuperación del espacio público, a través de la plaza El Quinde, tuvo esa envergadura por la intervención decidida de los residentes y empresarios. “La comunidad se quejaba por la delincuencia, nos dimos cuenta de que los pilares de la seguridad son el orden, el aseo y la calidad de vida y no la Policía ni la represión”... El resultado es evidente: cientos de turistas nacionales y extranjeros llegan hasta la Plaza del Quinde para disfrutar de actividades culturales, para pasear o saborear la comida de los restaurantes que la circundan. (El comercio. Domingo 03/12/2006, “Las postales muestran un Quito moderno”)

Este “cambio de piel” urbanístico, ajusta el espacio público a las exigencias del sistema de acumulación, creando una serie de discursos. Discursos que privilegian determinados intereses de los sectores dominantes y relegan a los otros sectores mediante discursos degradantes. De este modo, la *Plaza Foch* se configura social y espacialmente como un “simulacro” (Baudrillard 1978), que se organiza desde la economía terciaria imponiendo patrones de consumo, se controla desde todo un sistema de vigilancia, que solo funciona en el perímetro de la plaza y ofrece un constante espectáculo que se renueva en formas, pero no en sus contenidos. Este espacio no es solamente el lugar donde se da el proceso de producción, sino que es una mercancía fundamental para el mercado; en tanto funciona como producto y a la vez como medio de producción de los procesos económicos. Procesos ligados a la mercantilización del espacio público y a la reproducción de relaciones y dinámicas sociales, que garanticen el proceso de expansión del sistema de acumulación neoliberal, “en la que el mercado pretende presentarse como el estado natural de la humanidad y el camino para su felicidad” (Franquesa 2007:146).

Sin embargo quisiera recalcar que hay otras formas de apropiación y disputa dentro del espacio público. Tanto como existe una realidad totalmente heterogénea y contradictoria, por tanto, también se palpa una capacidad de transformación desde usos del mismo, los cuales no se limitan a lo que el lugar ofrece; porque no siempre los visitantes consumen pasivamente, sin embargo este es un tema que será tratado en los siguientes capítulos de esta investigación.

La producción del espacio-mercancía

Siguiendo con esta reflexión sobre la producción del espacio público en la *Plaza Foch*, vemos que esta se enmarca en un proceso de expansión económica; la cual a su vez impone una lógica ligada a patrones de gasto para unos y acumulación para otros. Es así como el espacio en tanto producto se convierte en mercancía, a la vez que es el medio mismo de reproducción de esta lógica y de reproducción de relaciones sociales. En este espacio se inscriben corporalidades normadas por este dispositivo que se convierte en disciplinario y que regula los performances sociales para el acceso a los servicios del lugar. Dispositivo que se legitima y legitima prácticas urbanas, a partir de una serie de discursos de valor que insertan un imaginario para ajustar el espacio practicado a la producción del espacio como mercancía. De este modo, el espacio practicado se subordina a las exigencias del valor de cambio de estos ámbitos públicos privatizados, los cuales orientan las acciones individuales y colectivas al lucro.

Según Santillán, en “la década pasada los municipios tenían un serio problema de financiamiento por tener que disputarle recursos al gobierno nacional y en eso encontraron en las alianzas público/privadas una manera de lograr ciertas transformaciones a bajo costo” (Santillán 2012, entrevista). Dentro de esta lógica se inserta el proceso de renovación de este espacio en *La Mariscal*; cuyo modelo de gestión ha tendido a la privatización, que le ahorra al Municipio unos gastos y se redistribuyen otros. En apariencia esta renovación urbana tiene un discurso político neutral, más bien democratizante del espacio público, expresado en el *Plan General de Desarrollo Territorial del Distrito metropolitano de Quito, Memoria Técnica 2006-2010*:

Es indispensable una resignificación de lo público en un contexto de preeminencia ideológica del “mercado” para compensar ciertos comportamientos que distorsionan la ocupación del espacio (ocupación, sobreusos, publicidad) y algunos comportamientos ciudadanos que desconocen la historia y el valor de los equipamientos urbanos. Para el efecto es necesario, a través del fortalecimiento de la ciudadanía, consolidar una sólida lógica de cultura patrimonial de la ciudad que revalorice el uso de la ciudad y complemente una propuesta técnico funcional de recuperación y ampliación de los espacios públicos (Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2006:14).

Sin embargo, a pesar de este aparente acuerdo o alianza entre los vecinos del barrio, la población visitante y el Municipio en defensa de lo público; quienes representan lo privado han sido generalmente empresas fuertes, economías con cierto poder que implantan sus intereses desde la lógica de inversión y lucro, como sin duda es también necesario en la lógica del capital. “Entonces, en ese sentido, hay un fenómeno más cercano a la privatización que al acuerdo público/privado” (Santillán 2012, entrevista). Así es como el espacio se convierte en mercancía y se transforman las dinámicas y usos del lugar. Los espacios recualificados exigen para sus inversores políticas públicas que garanticen la seguridad de sus inversiones. De ahí la necesidad de cuestionar estas transformaciones aparentemente neutras y democráticas. Siguiendo a Duhau y Giglia, se aplican

...normas y reglas tanto formales (pertenecientes a alguna jerarquía jurídica) como convencionales a las que recurren explícita o tácitamente los habitantes de la ciudad en su interacción cotidiana en el espacio público, y por medio de las cuales establecen sus expectativas y organizan las prácticas relacionadas con los usos, la apropiación y los significados atribuidos a los espacios y a los artefactos urbanos (Duhau y Giglia 2004: 262-263).

En esta interacción cotidiana relacionada con los usos y prácticas, en la Plaza Foch se produce un espacio de diferencias objetivas en los medios de consumo, las cuales crean preferencias de gustos y distinciones entre clases sociales (Bourdieu 1979). Así, se conforman prácticas de sentido, imaginarias y discursivas que se encarnan en la producción de las corporalidades; las cuales asumen la normatividad de los comportamientos ciudadanos públicos, requeridos para una forma determinada de acceso a dichos espacios y sus servicios. Se construye una forma de representación y producción de corporalidades que dominan el régimen de presencia legítima en este espacio. Corporalidades que en esa legitimidad se convierten en hegemónicas, acordes con las categorías de distinción, de

decencia y prestigio social; cuyos contrapuestos fuera de norma, se descartan de este régimen de presencia y visibilidad en la lógica del espacio mercantilizado.

Según Chiriboga (2007), en el Ecuador estas iniciativas han constituido procesos civilizatorios que hunde sus raíces en la hegemonía lograda por las elites políticas, apuntando a una homogeneización de lo público a través de políticas de limpieza social. Esto quiere decir, que quienes no calzan en el modelo ideal de ciudadano/a, son excluidos de los espacios regenerados (Chiriboga en Pontón 2009:12).

Se establece un mecanismo de expulsión de los “males sociales” para la atracción de poblaciones ciudadanas/usuarios, pero solo dentro del enclave de la plaza. Porque “según el Centro Jurídico La Mariscal, en esta zona, entre 2007 y 2008, se registraron 263 denuncias de robos y hurtos” (El comercio. Sábado 27/02/2010, “13 razones para ir a la plaza El Quinde”). De manera que se establece un espacio de simulacro al extirpar el “malestar social” de un perímetro muy reducido para el control de la delincuencia, mientras el resto del barrio está desolado en las noches. “Parte de esto tiene que ver con las acciones orientadas a sacar a los mendigos y a las trabajadoras sexuales (...) se trata, además, de acciones sobre las que no se discute, que están predefinidas por los expertos” (Kingman 2004: 30). Así declara en medios públicos impresos un importante inversionista y en su momento (2007), Gerente de la Administración Zonal de La Mariscal: "Es necesario mirar con mucho respeto lo que es el trabajo sexual. Pero, de cara al turista, las trabajadoras sexuales paradas en cualquier esquina no es algo que, en mi opinión, aporte a lo que el turista quisiera ver, concluye Baquerizo” (El Hoy. 30/Junio/2009. “La Mariscal, en Quito, es aún zona de tolerancia”).

Este proceso de “limpieza social” y de desplazamiento se expresa como parte de las demandas vecinales, tanto como de los dueños de los locales. En este tono sigue argumentando el empresario en la misma nota de prensa: "la ciudad debe generar los espacios de tolerancia apropiados para que quienes ejercen esta profesión tengan un espacio digno para ejercer su labor, pero ese espacio no es La Mariscal". De tal modo se expulsan del espacio aquellos elementos cuya sola visión repele el capital, concluye la nota de prensa:

La orden vigente para los policías respecto a las trabajadoras sexuales que transitan por el sector es pedirles que se retiren de la zona y, en el caso de existir negativa, proceder a ponerlas a disposición de la autoridad competente, es decir,

del comisario de Policía. (El Hoy. 30/Junio/2009. “La Mariscal, en Quito, es aún zona de tolerancia”).

Se construye un discurso que violentamente estigmatiza, desde una voz que se presenta como “tolerante” y aparentemente neutra, pero cargada de autoridad. Un acto de habla, como plantea Butler, siguiendo a Austin, "perlocucionario": que se constituye como “actos de habla que producen ciertos efectos como consecuencia, al decir algo se derivan ciertos efectos” (Butler 2004:18). Efectos degradantes, que niegan y violentan las presencias de individuos que se inscriben en la diferencia, ante todo, de poblaciones de disidencias sexo-genéricas y trabajadoras sexuales. Mientras que la segregación racial y étnica se rigen a partir de dinámicas de presencia invisibilizada de las personas en este lugar.

“Sin duda, el discurso en términos de higiene social por el cual los barrios degradados son considerados contenedores de una difusa amalgama de males sociales (drogas, prostitución, pobreza, suciedad...) es el que cuenta con un mayor arraigo” (Martínez i Rigol, 2002; Monnet, 2002 en Franquesa 2007:129). Estos discursos tan enraizados en el imaginario social, local e internacional, reiterativos en los procesos de renovación inmobiliaria en las ciudades actuales, establecen un estado de alerta y de sospecha ante aquel que es o aparece como diferente. Diferencia que se encarna como una marca en las corporalidades; marcas leídas como inciviles o no ciudadanas y que pueden ser echadas del espacio con la excusa de la problemática urbana de inseguridad y violencia en el espacio público. De esta forma se genera y promueve un sentido común que separa aún más las relaciones entre clases sociales, diversidades sexuales, diferencias raciales. Entonces todo “desconocido”, pasa a ser un extraño, un sospechoso que genera temor y miedo. De ahí nace la distancia, así como la organización de tipo barrial que demanda, sin desconocer su legitimidad de su reclamo, más seguridad:

Por eso, otra de las acciones previstas es la conformación de ‘cuadras seguras’, mediante acciones que involucran a los vecinos. Conocer a los moradores, la composición de sus hogares, sus actividades, profesiones y horarios laborales; detectar las zonas de mayor riesgo en la cuadra e intervenir en ellas son algunas de las actividades encargadas a los vecinos de pasajes, calles y conjuntos cerrados (El Comercio. Lunes 03/10/2005. “La delincuencia no se aleja de La Mariscal”).

Sin embargo, “la urbanidad consiste en esa reunión de extraños, unidos por la evitación, la

indiferencia, el anonimato y otras películas protectoras, expuestos, a la intemperie, y al mismo tiempo, a cubierto, camuflados, mimetizados, invisibles” (Delgado 2002:3). Ya no es posible “conocer a los moradores”, menos aún saber de la “composición de sus hogares, actividades, profesiones”. Vale preguntarse qué es lo que se está entendiendo por seguridad según estas declaraciones. ¿Sería entonces esta “Intuición moral y ciudadana”, de vigilancia y expulsión de lo desconocido y diferente, en una ciudad que se pretende cosmopolita? O se pretenden cosmopolitas e internacionalizadas las inversiones de capital, mientras las relaciones en el espacio urbano siguen estigmatizando las diferencias. O se producen discursos de inclusión social para alcanzar cierto estatus a nivel internacional a través de la reivindicación de formas de segregación, pero que en la práctica se convierten en disfraces que enmascaran la desigualdad y la separación de la diferencia.

Se puede palpar, que “de hecho los procesos de metropolización y apertura al interior de la ciudad, ligados a la globalización, generan lógicas de separación y de construcción de nuevas fronteras urbanas” (Smith y Williams 1986 en Dammert 2004:89). El diseño urbanístico y arquitectónico objetivan las políticas de gestión urbana, las cuales están orientadas a “ofrecer sentidos prácticos, distribuir valores simbólicos y, al fin y al cabo, influenciar sobre las estructuras relacionales de los usuarios del espacio” (Delgado 2002:5). Así la *Plaza Foch* como dispositivo codifica y ordena el significado del lugar mediante políticas y prácticas fuertemente estandarizadas hacia lo privado. La permanencia dentro de este espacio público en este lugar, es aceptada si los usuarios se limitan a ciertos acuerdos sobre el uso social del mismo, el de consumo en los locales, quienes no consumen solo pueden transitar por el lugar. De ahí que “las políticas urbanas contemporáneas no ofrecen las condiciones o los vínculos necesarios para hacer de estas políticas una realidad y los restringidos modelos de gestión urbana llevados por planificadores, arquitectos e intereses corporativos frecuentemente no logran responder de manera adecuada a los problemas urbanos y las divisiones sociales” (Hanley y Ruthenburg 2005:223).

Los nuevos escenarios de tensión

Se ha planteado en esta investigación que la *Plaza Foch* es un espacio que se produjo dentro de un marco económico y de gestión de ciudad. Fue construido para un segmento de

la población de la ciudad que tiene recursos económicos y capacidad de gasto, tanto como para los turistas extranjeros que cubrían las expectativas de rentabilidad de las inversiones privadas. En donde no se consideraba que otras clases sociales y económicas hicieran un uso del espacio público como derecho a vivir la ciudad. En este sentido es importante considerar que en la actualidad los procesos de apropiación de la ciudadanía han ido modificando estas lógicas primeras, generando una fuerte tensión entre un ideal excluyente y los usos sociales del espacio que contradicen el intento de instalar una forma de construcción de lo público para el bien privado. En opinión de un gestor cultural que trabaja en la zona desde hace unos quince años:

G: La visión de los empresarios era esa, venía un medio cholito y no le atendían. Venía un negro o el típico inmigrante que llegaba a fin de año con su familia a pasar por acá, tampoco le querían atender.

V: ¿Y crees que eso ha cambiado?

G: Sí, pero por una necesidad. Porque los empresarios no tuvieron la visión de captar todo lo que fue La Mariscal, esa es su responsabilidad. No entendieron que es un barrio cosmopolita por excelencia y diverso y quisieron apuntar a un público de clase alta, que como te digo, no es el fuerte de cualquier negocio. Si a mí me tocara ese público haría lo posible por renovarlo. Ese público duró casi un año y claro fue un boom, en el 2006 esto llegó a su pico más alto, fue increíble en ventas y todo, pero después del año esa gente se fue y no volvió. Y los empresarios se quedaron: “ah, yo pensé que iban a venir toda la vida”. Al año se fueron y ese rato a planificar qué hacer, sobre la marcha, y empezaron a aparecer las promociones desproporcionadas de comida, de trago y de todo y automáticamente se bajó la calidad. El consumo pudo haber sido igual con un grupo de gente más constante, pero se resistían a entender que les estaba pasando eso. Entonces hubo una des-ubicación de la realidad de lo que se venía y los mismos empresarios empezaron a deteriorar las propuestas, los conceptos. Empezó a aparecer música al aire libre, cuando se suponía que era una plaza y se borró esa necesidad de la gente de encontrarse, de verse, de chismear, porque con el volumen tan alto no se puede conversar. Fue un deterioro (GB 2012, entrevista).

Existe esta apreciación muy fuerte de deterioro de *La Zona*, tanto como de la misma *Plaza Foch*, se tiene la idea de que existió una “época de luces”, la cual duro “un año”; pero que poco a poco el barrio ha ido “perdiendo su brillo”. En parte este deterioro responde a la falta de comprensión de las autoridades públicas, quienes no han tenido una política a largo plazo para la administración y mantenimiento físico del barrio y sus vertiginosas

mutaciones. Por otra, ni empresarios, ni autoridades pudieron entender la complejidad de las dinámicas de grupos sociales que proyectan sus propios deseos sobre el lugar que quieren habitar, experimentar, consumir, apropiarse. A criterio de una autoridad entrevistada:

Aquí hay una diversidad étnica, económica social, que es complicada de comprender y desde la lógica empresarial, a veces no se comprende. Es chévere irte a un restaurante donde la gente es chévere y tú comes chévere y te sientes que estás en Europa. Y todo el mundo está bien vestido, están lindos y te encuentras con el uno, con el otro. Sientes que estás en otro país, pero ese no es el país, no es la ciudad. La Mariscal ha ido abriéndose a esa ciudad diversa, joven. Yo creo que en la juventud hay más diversidad y más comprensión de la diversidad. La sociedad va siendo más permeable ya, a la diversidad sexual también. Es un espacio como eso que te da esa oferta y te vas a encontrar con todo, si no te gusta, te vas (LC 2012, entrevista).

Comprender y más que comprender, vivir, habitar, compartir espacios en este barrio que quiere “cosmopolita”, implica trasgredir una serie de imaginarios y normativas sociales que nos construyen como sujetos dentro de un sistema social andino (Kingman 2006). Sistema de clasificación que reproduce distinciones de estatus y clase, de género, racial y étnico, atravesado por la capacidad de consumo.

La lógica inicial de producción del espacio de la *Plaza* que apuntaba a un “target” de élite social, fue desecha no solo porque estos grupos sociales se fueron al año, como se plantea; sino porque actores que provienen de otros estratos económicos y sociales, quieren “venir a darse una vuelta” por el lugar, a veces sin consumir. Tanto como los punkeros, rockeros, metaleros, reggaetoneros, jóvenes, sureños, norteños, disputan la legitimidad de su presencia en el espacio. Como plantea Caldeira (2007), se da un proceso de “desestabilización” del orden, que es perturbador “especialmente para la elite” (Caldeira 2007:395), quien ve limitados sus privilegios ante el acceso de “los otros” a sus derechos de habitar el espacio público. Y parte de este imaginario de “degradación” de *La Zona*, es construido en base a esta apropiación del espacio por parte de estos otros habitantes provenientes de otros sectores de la ciudad. Por eso, a criterio de un administrador público plantea:

Yo creo que eso responde a una dinámica social. Si tú tienes un lugar de entretenimiento en la ciudad en donde tienes bares y una oferta nocturna que

convoca a un sector de la sociedad de varias edades y de varios gustos, tú no puedes decir: “a ver, los del sur no entren de acá para acá o los más longuitos no entran de acá para acá, o los más rockeros o los más metaleros, no pasan de acá para acá, acá solo pasan los más pelucones o los turistas extranjeros. No puedo decirle a ese individuo más pobre, socialmente menos pudiente: no vengas, no entres, esto es solo para gente más linda, más pudiente o para turistas extranjeros. Y eso también está sucediendo. A veces el chico de una extracción social baja, tiene algo de dinero porque la mamá es migrante o el papá es albañil en España y tiene unos euros que se quiere gastar. Y tiene una pinta no tan linda para un estándar. (LC 2012, entrevista)

Esta declaración evidencia esa fuerte disputa entre el orden normativo de clase que se intenta seguir manteniendo, porque eso vende más, y el derecho a vivir la ciudad de las clases “menos pudientes”. Disputa que toma otras formas como respuesta a esa percepción de degradación de *La Zona*, por parte de algunos inversionistas en asociación con otros empresarios, quienes promueven una serie de eventos que intentan rescatar y difundir una “identidad mariscaleña”. Mecanismos mediante los cuales la comunidad de inversionistas refuerzan una identidad y se pone en evidencia un orden cultural dominante, el cual “tiene que incorporar los rasgos en los cuales la mayoría explotada pueda reconocer sus auténticos anhelos” (Sabsay 2011:96). Así declara un promotor inversionista del lugar:

Lo primero que hay que entender es que esta segmentación entre ricos y pobres no existe, existen unas necesidades humanas, existe una tipología de personalidad, existe un nacionalidad más de valores que territorial. Hoy somos con-nacionales por valor, no por territorio. Si tú y yo no tenemos la misma condición valórica, vale nada, nos vale otra nacionalidad. En ese sentido, la segmentación de la zona es básicamente un tema valórico, es un tema de aceptar, de ser incluyente, de ser diverso, de aceptar un mundo único, de no fronteras territoriales. Quien esté en ese cuadro valórico, es un con-nacional a un mariscaleño de verdad, a un mariscaleño nato, porque aquí tienes muchas golondrinas. Hay mucha gente que se monta negocios golondrinas, no valóricamente, eso creo que es lo que hay que limpiar. Esa intuición del mariscaleño, sabe de los valores mariscaleños de los que hemos hablado, es lo que debe el barrio promover y dar oportunidades y generar esa identidad mariscaleña. Pero al mismo tiempo, ese mismo sistema de reconvertir a alguien en mariscaleño, porque yo no veo otra forma que generar una ciudadanía mariscaleña. Este cambio se da con herramientas, reglas y normas que generan un cambio (Baquerizo 2012, entrevista).

En este discurso podemos analizar esa lucha, planteada por Sabsay (2011), por la hegemonía en la construcción de una ciudadanía; una ciudadanía territorializada, que contradice el propio discurso cosmopolita: la mariscaleña. Una ciudadanía que apela a una identificación “valórica mariscaleña”, que luego se traduce en el discurso del “Programa de

Intuición Moral y Ciudadana”; cuyo “imaginario que está en la base del proceso identificatorio se constituye, por el contrario, como un orden normativizado.” (Sabsay 2011:106). Estos sentidos de “identificación valórica” y de “intuición de la moral” se configuran como el imaginario social de una clase que disputa la hegemonía de la práctica ciudadana y se representa como “los auténticos anhelos”, no solo de un grupo de empresarios que comparten estos discursos, sino como un imaginario de bien común para regular a los sujetos sociales dentro del espacio público. Como se ha planteado ya, desde una moral instrumental propia de un segmento limitado de la sociedad, la cual sin embargo se pretende perteneciente a todas las personas que habitan o visitan el lugar.

En esta misma dirección, podemos encontrar como parte de estos mecanismos de separación de clase, la página “Soy Mariscaleño”¹⁶; donde se puede adquirir una membresía a través de “una tarjeta que te otorga beneficios de descuento en comercios del barrio, y en aliados estratégicos, para celebrar la identidad mariscaleña.” (Portal Web). Mecanismo que por una parte tiene un objetivo de beneficios económicos otorgados por los “aliados estratégicos”, que en realidad son pocos; a partir de los cuales se crean fronteras que apelan a una identidad. Apelación que se da como un llamado moral, como “este impacto de la demanda del otro (que) nos constituye contra nuestra voluntad o, tal vez, para decirlo más apropiadamente, antes de la formación de nuestra voluntad” (Butler 2006:164-165); la cual construye unas formas de subjetividad que reproducen el sentido de una conciencia de clase. En este sentido, el “sistema normativo o ideal regulatorio no es solo un poder represor que limita al sujeto, sino que es un poder productivo que le permite al sujeto llegar a ser” (Sabsay 2011:107). Así la separación social no se da por la represión, sino por lo que se puede llegar a ser dentro de este sistema que valida a unos sujetos como legítimos, mientras otros quedan fuera de la pertenencia exclusiva a un grupo específico que diferencia su clase, su estatus social y también su capacidad de adquisición económica.

Finalmente, esta disputa por la hegemonía de un ideal de ciudadanía, promovida por quienes poseen una posición dominante y un capital específico, tanto económico como simbólico, responde también a las necesarias “estrategias de conservación cuyo objetivo es

¹⁶ Soy Mariscaleño: <http://www.edg.ec/node/32>

sacar provecho de un capital que han acumulado progresivamente” (Bourdieu en Croci 2000:111). Sin duda es una estrategia también legítima, dentro de la competencia que plantea el sistema económico liberal, porque más que “satanizar a los empresarios”, como plantea un entrevistado, se trata de comprender la producción de este espacio, en su calidad de único, dentro de la ciudad y gracias a los inversionistas. Sin embargo es importante visibilizar el espacio público como un potente dispositivo de experiencia compartida; pensarlo en tanto las posibilidades que puede ofrecer como escenario de encuentro, de ocio, de entretenimiento, de diversión, fuera de la normativa moral y más allá de la hegemonía de clase. Sin duda, visibilizarlo también como ese lugar complejo de disputas y de tensiones entre los actores que allí convergen: administración pública, aparatos represores, agentes de vigilancia, inversionistas privados, apropiaciones y usos ciudadanos. Si bien en un principio se planteó una hipótesis desde la producción disciplinaria del espacio, la experiencia en campo ha obligado a expandir los límites del análisis dada la compleja heterogeneidad del mismo.

CAPÍTULO III

LA PRODUCCIÓN DE LAS CORPORALIDADES

Modos de “estar juntos”, identidad y diferencia

Se camina por *La Mariscal* más bien con la sensación de ser conducida por la inercia de las calles angostas, cuyo tránsito se intensifica o se relaja, depende del día y de la hora; pero siempre con la sensación de estar metiendo plomo en los pulmones. Esta es una de las partes pesadas, físicamente hablando, de la percepción de la “atmósfera densa” de la zona, esta sensación más bien matérica, que se respira, pero que también se pega a la piel, al cabello, a la ropa, el humo de los carros grandes y buses aplasta al peatón. Entonces la persona se desplaza dentro de un paisaje arquitectónico comprimido, abigarrado, donde las antiguas casas, mansiones y palacetes, ahora convertidos muchos de ellos en locales de comercio y negocios se alternan con edificios deslustrados por la contaminación. Mientras una complicada trama visual se despliega junto con los pasos del recorrido, saturando los sentidos, especialmente la mirada. A la luz del día, van apareciendo los 708 restaurantes, los 538 despachos jurídicos, 388 actividades médicas, 335 comercios minoristas, 175 actividades de telecomunicación, 130 almacenes de ropa, 120 agencias de viaje, 88 hostales y pensiones, 45 hoteles y moteles, 90 peluquerías y otros tratamientos de belleza, 72 salas de baile, discotecas y actividades similares, 39 establecimientos de bebida, 71 aparcamientos, 62 actividades de Administración Central (...) en total 5621¹⁷ actividades económicas, concentradas en las 152 manzanas que conforman el barrio.

Esta alta concentración económica formal, se torna aun más compleja con el comercio informal, las ventas ambulantes, con los cuidadores de carros, los guardias privados, la policía local, policía de tránsito, policía nacional; con los grupos de migraciones extranjeras, el turismo nacional e internacional, con los oficinistas y burócratas, con los estudiantes de colegios y universitarios. Un universo dedicado a la oferta y demanda de servicios diurnos y nocturnos, dirigidos para todos los gustos, bolsillos, planes o necesidades. A criterio de Alfredo Santillán, estudioso de la ciudad:

¹⁷ Fuente facilitada por la Gerencia de la Administración de la Zona Norte, a la cual se halla supedita el barrio de La Mariscal.

Lo que a mí me parece es que hay una riqueza en La Mariscal en términos de convivencia y eso le hace un espacio tenso. Es decir, tú te vas a encontrar ciertas zonas que te marcan. En la zona del Aguijón se encuentra otro tipo de personas, más hippies, que demandan otro tipo de oferta con otros intereses y otros gustos y dos calles más allá te encuentras el bar restaurante deportivo y más acá te encuentras un chalet vegetariano. Es en ese mundo donde coinciden los vegetarianos, con los reggaetoneros, con quienes buscan una idea de fiesta en donde da lo mismo con qué y cómo. En cambio otros quieren diferenciarse y te remiten a un consumo exclusivo como la salsa o el reggae. Entonces se vuelve un espacio tenso en la medida que te implica mirar diversidades y te implica convivir. Y eso en una ciudad como Quito no es fácil, es una sociedad altamente intolerante (Santillán 2012, entrevista).

Emerge una textura urbana heterogénea estructural, “ambiguo y opaco escenario de algo no representable ni desde la diferencia excluyente y excluida (...) ni desde la inclusión uniformante y disolvente de lo moderno” (Barbero 2000:55). Heterogeneidad que tensa los límites de la convivencia en el espacio público, tensa “los "modos de estar juntos" (Ibíd.). Esta experiencia de diversidad, de multiplicidad, de diferencia, aparece dentro del imaginario social como la idea de que este es un espacio “cosmopolita”. Reiterativamente en las entrevistas a variados actores, se plantea que “por los antecedentes del barrio, aquí se desarrolló la bohemia, la cultura, el arte quiteño, siempre llamó la atención a propios y extraños. Hace tiempo tenía esa tendencia hacia la bohemia, la diversidad, es cosmopolita” (GB 2012, entrevista)¹⁸. Este imaginario se refuerza, con la percepción y la misma experiencia de encontrar una variante de “ciudadanía del mundo” (Diccionario Real Academia), en un espacio en el que cohabitan personas de diferentes nacionalidades, cuyas diversas culturas se encuentran y conviven abiertamente, en mutua influencia. Así declara uno de los líderes e inversores de mayor influencia en la zona, quien además nació y creció en *La Mariscal*:

Por otro lado, esto ocurría terminada la segunda Guerra Mundial, entonces hubo una importante migración de gente, de varios países, de origen judío. Ellos llegaron y se establecieron, arrendando piezas, cuartos, no alcanzaba para casas. Eso le dio un carácter también cosmopolita. Tengo la certeza, no puedo hablar académicamente de esto, pero ahí se forma esta vocación turística y cosmopolita que tiene La Mariscal. Es decir, al mariscaleño no le molesta para nada otras

¹⁸ Este entrevistado es un gestor cultural e inversionista cuyas actividades se remontan a los años noventa en la zona, en la actualidad es parte activa de la asociación de empresarios de La Mariscal, por este motivo fue elegido como entrevistado, además porque sus actividades y propuestas de servicios marcan una diferencia en la producción espacial.

culturas, otras nacionalidades, de hecho yo sostengo siempre que Quito, siendo una ciudad, es tremendamente pueblerina, sin que suene peyorativo; en el sentido de que el grueso de la gente, se mueve sin criterio, es decir se mueve por tendencias generales. Pero quien viene a La Mariscal viene por criterio, por decisión propia, nadie le arrastra a La Mariscal, la persona va. ¿Y por qué va? Va porque quiere ver diversidad, porque va a ver nacionalidades, porque va a ver gringuitos, guinguitas, locales, todos los tatuajes, todas las pintas, todos los gustos son bienvenidos en La Mariscal (JB 2012, entrevista).

“Todas las pintas, todos los gustos” construyen, de hecho, tanto imaginarios, como representaciones y performances sociales que obligan a abrir, hasta cierto punto, los antiguos “modos de estar juntos” (Barbero 2000). Sin embargo, son modos controlados de estar juntos, modos que remiten a un performnce donde “el bien común”, “el buen uso del espacio” se liga una idea de decencia y moral sobre la que se construye la ciudadanía. De tal suerte, que fuera de esos límites, los modos de estar juntos no son necesariamente abiertos e incluyentes a la diversidad étnica, de género o sexual; así como tampoco “estar juntos” implica una capacidad de encuentro y de comunicación.

Por ejemplo, últimamente se evidencia una preocupación, tanto por parte de autoridades locales, como por los empresarios, por los mismos vecinos y habitantes, sobre las políticas migratorias implementadas en el país. Estas han promovido que grandes grupos de extranjeros se establezcan en la ciudad; en este proceso se han insertado lógicas y dinámicas propias de cada grupo, con una marcada construcción de identidad, si cabe el término, cultural. Estos asentamientos de distintas nacionalidades han producido en la zona una nueva cartografía, cuyas tensiones territoriales se evidencian ante un fuerte proceso de diferenciación identitaria. De este modo, las agrupaciones de migrantes extranjeros producen el espacio a partir de este sentido de diferenciación imaginaria y simbólica, la cual se territorializa en la distribución del espacio dentro de *La Mariscal*. Esta fragmentación del barrio, muchas veces auto-segregacionista y segregacionista, hace conflictiva la convivencia en el espacio público; lo cual se percibe con cierta inquietud. Así declara un inversionista que lleva cerca de dos décadas sosteniendo varios negocios en esta área:

Hay competencia entre ellos, hay grupos de cubanos que solo se llevan con cubanos, hay una rivalidad entre colombianos y guayacos, haitianos y nigerianos. Se han ido dividiendo por sectores, han hecho mini barrios en La Mariscal, donde hay o solo colombianos, o solo cubanos, o solo nigerianos donde hay café nets solo

para ellos, o comida, que no es de acceso para el común quiteño local o para el extranjero que viene de turismo. Se han creado nichos, por decirlo así, se han apoderado de ciertos espacios del sector y cada uno en su fuerte: los vendedores de base, de cocaína, de pastillas, de heroína, los que negocian con las prostitutas, los que compran lo robado de los choros comunes, traficantes de armas, hay de todo (GB, entrevista 2012).

A pesar de que en esta investigación no se analizará este complejo proceso de apropiación y diferenciación espacial de las migraciones, sí me interesa exponer la complejidad de estas dinámicas sociales marcadas por procesos de diferenciación étnica en *La Zona*; las cuales se expresan como fronteras que organizan, en parte, las lógicas de separación social dentro del espacio urbano. Por eso, a criterio de una servidora pública quien plantea que “hemos luchado muchas veces con quitar los conceptos xenofóbicos contra la gente que hace permanencia en la ciudad, pero lastimosamente, los efectos de su convivencia no ayuda mucho. Es difícil tratar ese tema” (JM, entrevista 2012). Es de este modo como se establece como práctica una distancia física, la cual a su vez se convierte en un elemento de divergencia que define una frontera simbólica y se convierte en “un habitus, no tan inconsciente, que alimenta la práctica social, sobre todo en contextos donde la interacción entre los varios agentes sociales es cotidiana” (Cervone 1999:141).

Si bien en primera instancia se planteó como hipótesis la exclusión como práctica social de diferenciación de clases y de estatus económico en la *Plaza Foch*; ya en la experiencia de trabajo de campo se puede apreciar que no existe explícitamente una restricción policial, opresiva y excluyente dentro del espacio público, porque se asimila un discurso políticamente correcto de democratización e inclusión social. En la opinión de un entrevistado¹⁹ se expresa:

A mí no me importa de qué clase venga o su raza, me importa la actitud de la gente. No creo que ahora se pueda tener un sitio que maneje un tema clasista o racial ¿No? Ahorita, a esta altura del partido, no creo que ni haya como. Aquí ha entrado todo tipo de personas que se les atiende exactamente igual, entonces yo no entendería que en otro sitio pase lo contrario. Si entraran trans, travestis, igual se les atendería, pero tal vez el comportamiento no sería natural. Y ellos también se sentirían mal y

¹⁹ Este entrevistado tiene un local de servicios de bar y de comida por cerca de veinte años en la zona, en una casa que también pertenecía a su familia, su local se ha mantenido con el mismo nombre con una calidad en los servicios, tanto como un concepto que permitido crear una asiduidad en sus clientes y un sentido de identidad a partir de un estatus social, dado además por una capacidad de gasto y consumo. También pertenece a la asociación de empresarios de La Mariscal.

se irían, puede ser... pero negarles la entrada, eso no haríamos nunca. No sé si hay sitios donde lo hacen, yo creería que no (AH 2012, entrevista).

Se configura en este discurso un imaginario y una lógica de “separación social”, en los cuales se establece una distancia con el otro, con el diferente, pero de una manera velada. A partir de códigos complejos, situados en la mirada por ejemplo, en actitudes que no son evidentes, pero que cada persona puede percibir subjetivamente, tanto como puede alterar su “comportamiento natural”. Códigos corporales que se asumen tácitamente y establecen estos límites performáticos que regulan el comportamiento dentro de un ideal cosmopolita, pero enmarcado en una lógica de distancia social. Distancia asumida como deseo propio unas veces, como marcas de diferenciación identitaria; pero muchas veces impuesta por la desconfianza de los otros:

Sí había antes exclusión, pero lo que pasa ahora es que entre los mismos grupos se excluyen, la plaza Foch se convirtió en un espacio ganado por los diferentes grupos, mafias, entonces entre ellos se excluyen. Ha habido una autoexclusión diría yo, los grupos que normalmente venían ya han dejado de venir (GB 2012, entrevista).

De este modo se construye la percepción del otro, como auto-segregacionista:

Ahora hay mucha más gente, hay un crecimiento poblacional inmenso, se ha abierto mucho más el panorama, creo que la gente es más tolerante. Creo que hay gente que quiere ser extraña también y ves un grupo específico, que no le gusta juntarse con otros, los punks, los góticos, los emos, los rockeros. Ya no es la separación social de hijo de quien eres, dependiendo quien eres y quien es tu familia, puedes ser parte o relacionarte con gente cercana a tu familia. Ahora no creo que sea eso, hay mucha desconfianza entre la gente, porque no les conoces. Yo me he topado con gente que ha abierto locales, me he acercado a ellos para tener una buena relación de vecinos y te ponen un rechazo. Lo mismo pasa con los grupos sociales son súper cerrados. (AH 2012, entrevista).

De esta forma, a pesar de que se comparte un espacio, no necesariamente existe el deseo de encuentro entre unos y otros. Y la desconfianza se convierte en un mecanismo de regulación del acercamiento social para crear ciertos “marcos de legibilidad” (Butler 2010:99), dentro de los cuales pueden interpretarse los performances sociales. Así, “la interpretación no se debe concebir restrictivamente en términos de un acto subjetivo. Antes bien, ésta tiene lugar en virtud de los condicionamientos estructuradores (...) sobre la comunicabilidad del afecto, y, así, a veces tiene lugar en contra de la propia voluntad, o se quiere a pesar de uno mismo” (Butler 2010:101).

Entonces se expresa esta contradicción, en la que por una parte actúa este imaginario “cosmopolita” de la zona; mientras que por otro, se re-actualiza la distancia social a partir de las fronteras étnicas de un “habitus local racializado” (Hollenstein 2008:93) y “fuertemente excluyente” (Kingman 2006:30). Así, Santillán plantea:

Yo lo que veo en La Mariscal es más bien un síntoma cosmopolita, una ciudad grande que tiene una zona de diversidades o muchas zonas de diversidades. En Quito hay una sensación de que es así, pero ahí hay una contradicción en el sentido de que es un cosmopolitismo más en apariencia en el fondo. En el fondo es una ciudad, yo tengo una encuesta de percepción sobre residentes y al contrario, es una ciudad altamente racista. Nadie quiere que los vecinos sean negros, ni cubanos, colombianos, ni haitianos; nada, queremos vivir con el vecino igualito que yo. Lo que te dice que no somos cosmopolitas, ni pensamos en la diversidad como una oportunidad de aprender cosas nuevas, cosas diferentes a las nuestras (Santillán 2012, entrevista).

Aparecen y se asientan, síntomas de las ciudades contemporáneas (Caldeira 2007), experiencias donde la convivencia o estos “modos de estar juntos”, se hallan marcados no solo por la separación social y la diferencia; sino que en muchas ocasiones se traduce en disputas violentas por y en el espacio público. Este proceso construye, en una segunda instancia, esta “atmósfera densa” de *La Mariscal*, que apuntala el imaginario de violencia que se vive. Violencia que se asumen las personas como el riesgo implícito cuando deciden visitar *La Zona*. A tal punto, que en los recorridos por las calles, nunca sabes cuándo vas a ser violentada o agredida, verbal o físicamente; de tal suerte que a pesar de las varias Policías y sus patrullajes, las personas pueden sentirse en total desamparo.

En tanto mujer que camina sola, una se convierte en “blanco fácil” para cualquier forma de violencia. Y si bien, “el habla del crimen es productiva, pero a lo que ayuda es a producir segregación (social y espacial), abusos por parte de las instituciones del orden, irrespeto de los derechos de la ciudadanía y, especialmente, la propia violencia” (Caldeira 2007:54). Por otra parte, habría que analizar con mayor profundidad el impacto emocional que provocan estos actos de violencia; así como la forma en que estos impactos recrean los imaginarios y “el habla del crimen”; prácticas que si bien, siguen reproduciendo la misma violencia, tampoco son posibles de detener, ni ocultar, porque eso forma parte tanto del imaginario como de la misma experiencia. De este modo, tanto desde esta percepción personal y subjetiva, cuanto desde la percepción social y discursivamente construida, se

reproduce la separación social; cuyos mecanismos se sostienen desde la desconfianza, la sospecha y el miedo hacia el desconocido, que muchas veces por la inercia estructural de inequidad social, recae en la estigmatización racial y étnica.

Inseguridad y miedo

Al habitar en la noche se vive otra ciudad, de la cual emergen otras sensaciones. En la noche ocurren cosas que la luz del día las oculta. Caminaba “confiada”, en la madrugada, había parqueado lejos el carro para evitar el tráfico un miércoles por la noche. Cuando de pronto, cinco jóvenes afro-descendientes me rebasaron por la vereda y desaparecieron. Después de unos cinco minutos, me toman por sorpresa, cerca del parque Gabriela Mistral, los muchachos que antes había visto pasar, me agarran de la mochila, querían arranchármela, pero como la tenía bien puesta en la espalda, la maniobra se tornó difícil. Tengo la impresión de que eran novatos, no tenían ningún tipo de arma, pero eran muchos. No sé por qué motivo, yo no les entregué la mochila, tal vez porque pensé en las llaves del carro, las de la casa y en mi tesis. Así que forcejeé un poco, cosa muy arriesgada. Entonces uno de los bolsillos de la mochila se abrió y empezaron a saltar objetos personales como los lentes, las gafas y el teléfono; como todo estaba en cajas distintas, estas iban saltando y cayendo al pavimento. Ahí me di cuenta de que el joven alto intentaba sacarme la mochila, mientras los otros recogían lo que se caía, para acto seguido, salir corriendo. Así me quedé un momento a solas, con él. Algo me dio por hablarle y decirle que no me hiciera eso, que no era justo, hasta que salió volando el último objeto de ese bolsillo, él lo tomó y salió corriendo. Al tenerme sujeta y soltarme de golpe, caí de espaldas. Nadie vino ni la Policía, ni los guardias del edificio de enfrente. Tuve la suerte de que no me agredieran, a pesar de mi “osadía”, también tuve la suerte de que los otros bolsillos no se abrieron porque los cierres estaban dañados y no perdí ni las llaves de mi carro, ni las de mi casa, tampoco mi tesis.

En los días siguientes, sanando el golpe en la cadera, pero sobre todo, sanando la agresión que no solo golpea el cuerpo, sino que es un choque también de energía que a una le deja “bajón”, tres disyuntivas aparecieron: 1) se había abierto un hueco en mi sentido de la confianza dentro del espacio que sentía como mi ciudad y por lo tanto lo recorría con

cierta desprevenición y libertad: tomé distancia. 2) recreando los hechos para entender cómo fue, me sentí gil, boba, porque a quién se le ocurre confiarse de ese modo, siendo mujer, en la noche; “fuiste blanco fácil”, me dijeron, “cómo se te ocurre dejar el carro tan lejos”: instalé la desconfianza, reproduce el imaginario de miedo. 3) los tres muchachos y las dos chicas eran de afro descendientes: reproduce el estigma. Ahora parqueo mi carro cerca, en zonas con guardias privados, constantemente miro alrededor para ver si alguien se acerca “demasiado”; sin embargo, me niego a racializar mi miedo. Entonces hay que entender que a partir de la desigualdad étnica estructural, se producen subjetividades que reproducen a su vez un “habitus” de violencia en ciertos sujetos sociales. Pero no podemos permitir, ni permitirnos estigmatizar a grupos étnicos y con el estigma marginalizarlos y determinar las posibilidades de construirse como sujetos en este contexto social.

La configuración de la inseguridad y el miedo como fenómeno social en la experiencia de las ciudades contemporáneas, es un proceso muy complejo; se ha convertido en un problema actual (Caldeira 2007; Carrión 2006; Santillán 2007, 2010), porque “tiene efectos sociales y políticos” y “estructura en gran medida nuestra experiencia social” (Castel 2004:12). Si bien este no es el motivo central de esta investigación, en el estudio de campo se evidenció la importancia de este fenómeno en las formaciones imaginarias, por ende en las producciones corporales, que construyen la experiencia en el espacio público de *La Mariscal*. Experiencia signada por la percepción de inseguridad, subjetiva y corporal, discursiva e imaginaria, que genera desconfianza, sospecha, miedo y provoca a su vez, otras formas de separación social. Tomando en cuenta que “las experiencias de violencia son claramente distintas en cada clase social” (Caldeira 2007:93), me he enfocado en la percepción de la inseguridad y miedo en los visitantes locales de La Mariscal, quienes provienen de un amplio segmento de las clases medias y son quienes masivamente consumen este espacio. Tanto como en los empresarios, porque viven el día a día de *La Zona* con todo su peso.

Siguiendo a Reguillo (2000), quiero plantear que “el miedo es una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida” (Reguillo 2000:189). En una primera instancia el miedo es tanto una sensación ligada a una percepción individual, dado el aumento de las experiencias de violencia personal, como una

percepción colectiva experimentada a través de los relatos de familiares, de amigos o de los medios masivos de comunicación. De este modo, se construye una práctica imaginaria y simbólica social, que produce una serie de afectos o desafectos, temores y deseos, generando determinadas estructuras de sentimiento en y hacia el espacio urbano. En este discurso de uno de los entrevistados podemos ver que existen varios niveles de lo que se percibe como violencia en el espacio público:

Pero hay otras acciones violentas, como ver a los chicos que sin ningún tipo de vergüenza, orinan en la calle a diestra y siniestra, ahí donde se les antoje. Ni siquiera se cuidan un poco, ahí están conversando y orinando, no importa si pasan señoras o pasan chicas. Otra es la bebida en la calle, están tomando, se acaba la botella y lanzan la botella y se rompe el vidrio. Así no haya sido con el fin de agredir al alguien, ya el hecho de una botella rota es una violencia visual fuerte. Y el tema de drogas es un tema complicado también porque la venta y el consumo son a la vista y paciencia de todos. Entonces ponen el polvo en su pipa, prenden y fuman, y tu hijita que está caminando contigo ve eso como normal. (AH 2012, entrevista)

La percepción de inseguridad se abre en un amplio abanico de posibilidades que van desde agresión verbal, pasando por la visual; la violencia en el comportamiento, hasta la misma agresión física. Primero están estas “faltas menores” como la costumbre masculina, bastante generalizada, de orinar en los espacios públicos; práctica que convierte a los árboles de la zona y a las esquinas de ciertas calles, en charcos pestilentes que el transeúnte atraviesa caminando y en otros casos, saltando sobre ellos. Por otra parte, alude al consumo de alcohol en las calles que hasta cierto punto es “bien visto” socialmente. Este hecho, para la Gerente de La Mariscal, está relacionada con la violencia, tanto si la persona en estado de ebriedad se expone en la calle, es decir se convierte en víctima; como si es parte de “riñas callejeras” (Núñez 2012), de actos de insumisión al orden, como puede ser romper las botellas vacías, o de los atracos y asaltos. Finalmente, el entrevistado menciona el consumo de droga en las calles, actividad que inserta una dinámica específica en el espacio, donde “algunos sujetos de la calle, drogadictos, sí escenifican fácticamente las acciones ilegales de robos, hurtos y atracos violentos mediante intimidación, con arma blanca o de fuego” (Álvarez 2012:13). En un sentido, esta actividad sí produce un cambio en el espacio público, porque la práctica del consumo de base de coca inserta una lógica propia, muchas veces de violencia y densidad, que no es compartida por los no consumidores. Mientras que

en otro sentido, se da una interpretación moral del fenómeno que muchas veces hiperboliza el miedo hacia los consumidores y los estigmatiza, sin dar una solución que humanice la comprensión del consumo de “base” en la calle y que resuelva la contradicción de la convivencia entre unos y otros en el espacio compartido²⁰.

Dentro de esta práctica imaginaria de la ciudad se construye un marco interpretativo del espacio, que define tanto física como temporalmente las zonas y los horarios de riesgo y peligro, marco que moldea la subjetividad y el miedo que se apodera del cuerpo. Como mujer yo sé que no puedo caminar sola a ciertas horas del día, por ciertos lugares de la ciudad. La sensación en la experiencia del espacio urbano está marcada por el temor: 1) hacia lo desconocido porque me resulta sospechoso, 2) hacia las posibilidades reales de convertirse en una víctima de violencia, 3) hacia la sensación de desprotección y desamparo en el espacio público, porque nadie ayuda, 4) hacia la propia vulnerabilidad porque mayoritariamente no estamos entrenados para responder con prontitud hacia la violencia.

En *La Mariscal*, estos temores se juntan para crear una cartografía de la amenaza en la zona. De esta forma, en ciertas horas del día se tiene acceso “seguro” en ciertos espacios, pero en la noche ya no se puede transitar a pie por los lugares más alejados del centro del barrio. Centro que se encuentra en la *Plaza Foch* y como ya se ha señalado, solo son unas cuatro manzanas de *La Zona* las que disfrutan de la infraestructura construida por la inversión privada para la renovación urbana; mientras el resto de la zona está vaciada de habitantes, desatendida, sin iluminación, sin vigilancia. De ahí que el miedo configura no solo una forma de percepción del espacio urbano, sino también un modo de practicar la ciudad desde la desconfianza tanto hacia las personas desconocidas que se convierten en sospechosas, como hacia los lugares; los cuales terminan siendo abandonados y esto tiene una dimensión política importante en la gestión de la ciudad y el derecho al espacio público.

²⁰ En este sentido son de suma importancia los estudios a profundidad del antropólogo Phillippe Bourgois, en cuanto a los procesos sociales relacionados con el consumo de drogas. Su análisis conduce menos a la represión y al encarcelamiento, lo cual introduce a los consumidores en un círculo de violencia casi imposible de romper y van más hacia las políticas públicas de salud, que eviten el sufrimiento social de los consumidores, así como políticas de seguridad para la convivencia en el espacio público.

Por otra parte, el miedo se convierte en un tema político, porque la producción imaginaria del espacio es un proceso que no solo remite al establecimiento de fronteras, sino que es un proceso ligado a la identidad y a la diferencia, a la relación del nosotros con los otros. Como plantea Butler (2010), ese establecimiento de fronteras nos provee de un marco de interpretación dentro del cual se producen, en este caso, las subjetividades. Como se ha propuesto anteriormente, la desconfianza se convierte en el mecanismo mediante el cual, se genera a la vez el sentido de la sospecha en la relación entre los “nosotros” y los “otros”. La sospecha que se plantea como este “aprehender o imaginar algo por conjeturas fundadas en apariencias o visos de verdad” (Diccionario Real Academia), como el “desconfiar, dudar, recelar de alguien” (Ibíd.); que establece un “modo de estar juntos”, que pone más énfasis en la diferencia que en la identidad. Sabsay (2011) plantea que “la figura de la “seguridad”, en particular urbana, es de por sí un dispositivo discursivo ambiguo capaz de funcionar a la vez como el pivote de la protección de los derechos ciudadanos y como el anclaje de los llamados a la represión de aquellos que supuestamente, al no cumplir con sus deberes ciudadanos, atentan contra las libertades otorgadas” (Sabsay 2011:79). Es desde estos discursos que se crea un imaginario donde unas construcciones corporales son legítimas y se reproducen en ellas, mientras otras, entran en la percepción de la sospecha mediante el énfasis en la diferencia. ¿Qué tan extraños llegamos a ser?

Un entrevistado, gestor cultural en *La Mariscal opina*: “los quiteños a lo alternativo ven como drogadicto, como raro, como cualquier otra cosa que no es el estándar de Quito. Entonces a cualquiera que no responda al estándar, le ven mal” (GB 2012, entrevista). Así, las relaciones en el espacio público ponen en juego “mecanismos de alteridad / identidad. Marcas o atributos funcionan como indicios de la edad, el género, la etnicidad, la clase y la ocupación (entre otras) promoviendo, según los casos, el acercamiento, la indiferencia, el rechazo” (Segura 2006: s/n). Otro empresario declara:

La sospecha es una percepción personal, propia, hay señoras que ven un chico de pelo largo y ya le parece sospechoso. Hay gente que está caminando de negro con tenis blancos, como que está listo para correr, ese es un sospechoso. Le ves a un man parado en una esquina más de 10 minutos, está esperando algo, está buscando algo o algo quiere hacer. Ver a todos estos chicos punkeros y las chicas bien agresivas, con actitudes fuertes en el sentido moralista, se desvisten sin problemas, hacen shows y eso asusta a la gente. Cosas así, son detalles. Más que cómo les

vemos, también es cómo ellos se defienden y actúan, cómo se construyen (AH 2012, entrevista).

Es importante en la construcción discursiva de esta opinión, el cómo se define claramente la separación entre “nosotros” y “ellos”, en un proceso de construcción doble: la identidad y la diferencia. Proceso bivalente que provee a los grupos sociales tanto de un sentido de pertenencia, a través de prácticas significativas en la representación de la persona y sus performances sociales; como de marcada diferencia ante los otros, que permite establecer rasgos muy particularizados de identidad de colectiva. Esta práctica por una parte, permite la producción de los sujetos dentro de un marco normativo positivo, es decir que provee de una legibilidad tanto de la persona como de sus acciones en un contexto grupal; en tanto también produce estereotipos en el imaginario ante los cuales se despliegan prácticas de separación y evitación. La opinión continúa:

Entonces viene un tipo que quiere estar con su chica y se topa con un punk y no es que sea agresivo, pero ya quiere separarse con su pinta. (Los punks) quieren ser individuales, quieren ser ellos. Ya se les conoce y pueden ser gente súper chévere en su manera de actuar directa, pero su apariencia es fuerte y genera un miedo. Y son solo entre ellos, solo punks, y las chicas son más agresivas que los chicos, son grotescas. Quieren generar un problema, provocar un conflicto, quieren apartarse y apartar al resto de gente de ellos. Entonces se genera un lío. Los hippies son muy sofisticados, liberales, incluyentes, que quieren ser amigos del todo el mundo, son calmados (AH 2012, entrevista).

Aquí vemos como por una parte, un grupo adopta una serie de representaciones corporales y performances que les permite identificarse en un grupo que establece su presencia en el espacio; mientras que por otro, esas mismas marcas que les permiten a los sujetos ser, son las marcas que los estigmatizan. El problema, siguiendo a Sabsay (2011) es que “las apelaciones a la “seguridad” suelen evocar no otra cosa que la necesidad de instaurar medidas de control punitivas orientadas a reasegurar la estabilidad de un orden social que se halla sistemáticamente amenazado por las mismas prácticas no normativas que ese mismo ordenamiento produce” (Sabsay 2011:80). Entonces nos encontramos con una realidad que desborda la comprensión de un espacio. Por un lado, en su calidad de “cosmopolita” alberga una diversidad de personas que reclaman su derecho a vivirlo, según sus propios imaginarios de diversión y deseos; pero por otro, se quiere reprimir estas mismas relaciones y experiencias bajo un orden punitivo, que apela además a la moral y a

la decencia o a la apariencia de la misma, más que a la capacidad de convivir en la ciudad. Por eso según otro entrevistado, mucho del problema de la erosión de las relaciones sociales en la zona, se debe a la falta de comprensión de la complejidad del entramado urbano:

No tienen iniciativa y todos, bomberos, comisarías, policías, se unen para hacer lo único que saben hacer: reprimir y cerrar los locales y uno no sabe ni por qué. Con un nivel de violencia que vienen con 20 policías armados hasta los dientes para sacar a la gente que está comiendo o para ver si el gas que estás ocupando es gas industrial. Y en el mismo sector a menos de 20m ocurre lo contrario, para contrarrestar a la delincuencia, al ladrón de pistola, a las pandillas de arranchadores, mandan un policía con tolete. Entonces es un abismo brutal, pero eso pasa (GB 2012, entrevista).

Una tercera caracterización de la “atmósfera densa” que se percibe en *La Mariscal*, donde se respira inseguridad y los mecanismos de protección como puede ser la Policía Nacional, o la Policía Metropolitana: fallan. Fallan desde la percepción de los visitantes, de los residentes, de los empresarios, de los funcionarios públicos. Primero porque no hay una acción efectiva que permita el control también efectivo de la violencia; segundo porque su acción represiva sin el conocimiento comprensivo de la complejidad de los procesos sociales, cae en las contradicciones que menciona el entrevistado. Así, por un lado se reprime y castiga faltas que no ameritan esa dimensión de intervención policial, que se vuelve un acto de violencia contra la población civil por su desmesura. Mientras por otro, los crímenes de diversa índole se acrecientan, al punto que se cree que el crimen organizado se ha instalado en *La Zona*, ante los ojos, “a vista y paciencia” de los patrulleros de la policía. Esta percepción de la inseguridad en la zona es un problema que se viene arrastrando desde los ochentas, tiempo en el que ciertas lógicas de mafias ya estaban instaladas en el espacio:

Las noches transcurren entre algazaras y peleas a cuchillo y bala, que tienen aterrorizado al vecindario. El índice de robos y asaltos ha aumentado de manera alarmante, sin que las autoridades hagan nada por frenar la actividad delincriminal. A las llamadas de auxilio la policía responde con el envío de un patrullero cuando las reyertas alcanzan grandes proporciones; luego la policía desaparece y deja el campo libre para que –en algo que tiene cierto tufillo de complicidad– la actividad ilícita continúe impunemente (Febres Cordero 1988:65).

El testimonio de un funcionario público cuestiona: “Nosotros reclamamos constantemente a la policía y no me sorprende que probablemente haya elementos que no responden como tienen que responder. Probablemente no les interesa responder como hay que responder” (LC 2012, entrevista). Por esto, ante la evidencia de que los mecanismos de seguridad social, que dan confiabilidad, fallan, se incrementa la sensación de inseguridad, “y se ponen en funcionamiento los mecanismos –cambiantes según los actores y las situaciones- que buscan reducir la vulnerabilidad” (Reguillo 1996 en Segura 2006: s/n).

Esta percepción de inseguridad en el espacio compartido, la sensación de miedo, es la que crea y reproduce ciertas representaciones sociales de estereotipos y estigmas que promueven la desconfianza, la sospecha. Se deteriora la sociabilidad, se fragmentan las relaciones, adoptando prácticas cada vez más sofisticadas de distanciamiento y separación social. Así, un administrador público plantea: “el ser víctimas de este deterioro de la imagen de *La Mariscal*, también hace que la gente buena se vaya hacia otros lugares, deje sus viviendas aquí; que no le importa qué arriendo le paguen o qué actividades hacen en su casa y se va. Y eso va denigrando todavía más la zona.” (AM 2012, entrevista). Sin embargo, aquí vale plantearse quién puede ser “buena gente” o quién no. Pienso que se trata de promover un imaginario, no solo de tolerancia, sino de verdadero respeto y ante todo reconocimiento mutuo en una sociedad que dé un valor a la experiencia colectiva. Experiencia que a su vez nos puede proveer de otras formas de construir el conocimiento, otras formas de producir la ciudad, de habitar y recrear los espacios y sus imaginarios, por tanto de dotar de otros sentidos a las subjetividades y sus manifestaciones corporales.

Las acciones de control del comportamiento en el espacio público por parte de las autoridades y como las piensan los inversionistas, se plantean en un sentido moralista; como si la moral fuera una forma de contención de las dinámicas sociales. Tal vez porque en el imaginario, la moral es esa herramienta perdida de la modernidad civilizatoria que garantizaba un bienestar común. Así Santillán plantea:

Yo creo que La Mariscal como proyecto debería irse por otro lado, fuera de la cuestión moral. Lo que marca la agenda es el tema de seguridad, por eso hay que hacer campañas: todo cierra a las dos de la mañana, todo está militarizado, las campañas de no consumo de alcohol en la vía pública, la campaña de conductor elegido, son campañas de seguridad, atravesadas por el discurso de la seguridad

ciudadana y es difícil quitarse esa mochila para pensar qué puede ser esta zona (Santillán 2012, entrevista).

Pensar lo que puede ser esta zona más allá de estos discursos, sería pensar en una ciudad que rompa con su pasado colonial que nos hereda estas relaciones de clase atravesadas por condiciones étnicas, de género, por posibilidades económicas. En una zona que es la única opción en tanto espacio público, que puede ofrecer la diversidad que el “espíritu cosmopolita” requiere, para procesos de subjetivación, de identidad, de política y de diferencia que pueden cohabitar en el espacio. La moral en tanto control y auto control del comportamiento, tiene que ver más con la experiencia de empatía con el otro. *La Zona* puede ofrecer una amplitud de opciones para vivir la ciudad y poder tener la experiencia de practicar *La Mariscal* en recorridos, en estancias, en apropiaciones que permitan el encuentro intersubjetivo, entre géneros, “pintas”, “colores”. Con una gestión de los espacios públicos en la que se asuma una corresponsabilidad entre empresarios, administradores públicos, policías y habitantes con un grado de tolerancia que seguramente se podrá ir insertando en el imaginario social, con un nivel de proyección de deseos compartidos que promuevan la sociabilidad y la experiencia en el espacio urbano. Porque al fin de cuentas si salimos de los ámbitos privados, es para saber de los otros, para encontrarnos, para jugar, para construir un nos-otros. Para seducir y ser seducidos por la experiencia urbana, con una sensación, mínima, de seguridad; sin que esto conlleve a la sensación constante de ser perseguido policialmente a través de las constantes multas y penalizaciones que se imponen desde la Administración Municipal.

Finalmente, no se cuestiona la presencia militar con todo un sistema de representación y performance de la violencia legitimada por parte del aparato represivo del Estado. Constantemente en estos últimos meses, no solo los locales que se exceden en “la hora zanahoria” instalada en la Alcaldía de Moncayo, son víctimas de los operativos de cierre y clausura; sino quienes están ahí consumiendo son agredidos por los miembros del ejército y de la policía, “armados hasta los dientes”. Eso también es violencia, atenta contra el espacio de comunicación, de interacción, de confianza. El hecho de que militares y policías se presenten armados y retiren a las personas desarmadas, criminalizando su presencia a determinadas horas, eso es violencia. Luego, la gente que ha salido de los

locales, camina dos cuadras más allá del operativo y es asaltada violentamente por delincuentes; quienes ejercen la fuerza física, ejercen la agresión corporal con toda intención, no solo de robar, que eso es ya violentar el respeto hacia la persona, sino con la alevosía de querer hacer más daño. Entonces, se empieza a establecer un rechazo al espacio público de la ciudad, porque por una parte la persona se siente amenazada constantemente por la represión policial y el sistema de regulación del comportamiento a través de las multas. Mientras por otro, todo ese sistema policial no ha servido para frenar la delincuencia que ataca con mayor impunidad. Ante aquello, queda el recluirse en las “ciudadelas de muros” (Caldeira 2007), aislarse en los centros comerciales, matando la experiencia en el espacio público y dejando que muera la ciudad.

Adentro en la Plaza Foch: simulacro y espectáculo

En este trayecto el cuerpo se inscribe en el espacio urbano, lo habita, lo modifica, a la vez que el espacio se registra, en los deseos, en las proyecciones y en los afectos. O se puede transitar ese trayecto en una inercia, pero la inercia misma es la intención del deseo de la nada, quizás. Entonces se desemboca, empujada por los flujos de las calles, en la famosa *Plaza Foch*, cuyo primer impacto rompe con ese sentido del transcurrir espacial del recorrido callejero. Aquí, la percepción del espacio muta, ya no es la calle angosta, es el cruce de calles que, habiendo quitado metros de terreno a las edificaciones residenciales se ha convertido en una plaza. La amplitud del lugar sitúa al cuerpo en una relación distinta con el entorno, se siente que se entra en el espacio, la piedra del piso, el ambiente de luces, el ruido, las imágenes publicitarias, todo te rodea. Acostumbrados los quiteños a estos espacios cerrados de calles y vericuetos, este lugar transforma la mirada a la extensión, en la que se juega, entre una esquina y otra, al estar lejos pero cerca.

La *Plaza Foch* se ha planteado, siguiendo a Baudrillard (1978), como un enclave de “simulacro”, como una “ficción, imitación, falsificación” (Diccionario Real Academia) de un territorio que se construye para la lógica del turismo y del consumo. Donde el orden urbano se instala entre el control como tecnología de poder y el simulacro como dispositivo de producción de subjetividades e intersubjetividades.

Como la contraparte de este simulacro, está la sociedad del espectáculo (Debord 2003); en la que:

En realidad nuestras ciudades, culturas, naturaleza, han pasado a formar parte del decorado del primer mundo, de sus deseos y requerimientos de consumo. La propia diversidad se ha convertido en mercancía, en algo que puede ser construido mediáticamente, convertido en souvenir, ofertado en un mall o en una plaza (Kingman-Goetschel 2005:106-107).

Como ya se ha planteado, la experiencia urbana en esta lógica de espectáculo se banaliza dentro de estos escenarios de consumo y turístico masivo, despojados de contenido, de política, de disputa de sentidos. Siguiendo con Kingman y Goetschel, “el turismo no conduce a una homogeneización ya que se sostiene en la diversificación de ofertas. Incluyendo una diversidad vaciada de contenidos, orientada a la construcción de parques temáticos o marcas ofrecidas al mercado global de oportunidades” (Ibíd.).

De esta forma, este espacio en su bivalencia de simulacro y espectáculo, no solamente regula el funcionamiento del valor de cambio, sino que controla los deseos expresados en necesidades socialmente significativas, produciendo imaginarios y representaciones sociales que dotan de un sentido determinado al lugar. Donde “la apoteosis neoliberal de grandes resultados económicos, productividad y competitividad, con su culto al triunfador y su promoción del cinismo ético, es el equivalente actual de las grandes ideologías de antaño” (Bauman 2001:136). Así por una parte, el espacio turístico se produce como un dispositivo panóptico donde:

La construcción de un paisaje urbano supervigilado (en donde tanto la ecología cuanto lo arquitectónico es construido de acuerdo a una agenda exclusionaria) caracterizado por el establecimiento de un lenguaje patrimonial genérico dirigido a la exploración comercial y al uso restringido de tales espacios (Andrade 2005:148).

Mientras por otra, se produce desde la seducción y exhibición para una sociedad privada y de consumidores una nueva forma de tecnología de poder, el sinóptico:

En lo que se ha denominado "sociedad" ha sido remplazado gradualmente por el sinóptico: en vez de unos pocos que observan a muchos, ahora son muchos los que observan a unos pocos. La mayoría no tiene más alternativa que mirar: al carecer de fuentes de instrucción en cuanto a las virtudes públicas, buscan motivación para los esfuerzos vitales tan solo en los ejemplos disponibles de hazañas privadas y sus recompensas (Bauman 2001:79-80).

En este juego de deseo-exhibición-sedución, los actores observados performan dentro de la normatividad que reconvierte las subjetividades de los usuarios, en subjetividades adaptadas para la sociedad del consumo. De esta forma, la plaza se convierte en dispositivo de simulacro para inscribir los hábitos de la sociedad del espectáculo en performances inscritas en la experiencia urbana. Así, se establece un dispositivo de control que fundamenta las prácticas de vigilancia y auto vigilancia para poder entrar en el juego de deseo:

El sinóptico -un panóptico del tipo "hágalo-usted-mismo", que incita a muchos a observar a unos pocos, en vez de contratar a unos pocos para que observen a muchos ha demostrado ser un instrumento de control mucho más eficaz y económico. Los restos del antiguo panóptico que aún funcionan no sirven para entrenar y convertir espiritualmente a las masas. Sino para mantener en su lugar a los sectores de las masas que no deben seguir a la elite ni imitar su nuevo gusto por la movilidad (Bauman 2001:133).

Ambos dispositivos, panóptico y sinóptico, son articulados mediante las regulaciones que subjetivan una disciplina, en el primero de los casos y objetivan la seducción, en el segundo caso. Se establece de tal suerte un complejo entramado de relaciones de poder y control sobre las subjetividades, que producen las corporalidades dentro de la plaza; las cuales conducen unas determinadas formas de conductas y procedimientos en consonancia con la sociedad de mercado, cuyo fin es el consumo. Siguiendo a Bauman (2001) desde Gil (2005), “el sinóptico está relacionado con una concepción de deseo como placer inmediato, que es justo el tipo de vehiculación libidinal que más conviene en una sociedad de consumo” (Gil 2005:s/n). Placer y fama de corto aliento, siguiendo a Kingman, “esa mirada intenta ser organizada desde un nuevo modelo civilizatorio, propio de la sociedad del espectáculo, sin que los agentes tengan la posibilidad de participar ni siquiera en la construcción negociada de sus propias imágenes” (Kingman 2004:31).

Es así como *la Plaza Foch* y *la Mariscal* ha devenido en formas de privatización y construcción de un orden caracterizado por la permanente impugnación y depredación de lo público. Cuyas prácticas urbanas operan como dispositivo de explotación lucrativa del espacio público, de banalización y despolitización de la experiencia, de segregación y separación social. “En realidad se trata de un proceso de empobrecimiento cultural del que

no somos del todo conscientes, y que tiende a confundirse con una supuesta construcción de democracia y ciudadanía. La cultura, e incluso en plural, las culturas, se han convertido en sinónimo de espectáculo, desprovisto de cuestionamientos y de contenidos” (Kingman 2004:31).

El paisaje arquitectónico es dadivoso, ofrece posibilidades, para quien las puede pagar. El consumo de bienes y servicios dentro de la *Plaza Foch* marca una forma de estatus, a partir de la capacidad de gasto que permite el acceso a los espacios privados. Locales con instalaciones cómodas que funcionan como sinóptico: como vitrinas donde los consumidores puede ver y ser vistos por quienes están parados en la plaza fuera de los locales. Estos brindan diferencialmente, tanto en el transcurso de las horas del día, como de los días de la semana, sus servicios. El tiempo determina ciertas acciones, o cambios, o sucesos. En la mañana los locales se aprestan a comenzar el día y no es fácil porque la competencia satura las ofertas. Los turistas pasean, los vendedores ambulantes intentan concretar una venta antes de que los policías municipales les expulsen del lugar, un perrito sorprende con sus ladridos debajo de una pantalla gigante colocada sobre uno de los edificios. Al mediodía se brindan almuerzos ejecutivos o de negocios o entre compañeros oficinistas o para los visitantes extranjeros. Como se promociona en esta página web *Quito Adventure*: “La tarde es el inicio de actividades en esta área en donde se puede compartir buena comida y bebidas mientras se espera la noche para visitar las discotecas del sector.”²¹”

En la tarde, si es que es lunes, pasa poco, pasa eso sí mucho tráfico. En la noche, la falta de patrullaje policial hace que el espacio presente una cara que esconde más de aquello que realmente está sucediendo. En la oscuridad, se percibe sin embargo una atmósfera dura. Si es martes, puede suceder alguna que otra cosa, entre ellas que te asalten, tal vez no en la misma plaza, porque esta se encuentra vigilada por empresas de guardianía privada, pero sí unas calles más allá; aparece una dinámica nocturna de personas que no viven el tiempo fabricado por horarios de oficina y por esto, sus cuerpos adquieren otros

²¹ Quito Adventure: <http://www.quitoadventure.com/relax-ecuador/diversion-quito/lugares/plaza-foch.html>

ritmos, producen sus propias disciplinas. Porque los cuerpos, como plantea Foucault (1998; 2003), si bien están atravesados por dispositivos de poder disciplinarios por una parte; por otra, ellos generan sus propias disciplinas a partir de los hábitos, las necesidades que van desde lo físico, lo fisiológico, hasta necesidades de ocio, diversión por ejemplo.

En este punto, el miércoles se dinamiza, hay más gente en la plaza, las promociones dos por uno en bebidas alcohólicas, alborotan a los consumidores; no solo en *La Foch*, sino en las calles aledañas, donde se pueden encontrar promociones de cervezas cuatro por cinco dólares. Es en este momento en que la zona se satura y se evidencia que la infraestructura, antes residencial, soporta difícilmente esta presencia masiva de personas consumiendo; quienes eventualmente necesitan baños y las antiguas residencias no abastecen esta demanda, exacerbando la costumbre orinar en la vía pública. Para el jueves, “no te ahueves” antesala del fin de semana, el ritmo se intensifica, el ambiente se caldea, sube la intensidad sonora en el espacio, tanto por los amplificadores que elevan el volumen de la música con la creencia de que van a atraer más clientes; así como con la hiper producción de visualidad que exaspera con las pantallas planas y gigantes dentro y fuera de los locales. A pesar de las actuales restricciones de consumo de alcohol en la calle, la *Zona* tiene una dinámica de diversión mediante el alcohol, las tiendas locales expenden licor a bajo costo; mientras que en *La Plaza* hay una gran afluencia de clientes, muchos consumen hasta la medianoche, para luego ir a locales de baile.

Si podemos hablar de un clímax, es el viernes, la plaza se llena de estudiantes de colegio durante la tarde, ese es su lugar de encuentro para luego ir a locales de baile vespertinos; mucha gente pasea performando su identidad, “presentando su persona” a través de una “fachada” (Goffman 1956) en este contexto social²². En la noche, el viernes es intenso, se percibe en la atmósfera el deseo que intensifica, activa, calienta el lugar. Los visitantes están en la búsqueda de algo, de diversión, de acción, de encuentros; de algo que

²² La fachada, entonces, es la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación. (...) Como parte de la fachada personal podemos incluir: las insignias del cargo o rango, el vestido, el sexo, la edad y las características raciales, el tamaño y aspecto, el porte, las pautas de lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes. Algunos de estos vehículos transmisores de signos, tales como las características raciales, son para el individuo relativamente fijos y durante un período de tiempo no varían de una situación a otra (Goffman 1956:14-15)

convierta la formalidad de la cotidianidad, dentro de las posibilidades imaginadas de la noche. Es lo que plantea un entrevistado artista cuencano, quien visita la *Plaza Foch* cuando está en Quito y ofrece un punto de vista desde la masculinidad con un nivel de reflexión y espontaneidad:

Yo creo que eventualmente, siempre tienes expectativas de encontrarte con alguien. La expectativa está ahí siempre. Cuando ya estás configurado como una estructura deseante, yo miro y a veces me siento mirado también. Yo creo que hay zonas de contacto, no creo que todo sea yermo, no creo. Yo creo que esa es la diferencia entre provincia y una ciudad más grande como esta, aquí se siente más mundano, más cosmopolita, entre comillas si quieres, pero hay otra actitud del cuerpo y de las mujeres sobre todo frente al cuerpo, frente a las posibilidades de la noche. Eso siempre lo he sentido acá (CZ 2012, entrevista).

Aparece esta relación entre seducción y deseo en un escenario que es construido para este juego espectacular, mediado por lógicas de consumo. Siguiendo a Bauman (2010) quien plantea que en el capitalismo tardío neoliberal, la “sociedad de consumidores”, que “es un tipo de sociedad que “interpela” a sus miembros (vale decir, se dirige a ellos, los llama, los convoca, apela a ellos, los cuestiona, pero también los interrumpe e “irrumpe” en ellos) fundamentalmente en cuanto a su capacidad como consumidores” (Bauman 2010:77). Entonces por una parte hallamos este juego de deseo y seducción que se activa en la noche del viernes como una práctica ritual. Pero por otra, este mismo juego de deseo está enmarcado en una práctica simbólica de distinción de clase, mediante la interpelación a la capacidad de consumo de los sujetos. Consumo que imprime una dinámica de acceso, la cual se activa y manifiesta fuertemente, creando un adentro y un afuera; quienes pueden consumir tienen privilegios en los servicios, pero quienes no, solo pueden permanecer de pie, observando y de tránsito. En consecuencia, “los lugares ganados o asignados sobre el eje de excelencia/ineptitud de rendimiento consumista se convierten en el principal factor de estratificación y en el criterio fundamental de inclusión y exclusión, a la vez que marcan la distribución de la estima o el estigma social, así como la cuota de atención pública” (Bauman 2010:78). Esto es cuestionado por un gestor cultural entrevistado, quien ha realizado varios eventos en la plaza, los cuales no siempre han sido bien recibidos por ciertos empresarios:

Luego porque no es muy amable, se genera una onda de contraste muy grande porque tienes locales muy caros y también tienes toda la gente que no tiene plata o

tiene medianamente plata, que igual quiere venir a ver, a verse, exhibirse, encontrarse. Entonces se genera una controversia entre la gente que está dentro de los locales y la gente que está afuera; porque son de distintos grupos, donde el uno no quisiera que el otro existiera y otros quisieran estar donde están los otros. Entonces no hay una armonía (EM 2012, entrevista).

A criterio de un consumidor entrevistado, quien plantea que “eso genera una suerte de revanchismo, o sea, yo no puedo acceder y se genera una violencia. No es algo que se siente mucho cuando estás consumiendo dentro de la plaza, pero es algo que se huele, que está” (CC 2012, entrevista). De esta forma, la arquitectura y la distribución espacial de la plaza se convierten en un dispositivo de exclusión social, ya no solo separación, que tiene varios mecanismos de acción. Quienes entran a consumir, mínimo 8 dólares por persona, según las cartas que se pueden apreciar expuestas en las puertas, pueden sentarse y permanecer en el lugar; quienes no, establecen la *Plaza Foch* como un lugar de encuentro, están un rato y se van, porque al estar mucho tiempo de pie, empiezan a doler las piernas. Curiosamente, casi nadie se queja de que no haya bancas, más bien algunas personas se han sorprendido al “darse cuenta” de esta situación. A criterio de un transeúnte que no quiso dar el nombre:

Lo que pasa es que habiendo bancas, solo estuvieran llenas las bancas de chumaditos. Entonces para qué bancas si no van a respetar a los turistas, no respetan. Es mejor así, que estén parados, si no, no consumen en los locales de estos aquí (Transeúnte anónimo 2012, entrevista).

De esta manera, podemos apreciar cómo está naturalizada la idea y la práctica de que el espacio público no sea tan público, sino más bien privatizado. Y la lógica impuesta por unos intereses privado, crean una hegemonía una noción hegemónica sobre las lógicas de consumo del lugar. Aquello permite que los ciudadanos asuman como propia y defiendan la normatividad impuesta por los empresarios. De cualquier modo, a la gente le gusta ir, ver, sentir que algo pasa o va a pasar.

Las cuatro esquinas ofrecen muy variadas opciones y ambientes como puesta en escena para el performance de alguno de los “yos”. Así, a un lado está una zona de restaurantes que ofrecen una atmósfera agradable, con cartas de consumo elaboradas con menús internacionales, para gente que tiene “un nivel de vida dentro del estándar” (según un dueño de un local). La otra esquina ofrece un ambiente totalmente tropical, de bancas

tomates y verdes encendidos, palmeras y muchas pantallas planas, es una esquina bastante concurrida. Al lado se encuentran otros dos locales, uno pequeño de mediana concurrencia y otro más elegante que tuvo su éxito en los principios de la renovación, ahora “no tiene pegue”, según un visitante. Al frente está el Coffee Tree, local que estuvo desde los inicios también y se mantiene con un nivel de afluencia, por los precios cómodos y por el ambiente abierto y relajado. Esta zona de la plaza tiene una característica especial, ha sido tomada por los motociclistas quienes parquean sus grandes motos en el espacio central y pareciera un uso legítimo del mismo. Este lado está masculinizado, también recurriendo a un imaginario social, las motos dan la sensación de eso; además es un espacio para los deportes de acción dura, como el boxeo donde nueve pantallas planas reproducen los golpes o las carreras o las competencias. Finalmente en la cuarta esquina, compiten las marcas *Café Valdez*, *Cacao*, *El Español*; así como *Sport Planet* y la tienda de accesorios de montaña *Explorer* que cuentan con el acceso directo del ascensor hacia los parqueaderos. También hay una escuela y salón de baile de salsa y un restaurante con vista a la plaza donde se restringe el derecho de admisión.

Cada uno de estos locales, ofrecen una idea de diversión, un concepto de consumo, una producción del espacio que propone a su vez, una forma de actuación o performance: “de un individuo que tiene lugar durante un período señalado por su presencia continua ante un conjunto particular de observadores y posee cierta influencia sobre ellos” (Goffman 1956:14). El performance construye un enunciado mediante el cual se establece una presencia legítima en la plaza, cuya influencia, a través de los gestos que demuestran una seguridad, en tanto personas con capacidad económica, se recrean como las “marcas de clase” (Bourdieu 1998), el estatus, que permiten el acceso a los espacios.

Yo creo que en cada lugar al que vas en la Plaza Foch tienes que performar algo diferente. O sea tú llegas a distintos tipos de restaurantes, incluso parada en la plaza y performas diferentes “tus”. Por ejemplo, en mi forma de ser, salgo al Tapas y Vinos y performo como una persona que está sentada, súper elegante, que está tranquila conversando en calma con un grupo de personas. Pero vas, por ejemplo, a una discoteca aquí mismo en la plaza, en la otra esquina y ya eres una persona diferente, que está abierta, bailando. Son dos partes de ti que se representan en diferentes partes y diferentes momentos (D 2012, entrevista).

Sin embargo, dada la variedad de locales, varias personas piensan que sí podrían entrar a los locales si tuvieran dinero. Un vendedor de gafas que es perseguido por la Policía Municipal, para erradicar las ventas ambulantes, piensa que: “si vengo de turista, sí, sí podría entrar. Sí son buenas gentes los señores.” Pero en realidad, las personas no llegan a entrar a los locales, no llegan a comprobar si pueden entrar o no, porque de cualquier modo son lugares que establecen un límite para el acceso a través de los costos. En otra entrevista a tres hombres que estaban observando la plaza, se plantea lo mismo, que si tuvieran dinero, podrían entrar:

S: Nosotros estamos de paso no más, venimos del norte, de Carcelén.

V: ¿Y vienen mucho por aquí?

S: No, venimos a entregar un trabajo, estamos de paso, como le digo. Venimos a darnos una vueltita, no más.

V: ¿Van a ver el futbol aquí? (Partido del Deportivo Quito en Chile)

S: No creo, como es a las ocho, habría que esperar hasta las ocho de la noche.

V: ¿Cree usted que este es un lugar democrático al cual podría ingresar a cualquiera de los locales?

S: Claro, ya depende del dinero no más, claro.

En estas tres entrevistas a usuarios de la plaza con una distinta capacidad de consumo y marcas de clase, hay varios niveles en los que se puede analizar los performances de las presencias legítimas dentro de la plaza y de aquellas que se excluyen.

La primera entrevista corresponde a una muchacha perteneciente a un grupo de mujeres jóvenes estudiantes universitarias, cuya reacción ante mi abordaje y las interrogantes que les planteaba fue espontánea, no les intimidaron mis preguntas, todas me dieron sus nombres, sus opiniones fueron desinhibidas y explicadas. Su expresión corporal denotaba la seguridad de su presencia que no se cuestionaba dentro de la plaza. Son presencias que se apropian del espacio, sus poses se inscriben en el mismo; la gestualidad es amplia y expresiva, es desenvuelta. Son usuarias legítimas del espacio, consumen sus servicios, asumen los ambientes para “performar sus yos”.

La segunda y la tercera corresponden a personas cuya presencia era modesta, un vendedor de gafas y un maestro carpintero con dos muchachos jóvenes. El vendedor de gafas, estaba viendo una sesión de fotos de unos chicos en la plaza, hasta que la Policía Municipal apareció y salió corriendo. Estaba parado en una esquina, en silencio, divertido con el espectáculo. Cuando me acerqué pensó que iba a probarme y comprar algún par de gafas, por lo que se decepcionó al no ser así. No quiso darme su nombre, las respuestas eran cortas, en un tono defensivo. Luego cuando apareció una camioneta de los Policías Municipales, dio un fuerte silbido y corrió por la calle, fuera de la plaza. La tercera entrevista al maestro carpintero y a los dos jóvenes fue corta, ninguno quiso darme su nombre. Los tres hombres estaban parados esperando, sin entrar en los locales, sin consumir sus servicios, sino viendo el lugar, estando un rato. Al acercarme se sintieron intimidados por mi presencia, esquivaban la grabadora de voz y las respuestas fueron muy escuetas. Se podía una desconfianza que claramente limitaba la expresión y la acción. Su presencia en el espacio fue interpelada y la mía ante ellos, era inoportuna invadió su intimidad. De un momento a otro se convirtieron en ilegítimos, porque no tenían donde permanecer, porque no tenían los recursos para consumir y el abandono del espacio fue inminente. Espacio donde “consumir significa invertir en la propia pertenencia a la sociedad, lo que en una sociedad de consumidores se traduce como “ser vendible”, adquirir las cualidades que el mercado demanda o reconvertir las que ya se tienen en productos de demanda futura” (Bauman 2010:82-83)²³.

Para cerrar la travesía, por los días de la semana, llegado el sábado, todo es diferente, porque en la mañana se instala una pequeña feria de artes aplicadas, productos naturales, orfebrería, artesanía urbana, como se plantea en²⁴ las páginas web que promueven el turismo en la ciudad. Esta feria le da otra calidad al ambiente la plaza, porque “los visitantes que llegan en busca de diversión se encuentran con elementos artísticos que

²³ Bauman en “Vida de consumo” plantea que el consumir es una actividad que el ser humano siempre ha realizado, sin embargo en la actualidad el consumo ha pasado a ser una condición de la sociedad que se manifiesta como “consumismo” en una “sociedad de consumidores”; las cual “se caracteriza por refundar las relaciones interhumanas a imagen y semejanza de las relaciones que se establecen entre consumidores y objetos de consumo” (Bauman 2010:24).

²⁴ Portal Turístico: <http://www.quitolatino.com/es/component/content/article/15-quito/50-los-artesanos-de-la-plaza-foch.html>

los transporta hacia otra dimensión cultural y además adquieren obras sin intermediarios a precio de taller” (quitolatino). Los domingos aparece la cara de la franciscana ciudad, que medio quieta, entre turistas, se apresta a empezar. El ocio y los lugares en los cuales pasar el tiempo libre son maneras de integrar y diferenciar al mismo tiempo, pues permiten que una persona comparta un espacio con otras parecidas a ella en el gusto por una actividad, un ambiente o un estilo de vida, pero de igual forma hay límites económicos que ponen barreras de entrada a estos lugares y límites simbólicos que hablan de la distinción y, de igual forma, del gusto.

La producción corporal en la “sociedad de consumidores”

¿Cómo pensar la dinámica del poder y las posibilidades de transformación social en un mundo que ya no dice primordialmente “sé esto o aquello”, sino más bien “sé tú misma”, “busca tu verdadero deseo”; es decir, un poder que aparentemente no pide que nos identifiquemos con un rol social, sino que, al contrario, constantemente nos está diciendo que somos más que cualquier rol; un poder que, en palabras de Slavoj Žižek, nos solicita que constantemente nos desidentifiquemos con él? (...) Un poder que dice “debes desear el placer”, y que nos indica no solo que “debemos ser felices”, sino que además “debemos querer ser felices”. Un poder que, entre tantos gestos patologizantes, como lo confirma el género de la autoayuda, patologizará cualquier rasgo de apatía que desprecie el culto a la propia individualidad (Sabsay 2011: 23).

En este punto, quiero considerar la forma particular en que el cuerpo y las corporalidades, como productos de una lógica neoliberal del capitalismo tardío se convierten en mercancía; desde un sistema cuyo poder se halla descentralizado, físicamente inasible, pero inserto en el control de todos los aspectos de la vida, a partir del auto control y la formación de las subjetividades en la contemporaneidad. Donde “el poder ya no se relaciona circularmente consigo mismo –con la conservación o ampliación de sus propias estructuras-, sino con la vida de aquellos a quienes gobierna, en el sentido de que su fin no es la obediencia tan sólo, sino también el bienestar de los gobernados” (Espósito 2006:60). Bienestar que se promulga como la liberación del individuo de todas sus ataduras provenientes de las instituciones modernas, llámense moral, religión, familia, roles de género; y construye

nuevos discursos de “sé tú mismo”, que anclan al sujeto, a través del cuerpo, a una construcción hiperbolizada del “sí mismo”. Esta construcción se fundamenta en el desarrollo de las tecnologías médicas, de nutrición, de estética; así como tecnologías corporales como los deportes, las danzas terapia, el yoga y sus múltiples variantes; tecnologías del género (Laurentis 1989); hasta la nanotecnología, el desarrollo de la robótica, en casos más extremos; las tecnologías académicas que requieren cada vez de más años de formación. Tecno-poder que basa sus estrategias en la retórica de la liberación, de la democratización, la diversidad, incluso de la transgresión. Todas estas tecnologías desarrolladas a su vez por las “tecnologías de poder” (Foucault 2003; 1998; 1992), construyen nuevos órdenes en el mundo, nuevas formas de gobierno de las poblaciones, que se descentran y se distribuyen en el autogobierno del sí mismo. Sin que por esto se eliminen las relaciones de poder de clase, género, étnicas, etarias; sino que se imbrican en imaginarios y discursos complejos, dentro de los cuales se inscribe la producción de las subjetividades y las corporalidades en la actualidad.

En consecuencia, estas formas de biopolítica (Foucault 2006), en tanto dispositivos de poder, “permiten maximizar la multiplicidad de las relaciones entre fuerzas que son coextensivas al cuerpo social” (Lazzarato 2000: s/n). Relaciones ligadas a mecanismos de dominación global, para la asimilación de los sujetos dentro de un régimen de estandarización de las corporalidades individuales dentro de este cuerpo social neoliberal. De tal forma que “la “subjetividad” del “sujeto”, o sea su carácter de tal y todo aquello que esa subjetividad le permite lograr, está abocada plenamente a la interminable tarea de ser y seguir siendo un artículo vendible” (Bauman 2010:26), por lo tanto consumible y desechable, acorde a la lógica de consumo que el capitalismo tardío establece. Así plantea una muchacha universitaria que fue entrevistada en *La Foch*:

Yo creo que sí, me he dado cuenta que sí, porque en esta sociedad por ejemplo, muchas personas miden tu estatus a través del celular que tienes, del carro que tienes, la ropa que tienes y eso es algo que creo que es irrefrenable. Viene con el consumismo en un mundo que va a mil por hora girando (D 2012, entrevista).

En este sentido, “la coerción ha sido ampliamente remplazada por la estimulación; los patrones de conducta obligatorios, por la seducción; la vigilancia de comportamiento, por las relaciones públicas y la publicidad, y la regulación normativa, por el surgimiento de

nuevos deseos y necesidades” (Bauman 2010:124). Estimulación, seducción, relaciones públicas que miden el nivel de aceptación en un grupo social; lo cual determina configuración de la subjetividad de la persona y su proyección en un campo, que le dota a su vez de identidad, por lo tanto de existencia social. Así el individuo dentro de este sistema de autogobierno, se produce a sí mismo en una normativa simbólica de consumo para permitirse ser, dentro de la sociedad de consumidores. “En vez de ser un paso hacia la emancipación definitiva de una multiplicidad de restricciones externas, ese pasaje nos mostraría la conquista, anexión y colonización de la vida por parte de los mercados” (Bauman 2010:89). Así acota, la entrevistada:

Más que nada porque la mayoría de las personas cuando te ven, ya se forjan una idea, como que eres esclavo de cómo te ves siempre. Aunque internamente seas otra cosa, ya la gente te ve de una manera y más o menos tú también construyes tu identidad basada en el resto. Nosotros somos seres sociales y construimos nuestra identidad basada en los demás, entonces cómo te ven, afecta mucho y como tú te ves también afecta en lo que tú eres (D 2012, entrevista).

La percepción de las corporalidades que llegan a *la Plaza* es una percepción del estereotipo; aquí no entran formas de cuerpos que produzcan enunciados desde poblaciones GLBTI o punkeros o metaleros y demás. Las chicas en su mayoría, sin querer generalizar, caminan sobre unos tacos muy altos, a riesgo de tropezar con las piedras. Su movimiento es precario, con pasitos cortos se desplazan de un lugar a otro con cierto nerviosismo en sus gestos, lo cual denota la vulnerabilidad impuesta por una moda de zapatos plataformas. Zapatos que ajustan los dedos y el metatarso, provocando también un fuerte dolor en la planta de los pies. Se impone también una moda de pantalones apretados y camisetas cortas; lo cual da una voluptuosidad a los cuerpos, cuerpos andinos, pequeños, de espaldas anchas y piernas cortas, que persiguen un ideal físico inalcanzable y que en la reiteración de una normatividad estética, por su misma diferencia, la resignifican. La gestualidad va acompañada por un maquillaje bastante pronunciado con bases, sombras, delineadores de ojos y de boca. Es un gesto contenido, controlado, que no exagere su expresión, ante todo de risa o de placer del cuerpo femenino. De este modo, se establece un juego entre lo que la persona presenta a través del cuerpo, ligada a ciertas normas del comportamiento moral y lo que los otros ven. Si está en un marco de seguridad, de convenciones de legibilidad pre-establecidas, se abre una posibilidad de comunicación. Si no, si la representación corporal y

performática de la persona está fuera de esos marcos de seguridad, si es ruidosa, escandalosa, mal vestida, sospechosa, sale del juego de comunicación y los guardias de seguridad le invitan a salir del lugar.

Retomando a Debord (2008), en la sociedad del espectáculo, donde la imagen que el sujeto construye de sí mismo, deviene manifestación de su existencia, como plantea Bauman (2010), “la invisibilidad es sinónimo de muerte social.” En el “sinóptico” (Bauman 2001), como dispositivo de poder a partir del auto control, el juego entre ver y ser visto, determina la legitimidad de las presencias en el performance social de reconocimiento y aprobación en tanto personas y “productos deseables y atractivos” en este sistema de mercado. “La “aceptación” (cuya ausencia, recordémoslo, Pierre Bourdieu definió como la peor forma de privación concebible) resulta cada vez más difícil de alcanzar, y más difícil aún, por no decir imposible, es sentir que esa aceptación es segura y duradera” (Bauman 2010:176). Porque las tecnologías de autoproducción hiperbolizada del yo, están en constante avance hacia algo que nunca se termina de alcanzar. La subjetividad se va configurando en déficit del alcanzar más metas, ser siempre mejor, se más feliz cada vez, y como se planteó al principio, se patologiza el desdén o la apatía hacia estos nuevos mitos para el éxito personal. Esto expone otra mujer joven entrevistada en la plaza:

O sea, crea complejos también porque una ve que comienzan solo con propagandas, anuncios de que si usas tal cosa, otra cosa, te vas a ver más bonita, te vas a ver más así, asado, cocinado y vas a atraer a más chicos, vas a llamar más la atención y más chicos de van a invitar a salir. Entonces eso es como que tengo que usar esto para verme más bonita, porque sin eso, yo no soy bonita, entonces es algo que la sociedad te está introduciendo y metiendo en la cabeza y eso ya depende de la autoestima y mentalidad que cada uno tenga, para aceptarlo o no (D 2012, entrevista).

“El miedo a no adaptarse ha sido desplazado por el miedo a ser inadecuado, pero no por eso es menos abrumador. El mercado de consumo está deseoso de capitalizar ese miedo” (Bauman 2010:87). Ser inadecuado es estar fuera de este marco de legibilidad performativa, esta convención social de acción y representación de la identidad personal que permite acceder a ciertos sujetos acceder a espacios con privilegios y beneficios. Al ser inadecuada la persona tiene que validar su presencia, negociar su existencia social en un “escenario en el que el poder no funciona solo productivamente gracias a su figuración represiva, sino

que parece tornarse aún más eficaz allí donde se muestra abiertamente como un espacio netamente productivo” (Sabsay 2011:23-24). En opinión de la usuaria de *La Plaza*, como presencia legítima que puede ingresar en cualquier local sin ser cuestionada o mal vista:

Me parece que verte bien, hace que la gente te mire y a mí me gusta que me miren. La verdad, me siento bien siendo observada, cuando la gente te mira y te dice qué linda, que bien se ve, te dice un cumplido, entonces tú te sientes bien, como que te da una seguridad medio inestable, pero al final seguridad. Además, dentro del círculo donde yo estoy, realmente, si tú te vistes diferente entonces dejas de ser parte de ese grupo. Entonces te empiezan a hacer críticas y te empiezan a mirar distinto y te empiezan a dejar de lado incluso en muchas cosas. Entonces, me ha tocado en parte aprender eso porque yo antes cuando era niña, no me importaba, pero después aprendí (MJ 2012, entrevista).

En tanto el cuerpo es el punto de referencia en torno al cual se construye la subjetividad. Se aprende a decodificar la performatividad del grupo al cual se desea pertenecer, para recodificar la representación corporal, a través del vestuario, la moda, “la pinta”. Tanto como asumir códigos de expresión corporal, gestualidad, acciones, desenvolvimiento espacial, movimientos que forman parte del performance personal que abrirá o cerrará las puertas para el ingreso a los locales, así como la permanencia cómoda en los mismos. Sin miradas escrutadoras o con una atención que garantice un buen trato porque “la idea de autonomía entendida en términos de elección personal es engañosa porque parecería que solo ciertas elecciones figuran como tales, mientras que otras elecciones no pueden ser elecciones de ninguna manera” (Sabsay 2011: 76). ¿Qué sucedería si se elige performar de hippie y quiere entrar en uno de los locales serios, o que pasaría si una persona transgénero decide mostrarse a sí misma sin ocultarse en los performances binarios de género? Habría que probar y tensar el discurso sobre la identidad cosmopolita y mariscaleña en los locales de la plaza, para trasgredir la normativa tácita que construye este adentro y afuera en *La Foch*, a través de las marcas de estatus que se construyen a partir de la capacidad de consumo en una economía corporal que convertirse en sujeto-objeto consumible.

Diversidades sexuales

Tal como se planteado a lo largo de esta investigación, la noción de ciudadanía que se construye a partir de una larga historia de conquista y colonización, impuso un sistema de relaciones sociales jerarquizadas de base patriarcal y heteronormativas. Este sistema ha

conformado una estructura de poder estamental que se manifiesta, a pesar de los avances en materia de derechos para la diversidad, en la experiencia de vida cotidiana. De tal modo que en esta estructura patriarcal, se sigue inferiorizando, infantilizando y subalternizando a sujetos femeninos o feminizados; tanto como se sigue discriminado y marginando socialmente a poblaciones de identidades sexuales y de género disidentes. Esta estructura si bien ha cambiado medianamente por las presiones de los grupos activistas en la lucha por sus derechos, sigue reproduciendo consciente e inconscientemente el abuso, la explotación y la violencia. Esta es persistente en la producción simbólica en la esfera de lo público, de tal modo que, siguiendo a Liz Bondi (2005), el espacio construido responde a configuraciones imaginarias heteronormativa. En el mejor de los casos admiten las diversidades sexuales siempre que “pasen por heterosexuales” (Bondi 2005:10)²⁵. De tal manera que la diversidad sexual se convierte en discordancia no admitida en estos espacios configurados por discursos binarios de género. De hecho, las primeras disputas por este espacio, “Las cuatro esquinas”, se dieron a partir del desalojo del espacio de trabajadoras sexuales, tanto mujeres como transgénero; cuya defensa fue sostenida en colaboración entre activistas del proyecto PT.

La asociación de trabajadoras sexuales trans “La Mariscal” es emblemática en nuestra historia. La Patrulla Legal nació en la Mariscal. El encuentro entre la trabajadora sexual trans Yelina Lafayette y el primer equipo patrullero, al que ella se integró oficialmente, dio origen a la primera asociación de trabajadoras sexuales, que tuvo su esplendor entre el 2002 y el 2003. Sin embargo, como tantos otros fenómenos callejeros, la era de las imponentes chicas que usaban el nombre del hostel en que vivían, llegó a su fin. Factores como el movimiento migratorio a causa de inesperadas olas de violencia y las políticas de regeneración urbana del Municipio de Quito, supusieron un “bajón” en la antes politizada población de la zona (Almeida, Vásquez 2010:21-22).

Cobijados por los discursos analizados en el capítulo anterior, la violencia y crímenes de odio hacia trabajadoras sexuales provocó el desplazamiento de estas poblaciones hacia otros sectores de la ciudad. En la actualidad, el trabajo sexual se ha desplazado a varias cuadras al sur de *La Foch*, creando “la frontera a partir de la cual podían aparecer ciertos

²⁵ Lesbians and gays have responded to the oppressive qualities of heteronormative space in a variety of ways, often protecting themselves by concealing their sexual orientation and “passing” as heterosexual (Valentine 1993b), and sometimes by working to transform or queer urban space, whether through the creation of gay neighborhoods (see for example Laurie and Knopp 1985; Rothenberg 1995), or the temporary colonization of heterosexual spaces in gay pride parades (Johnston 2002; Munt 1995).

sujetos como siempre ya “normales” mientras que otros como “siempre ya estigmatizados” (Sabsay 2011:90). En este caso concreto, cuestionar las relaciones conductuales de género que se consignan bajo esta matriz; matriz que no sólo impone la producción de las corporalidades desde códigos y formatos heterosexuales, sino que también controla los términos del género, controla la conducta pública a través de relaciones de poder legitimadas por la estructura.

En este sentido, el espacio físico se torna un territorio cuyos límites de acceso se demarcan claramente en las relaciones y marginan la experiencia al ámbito personal y privado. La heterosexualidad, se ha conformado como un régimen y un dispositivo de control que produce la diferencia entre los hombres y las mujeres; tanto a nivel público, como doméstico. De este modo, hasta la actualidad, la violencia de género estructural se imbrica en las relaciones cotidianas de desigualdad, en los derechos de apropiación y uso del espacio público. Estos códigos morales de represión y control actúan normativamente sobre la sexualidad y las relaciones de género que se construyen con un marco de decencia y bien común de la ciudadanía. Son códigos de base patriarcal católica que ejercen relaciones de poder, a partir de la regulación sexo-genérica, en términos de lo que los sujetos son y lo que podemos llegar a ser. En la actualidad, generaciones más jóvenes intentan desligarse de esas fuerzas de control; pero el poder que se ejerce socialmente, sigue siendo una camisa de fuerza que no permite que se desarrollen todas sus potencialidades. Aquello demuestra el caso reciente en un bar cercano a la Plaza Foch, el Bungalow, donde “dos jóvenes fueron golpeados tras demostrar sus afectos” (Artieda, 01/03/13: El Quiteño, “Dos hombres golpeados a puntapiés”).

De este modo, las sexualidades que se hallan fuera del sistema binario de mujer/hombre, son formas estigmatizadas y patologizadas, denigradas socialmente en las relaciones de clase y de estatus. Dentro del espacio de la *Plaza Foch*, si bien es visitada y de hecho parte de sus usuarios son o podrían ser homosexuales, esas corporalidades performan dentro de un código heterosexual. Mientras que personas trans, evidentemente feminizadas, siempre van a atraer la mirada escrutadora, la agresión verbal y muchas veces física. Retomando a Butler:

Una norma opera dentro de las prácticas sociales como el estándar implícito de la normalización (...) rige la inteligibilidad, permite que ciertos tipos de prácticas y acciones sean reconocibles como tales imponiendo una red de legibilidad sobre lo social y definiendo los parámetros de lo que aparecerá y lo que no aparecerá dentro de la esfera de lo social (Butler 2006:68).

De ahí que sea imprescindible dismantelar los dispositivos culturales en la producción simbólica y de las corporalidades que producen las diferencias de clase, de raza y de género, que patologizan las sexualidades disidentes. De este modo, el proceso de liberación, debe ser también una conquista por los derechos territoriales, por el acceso sin discriminación a la expresión afectiva y estética en el espacio público. Estas prácticas se establecen como una confrontación de poderes, como una disputa de sentido que tendría que abordar varias formas de resistencia, las cuales promuevan el respeto a la disidencia. Es necesario crear frentes de lucha teórica que inventen nuevos imaginarios políticos en la esfera pública y cree estrategias de acción que pongan en tela de juicio las relaciones opresivas de las relaciones de género y poder. Porque esta normatividad que opera dentro de las prácticas sociales, son regulaciones que generan opresiones reales; “no solo organiza, clasifica y jerarquiza las prácticas sociales, sino que opera de forma pre-formativa, interpelando a los distintos sujetos sociales, y de este modo participa en la configuración del imaginario de cada identidad social” (Sabsay 2011:72).

La confrontación de producciones simbólicas alternativas se torna así una lucha en el campo social por la legitimidad. “El poder decide quién puede hablar, en qué orden, por medio de qué procedimientos discursivos y acerca de qué temas” (Wolf 2001:80). Por eso, lo que aquí se reclama es la escritura de nuevas tramas que aporten a la construcción del espacio público con significados sobre los cuerpos disidentes. Se reclama la existencia abierta de prácticas de género no normativas, que abran un espacio para la diversidad y la diferencia. Se intenta construir un espacio semántico, donde la visibilidad de estos reclamos, sea un espacio de resistencia, enmarcado en el derecho al acceso del espacio público desde la disidencia y la diferencia. Tanto en plataformas de reflexión teórica, como en los discursos críticos, pero en la acción política.

Cuando estamos pensando en la ciudad, pensamos ante todo en el espacio público, el espacio en el que coincidimos tanto en la identidad como en la alteridad, tanto

físicamente, como en sus configuraciones imaginarias; donde se pulsán las representaciones y compartimos interpretaciones, donde echamos a andar nuestras acciones, los afectos, los deseos. De ahí que es de suma importancia retomar la interrogante sobre cómo pensar el espacio fuera del discurso de moral y decencia. Pensar la producción del espacio fuera de la represión, la multa, el castigo, la amenaza, todas estas formas de violencia; unas legitimadas por el aparato estatal, otras por prácticas que se reproducen en la inercia de relaciones asimétricas poder. Comprender esta íntima relación de cuerpo y persona con el espacio, la cual establece un marco que permite la visibilidad de ciertos performances de identidad, tanto como la invisibilidad de otros. Así como “aprender a ver el marco que nos ciega respecto a los que vemos no es cosa baladí (...) tematizar el marco coercitivo, el conductor de la norma deshumanizadora, el que limita lo que se puede percibir y hasta lo que puede ser” (Butler 2010: 143). Imaginar el espacio público, ahora, como escenario de legibilidad, de reconocimiento y de aceptación, es problematizar ese marco que normaliza la presencia de unas personas, mientras otras son deshumanizadas al no reproducir la norma.

Para finalmente, asumir la interrogante de cómo ampliar ese marco para crear un imaginario social que posibilite prácticas diferentes; cuyas condiciones permitan re-conocer la humanidad del otro y repensar de este modo la violencia corporal y simbólica. “Por otra parte, siguiendo a Lefebvre, el derecho a la ciudad no se debe concebir como un derecho pasajero, o como un retorno a la ciudad tradicional. Al contrario, sólo puede ser formulado como un derecho transformador y renovador de la vida urbana. Por lo tanto, es más que el derecho de acceso a lo existente; es el derecho a la realización de nuestros deseos” (Link 2010: s/n). Entonces co-existir en la diversidad de lo “cosmopolita” y encontrar formas de contrarrestar los discursos y prácticas de separación, polarización, sospecha y miedo. Sin duda, en un esfuerzo colectivo entre el Estado, la Administración Municipal, Cuerpos Policiales, inversionistas privados, empresarios, residentes, visitantes. En este sentido, politizar la práctica de ciudadanía, “implica no sólo participación en la vida urbana, sino también en la política y administración de la ciudad. El derecho a un espacio urbano y a un espacio político, como derecho a la identificación con la ciudad y, por lo tanto, a la diferencia y resistencia en el espacio, es esencial” (Link 2010: s/n).

CAPÍTULO IV

LA MARISCAL: INVENCIÓN, DESEO Y DESFOGUE

La Zona Rosa, “geografía del deseo y la avidez²⁶”

En este cuarto y último capítulo asumo el riesgo de explorar otras posibilidades de pensar, imaginar y experimentar esta conformación urbana, como espacio necesario dentro de la dinámica de la ciudad; un espacio necesario para la distensión del orden diurno urbano, un espacio de posibilidades para la comunicación, la expresión social, la invención de otras corporalidades y la territorialización de sus deseos. Como un lugar para pensar la política desde las prácticas académicas, activistas y/o artísticas, en una relación indivisible con los imaginarios y los sentidos que se atribuyen al mismo. Siguiendo a David Harvey: “la pregunta sobre qué tipo de ciudad queremos no puede estar desligada de la pregunta sobre qué tipo de personas queremos ser, qué tipo de relaciones sociales buscamos, qué relaciones con la naturaleza valoramos, o cuál es el estilo de vida que deseamos” (Harvey 2008:16). Y en este sentido, la posibilidad de imaginar y experimentar la ciudad, como plantea Lefebvre (1969), se transforma en el “derecho a la vida urbana, transformada, renovada” (Lefebvre 1969:138 en Harvey 2008:16-17). Transformación que parte de la concienciación sobre los procesos de producción del espacio, de las subjetividades y de los cuerpos:

El derecho a la ciudad es, por lo tanto, mucho más que el derecho a tener acceso a aquello que ya existe: es el derecho a cambiar la ciudad siguiendo nuestros más profundos deseos. La libertad de hacernos y rehacernos a nosotros mismos y a nuestras ciudades es uno de nuestros más valiosos derechos, sin embargo, es también uno de los más ignorados (Harvey 2008:17).

De tal forma, en la mañana este centro administrativo y de negocios ofrece un tipo de escenario en el que se performan las “fachadas” (Goffman 1956) correspondientes a la normatividad diurna. Escenario que se reconvierte cuando la luz del sol desaparece y entra la noche en el cronos cotidiano urbano. Se abre ahí un potencial escenario de transgresión de la norma moral pública, para crear espacios inusuales de sociabilidad e interacción, que

²⁶ (Monsiváis 1998: 56 en Castañeda 2011:5)

permiten interpretar y experimentar el espacio urbano de forma que extienda la censura pública. Siguiendo a Melgar, en una suerte de “carnavalización de la vida cotidiana diurna” (Melgar 1999:3 en Hurtado Cano 2010:32), que permite aflorar ciertas tensiones en un espacio de relativo anonimato; lo cual permite la desinhibición de los performances sociales antes sujetos a los discursos de moral y decencia, que regulan y restringen el comportamiento en el ámbito de lo público. Para Santillán (2012), *La Zona*, como formación socio-espacial:

Le permite a la gente tener la sensación de vivir en un espacio donde se puede hacer lo que no está permitido. Y eso es síntoma de una sociedad que no se permite muchas cosas. *La Mariscal* te atrae más bien hacia otra forma más anónima, donde estas cosas que son más encubiertas, permiten catalizarse (Santillán 2012, entrevista 2012).

De ahí que si bien, el carnaval como ritual medieval de fiesta popular analizado por Bajtin (2003) no corresponde a estos espacios nocturnos urbanos y puede ser problemática la transferencia de la categoría; sin embargo se plantea en esta propuesta la noción de “carnavalización de la vida cotidiana diurna”. Carnavalización como la liberación del deseo, la liberación del individuo sujeto a una identidad única, para convertirse en otra persona y revelar sus otras facetas de su personalidad, excediendo las limitaciones cotidianas en una sociedad que no se permite una expresión corporal muy fuerte o que llame mucho la atención. En una sociedad que produce sus corporalidades desde la separación de clase, la separación étnica, la diferencia de géneros. Esto sin que se pretenda idealizar un fenómeno social como el carnaval, que no está exento de críticas, dado el carácter espurio que puede adoptar un evento que desordena, desclasifica, descalifica, desjerarquiza momentáneamente el orden del mundo, para volver al mismo orden pasado el tiempo del mismo. De todas formas, continuando con los aportes de Santillán (2012):

Hay un exceso ahí, pero hay que preguntarse sobre el exceso. Esto implica romper un borde, entonces hay un exceso cuando los bordes son más rígidos, cuando tú no puedes ser eso en tu vida cotidiana, cuando no puedes ir al trabajo con cresta de punk, cuando no puedes ir al trabajo vestida así, porque todos te van a morbosear. Entonces a mí me parece un show corporal rico. Es un asunto de yo soy burócrata en el día y en *La Mariscal* me transformo en un sex symbol, ahí está lo rico de esos cuerpos. Es *La Mariscal* y los significados que se le atribuye, lo que te permite ser un sex symbol. (Santillán 2012, entrevista)

Hay un exceso en la producción del espacio, en los cientos de bares y sus ofertas para el consumo de alcohol y hay un exceso en los visitantes, quienes con más o menos recursos acceden al alcohol y otras sustancias con el fin mismo de “pasar más allá de la medida o regla” (Diccionario Real Academia), para “salir en cualquier línea de los límites de lo ordinario o de lo lícito” (Ibíd.). Se excede el orden urbano diurno de trabajo, de esfuerzo, en el que se mantiene un límite en el gesto, en la presencia física, la imagen que se proyecta, las acciones controladas. En este punto, se podría potenciar la dinámica nocturna del espacio, que permitiría que las personas sean otra cosa dentro de una lógica espacial que transforma el imaginario urbano para su práctica significativa. Esta práctica simbólica que puede encarnarse en la construcción de las corporalidades, tanto en su representación y performance individual, como en la percepción del espacio y la interpretación de los significados emitidos en el mismo.

Este proceso genera una dinámica socio-espacial que crea y promueve una sensibilidad urbana distinta; porque “la gente no sólo estructura los espacios diferencialmente, pero los experimenta de manera diferente y habita mundos sensoriales diferentes” (Low y Lawrence-Zuñiga 2007:4). Esta sensibilidad urbana está mediada por la percepción de esa “atmósfera cosmopolita”, tanto como por la sensación velada de anonimato, que a su vez produce y transforma la experiencia de y en la ciudad para el desfogue del deseo. Salimos al espacio público, a pesar del riesgo, de la perceptible violencia, de la exposición al peligro, porque queremos que algo distinto suceda: un encuentro, una sorpresa, una acción que nos conduzca más allá de la cotidianidad. Ciertamente esta carnavalización de la vida diurna conlleva también sus normas, pero son normas más laxas, que permiten a las personas probar la diversidad y explorar formas diferentes de ser, que no excluyen a otras formas. Así declara un entrevistado, actor y profesor en una universidad, quien con sus estudiantes usan el espacio de *La Mariscal*, especialmente *La Foch*, para realizar intervenciones con teatro y performance:

Es interesante porque creo que en la medida en que la gente viene a liberarse del cotidiano, entonces es obvio que vienen a divertirse, se pegan sus tragos, se entonan, van dejando las formalidades y de pronto se lanzan a la aventura, pasan full cosas acá. Viene la gente, se encuentra, haya planificado o no, se encuentra. Es esa necesidad de la gente de realmente ser como quisiera ser todos los días.

Entonces, como artista pienso que la gente pudiera permitirse más cosas. Sin embargo, sigue apareciendo la cuestión de las normas, las leyes cotidianas del sistema, pero la gente de una u otra manera se permite transgredir un poquito, y eso es interesante a nivel físico, de corporalidad (WS 2012, entrevista).

Sin duda hay una riqueza en esas producciones corporales, en este espacio de exceso, que abre una dimensión carnavalesca de la noche, para el goce, por una parte, necesario en el día a día; pero ante todo, esa riqueza se encuentra en la construcción de corporalidades desde la diferencia. La hegemonía de los cuerpos signados por los discursos de moral y decencia, pero también encerrados en el miedo a la violencia, se rompe en estas recreaciones corporales que aportan con la diferencia. Cuerpos que se expresan en múltiples identidades que distorsionan y subvierten la normativa esencialista, para enfatizar en los contrastes, en las contradicciones y volver porosos los límites de los cuerpos “legítimos” en el espacio de lo público. La riqueza está en esa tensión, pero también en la yuxtaposición de producciones corporales distintas, con fuerzas antagónicas que rigen ese espacio social y que se exponen en el ambiente de exceso.

“A mí me gusta porque yo vivo por aquí y es el ambiente que yo conozco. Me gusta que siempre haya gente distinta, que siempre está viva, nunca encuentras vacío este lugar”, declara una joven que frecuenta *La Zona*. Entonces, por una parte se tiene en el espacio una producción, por parte de empresarios e inversionistas, de ciertos imaginarios que conducen a una forma de representación corporal; pero por otra parte, no siempre los visitantes consumen solo lo que se les ofrece, sino que se dan otras formas de apropiación que poco a poco diversifican esos imaginarios y prácticas sociales tensando y contradiciendo la hegemonía. “La gente está en un lugar, va a otro lugar, rota, se mueve en la zona, recibe lo que busca y ya”, declara otro entrevistado. Hay algo que está ahí, vivo, algo que reconvierte lo ordinario, algo casi liberador; casi liberador porque sin querer idealizar el sentido de lo carnavalesco, esta normativa un poco más laxa, permeable, permite esta sensibilidad urbana un poco más abierta a la diversidad. Esta es la percepción de un turista entrevistado:

A mí me gusta la vibra, tiene un feeling de un voltaje erótico muy fuerte. Me gusta el flujo de cuerpos, yo vengo de Cuenca y en Cuenca eso no hay. Excepcionalmente, está muy localizado, es decir, ciertas noches, pero no, acá tiene una dimensión, una magnitud que no tiene Cuenca. Es decir, el cuerpo, la diversidad, es un cuerpo siempre potencialmente delictivo y eso es interesante; tiene

unas fluencias, unas apetencias que son bastante visibles o que hace lo posible por evidenciarlas (...) yo creo que esa es la diferencia entre provincia y una ciudad más grande como esta (CZ 2012, entrevista).

Son corporalidades que en medio de la exhibición pública y el consumo, se revelan en su diversidad y fragmentan el dispositivo disciplinario espacial, reconfigurando los comportamientos en el espacio público. Así, por una parte, se trastorna el control policial regentado por la administración y la fuerza pública; por otra, se distienden los límites de separación social a partir de la clase y estatus, de rasgos étnicos e incluso las producciones corporales de diversidad de género. Es a través de estas apropiaciones que están fuera de los discursos de empresarios, fuerzas policiales y administraciones estatales, que de algún modo los imaginarios sociales se abren a la diferencia y permiten el encuentro. Así Santillán plantea que,

Es una exhibición para el otro, siempre, lo rico de *La Mariscal* es que no sabes para quién te estas exhibiendo, no sabes quién te está viendo exactamente. Me parece que hay una ruptura con esta ciudad neoliberal que se abre y que se vuelve como cosmopolita y que te ofrece esta variedad de colores, empieza despertar esta inquietud donde no se sabe que se exhibe. Me parece que termina rebotando la pregunta en el cómo quiero ser, porque las relaciones sociales se capitalizan en esos encuentros (Santillán 2012, entrevista).

Sin dejar de problematizar las relaciones asimétricas de poder, donde quienes tienen un capital económico fuerte construyen el espacio desde discursos e imaginarios que promueven la segregación de capas sociales con menos recursos, es importante ver que de cualquier modo existe la oportunidad de ofrecer un espacio a la posibilidad del encuentro. El hecho de que las personas puedan reunirse entre amigos y conocidos es importante, pero más aún es la posibilidad que podría potenciarse en este espacio de reunir la diversidad. Proceso que no es transparente en lo absoluto, que está marcado por la banalización de la experiencia de lo público, por el miedo y la sospecha, por la misma violencia que surge en los excesos, por la segregación social, racial y étnica, por la exclusión de identidades diversas de género. Y sin embargo este espacio puede ser concebido y reconfigurado como un espacio de alternativas, que de cualquier modo despierte esa percepción urbana de apertura hacia la diferencia.

Control vs carnavalización

Como hemos visto, *La Mariscal* en tanto conformación espacial y *La Foch* dentro de ella, son espacios de gran complejidad dada la gran concentración de actividades diurnas y nocturnas que aquí se despliegan, con su consecuente afluencia masiva de visitantes. Complejidad que sale a flote en la construcción discursiva e imaginaria sobre el espacio, la cual yuxtapone varios sentidos en la ocupación del mismo, opone fuerzas de actores, permanentes y visitantes, se contradice en lo heterogéneo de sus disputas. Es un espacio que se desborda en su regulación, por los excesos de los cuerpos desinhibidos en y para la fiesta; en esta posibilidad delictiva, de la cual hablaba uno de los entrevistados, que tensa las normas de comportamiento. De ahí que se convierta en problemático para la administración pública, porque en esa incompreensión de las dinámicas propias del lugar que se accionan a través del deseo de sus visitantes y de la misma necesidad de distensión; lo que se promueve como política pública de administración del espacio y control de la población, es la represión con todo un sistema de penalizaciones que reproducen la violencia, pero legítima. Sistema que no solo penaliza las infracciones en el espacio público con fuertes sumas de dinero, “para que le duela el bolsillo”, sino que criminaliza a los habitantes; quienes en sus prácticas habituales, se ven acosados por el performance policial que muestra su autoridad con el uso del lenguaje, el vestuario, el armamento. Entonces se implementa una serie de prohibiciones en el espacio público, con sus respectivas sanciones que funcionan como castigo, sin antes haber socializado las nuevas ordenanzas. A criterio de Santillán:

Me parece que es una acción moralista esto de que queremos que la gente se divierta pero sanamente, que consuman dentro y que paguen. Es un discurso en el que coinciden los empresarios y el Municipio, porque es problemático. De ahí siempre salen asaltados, heridos y muertos, entonces cómo hacemos para que la gente se distienda sin excesos. (Santillán 2012, entrevista)

Por eso, siguiendo a Melgar (2012) hay otras formas de exceso que en la actualidad se percibe en el espacio público y son los “excesos represivos anti juveniles” (Melgar 2012:s/n); que pretenden limitar los usos nocturnos del espacio, sin atender a la complejidad de significados que se yuxtaponen en la práctica social de la noche. Cabe aclarar, que no se trata de que no exista una regulación de los deberes y derechos

individuales, porque esta regulación y asunción de los mismos, construyen un sentido de lo colectivo. Sin embargo, vale repensar la forma de producir el espacio nocturno, tanto desde las políticas públicas, así como las privadas, para posibilitar el encuentro, la diversión, el esparcimiento, la fiesta. Tomando en cuenta que:

Las formas secularizadas de referir la malignidad de la noche urbana criminalizándola, siguen subsumiendo sus arcaicos sentidos religiosos. Por ello, resulta interesante como los jóvenes contra esta retórica controlista, generan una peculiar carnavalización de sus representaciones y modos no muy apacibles de apropiación de la noche. Acaso nuestros jóvenes intuyen que ya es tiempo de descolonizar y democratizar la noche, lo que supone ensanchar sus posibles prácticas y consumos privados y públicos más allá de la lógica del mercado (Melgar 2012:s/n).

Esta persistente producción de un discurso moral de orden y ciudadanía, es el que traza límites a través de los sentidos de decencia, despliegan controles en el terreno de lo corporal que alejan el diálogo entre las prácticas cotidianas y la administración pública. Se crea un abismo entre actores sociales al producir un sistema de control, en el cual, según varios testimonios, los ciudadanos sienten que los policías en vigilancia están “a la caza” de los infractores; lo cual crea un estado de desconcierto, porque como se ha planteado, este performance policial tampoco ha sido un factor para la reducción de la violencia y la delincuencia. De este modo, lo que se percibe en el espacio público nocturno, siguiendo a Guattari y Rolnik (2006), es la infantilización de la población a través de esta situación de vigilancia paternalista:

La infantilización —como la de las mujeres, la de los locos, la de ciertos sectores sociales o la de cualquier comportamiento disidente— consiste en que todo lo que se hace, se piensa o se pueda venir a hacer o pensar sea mediado por el Estado. Cualquier tipo de intercambio económico, cualquier tipo de producción cultural o social tiende a pasar por la mediación del Estado (Guattari 2006:56-57).

Infantilización que pretende una intervención racional y totalitaria de la organización social, de la producción cultural, de la construcción de las corporalidades para su administración. Control que pretende situar y sujetar a las y los sujetos en un lugar donde la espontaneidad no perturbe el orden; como se plantea, que no se perturbe el orden de producción y consumo, de trabajo y distensión regulados. Pero que tampoco provee de seguridad, en la acción ni en la percepción de la vida nocturna.

Sin embargo, existe una capacidad subversiva de los imaginarios de la noche, que podrían ser potenciados en esta suerte de “carnavalización de la normatividad diurna”; donde la fiesta no solo debe ser tratada desde la perspectiva del placer estético y del goce, sino como ese espacio de disputa de sentidos. Disputa de otros contenidos que son corporeizados, en la que las disidencias pueden ser manifestadas para aportar con las distintas posibilidades de desvío y resignificación de las normas performativas de clase, de estatus, normas binarias de género y de este modo abrir la posibilidad de reapropiación del espacio compartido. Diferencias que interrumpen el flujo de los discursos hegemónicos de moral, a través de cuerpos dispuestos a jugarse la identidad en los consumos urbanos de la noche. Es entonces que se hace vigente este sentido carnavalesco que plantea Bajtin (2003), con la respectiva distancia temporal y socio-espacial, donde “el auténtico humanismo que caracterizaba estas relaciones no era en absoluto fruto de la imaginación o el pensamiento abstracto, sino que se experimentaba concretamente en ese contacto vivo, material y sensible” (Bajtin 2003: 15-16). Vigente en el sentido de que necesitamos el contacto vivo, material, sensible, corporal entre unos y otros, que dé cuenta de nuestra existencia social. Necesitamos la experiencia corporal que promueva formas de empatía y a través de ella, de producción cultural de valores que se ligen a la reproducción de la creatividad y de la vida, más que a la religión. Esto también se plantea desde la perspectiva de este artista que visita y usa la *Plaza Foch* como escenario:

Creo que el consumo es un pretexto, la gente está necesitando otras cosas, el consumo es lo primero que viene, de hecho hay un negocio aquí, hay un comercio, pero también creo que en el fondo hay una necesidad de encontrar un espacio que no sean los cotidianos porque la realidad es que estamos como cansados, agotados, de la misma historia. Adónde va esto, esto no es la vida real, vivir para consumir, dependiendo del dinero y de la cuestión económica material, en el fondo el ser humano necesita otra cosa, viene con un pretexto, pero viene a divertirse, a encontrarse con otra gente (WS 2012, entrevista).

Contacto corporal que no solo da cuenta de nuestra existencia social, sino que en ese proceso de existir en una comunidad, se van conformando las subjetividades. Porque el cuerpo y las construcciones de sus corporalidades son el lugar primero de referencia, en torno a los cuales se construyen las subjetividades, como un proceso relacional y significativo. De ahí su capacidad subversiva porque:

Desde el momento en que se reconoce que la lucha no se restringe ya al plano de la economía política, sino que comprende también el de la economía subjetiva, los enfrentamientos sociales ya no son sólo de orden económico. También tienen lugar entre las diferentes maneras en las que los individuos y los grupos entienden su existencia (Rolnik y Guattari 2006: 60).

Lucha que disputa la visibilidad y la inteligibilidad de corporalidades y subjetividades, en este marco de existencia; el cual se proyecta en el espacio compartido de la ciudad. De ahí la extrema importancia de pensar el espacio público como escenario para la política individual y colectiva. Política como la demanda de un espacio de relaciones de reconocimiento mutuo.

Pluralidad como política para el espacio

No hay forma de pensar el espacio sin prácticas sociales, donde el significado y la acción interactúan en la producción de sentido, de conocimiento y comportamiento compartidos. De ahí que se retome el concepto de “espacios inscritos” (Low y Lawrence-Zúñiga 2007:13), como la forma en que las personas crean relaciones significativas con el espacio que ocupan y por una parte, reproducen las convenciones discursivas y performativas que estructuran la vida social. Sin embargo, por otra parte, se pueden convertir en “espacios disputados” (Low y Lawrence-Zúñiga 2007:18), donde los actores sociales participan en “los conflictos como formas de oposición, los enfrentamientos, la subversión y / o resistencia” (Ibíd.), ante relaciones asimétricas de poder. Espacios de disputa que negocian e impugnan esos marcos y convenciones sociales que regulan las prácticas sociales en la vida pública. Es entonces que surge esta necesidad de pensar esta disputa en el espacio público como una forma de proponer una práctica política de apropiación, de resistencia, de litigio.

Según Jordi Borja, “el espacio público, si es accesible y polivalente, sirve a poblaciones diversas y en tiempos también diversos (...) El espacio público es el lugar de la convivencia y de la tolerancia, pero también del conflicto y de la diferencia” (Borja 2001:s/n). La convivencia y la tolerancia, el conflicto y la diferencia son dos fuerzas opuestas que tensan la experiencia en el espacio público, porque si de algún modo lo que se reclama es ese espacio de reconocimiento mutuo, esto no implicaría una homogenización

de la práctica pública. Una vida en sociedad desemboca en una construcción colectiva, la cual no es transparente, ni se da necesariamente en armonía; sino más bien se construye en la hegemonía de imaginarios y significados, tanto como en la impugnación de los mismos, al reivindicar significados que piensan desde la diferencia.

El espacio de *La Mariscal*, como hemos visto, tiene una gran riqueza en sus prácticas y dinámicas sociales; es un espacio de gran concentración, de heterogeneidad que se encuentra en el ámbito de lo público. De ahí que esta conformación socio-espacial pueda ser potenciada a partir de sus propios imaginarios; desde este “espíritu cosmopolita”, del cual hablan varios visitantes, empresarios y administradores públicos. Y pueda ser vivido como práctica simbólica y ciudadana que asuma la presencia de los otros en el espacio público, como espacio político de manifestación de valores, lenguas, culturas plurales que se encuentran, conviven y se relacionan. La producción del espacio, así como su administración y gestión, desde el encuentro de lo múltiple, en equidad de condiciones, “acepta o reconoce la pluralidad de doctrinas o posiciones” (Diccionario Real Academia); sean éstas de clase y estatus, de diversidad sexual y de género, de inclusión étnica y racial. Como plantea Mouffe (1997) en una entrevista sobre arte y política realizada por Marcelo Expósito,

El pluralismo apunta a una profunda transformación del ordenamiento simbólico de las relaciones sociales. (...) Existe por supuesto esta realidad que es la diversidad de concepciones del bien común, pero la diferencia relevante no es de tipo empírico sino que atañe a la legitimación de la división y del conflicto, y concierne al nivel de lo simbólico. De lo que se trata es de la emergencia de la libertad individual y de la afirmación de la libertad equitativa para todas y todos (Mouffe-Expósito 1997:s/n).

Aquí quisiera volver sobre esta política pública de la represión que se experimenta en la actualidad en *La Zona*, como política que impone comportamientos para el espacio público; pero que no actúa a nivel de lo simbólico, no construye un imaginario colectivo que identifique a las personas con su contexto, tanto como entre sí. La represión policial no produce un imaginario del Bien común, que es lo que sostendría el ámbito de lo público, dentro de una trama de significados que apunte a la construcción de valores en el pluralismo y la libertad equitativa. Porque si bien, a partir de este sistema de infracción/multa se logra el control de ciertas prácticas abusivas, por así decirlo, en el

espacio público y se ofrecen algunas garantías, como limitar el consumo de alcohol en la calle para evitar la violencia de riñas, orinar en las esquinas o la violencia visual planteada anteriormente. Por otra parte, no se crean vínculos con el espacio, ni se promueven relaciones sociales que compartan el sentido de la experiencia pública, de la vivencia de lo público; que vaya más allá de los individuos en un momento determinado y sea relevante para la construcción colectiva de la vida social. La represión autoritaria fomenta y refuerza los imaginarios de miedo que acosan en la actualidad a las ciudades en nuestra región.

Sin embargo, a criterio de la siguiente entrevistada, quien ha participado en la política pública a través de varias administraciones municipales:

La Mariscal ha ido abriéndose a esa ciudad diversa, joven, yo creo que en la juventud hay más diversidad y más comprensión de la diversidad. La sociedad va siendo más permeable ya, a la diversidad sexual también. Es un espacio como eso que te da esa oferta y te vas a encontrar con todo, si no te gusta, no vas (LC 2012, entrevista)

Esa es la importancia de un espacio como *La Mariscal*, dada su conformación como centralidad urbana, en la que convergen diferentes grupos espontáneamente. Es el lugar en el cual se pueden introducir nuevos sentidos, tanto desde los discursos que se construyen, como los imaginarios, el diseño urbano y arquitectónico; que permitan la apropiación y vinculación al mismo, para “transformar la identidad de los diferentes grupos de manera que sus reivindicaciones puedan articularse entre sí, de acuerdo con el principio de la equivalencia democrática” (Mouffe-Expósito 1997:s/n). Equivalencia democrática en la vivencia del espacio público del Bien común; vivencia racional, pero también afectiva con el espacio público. Siguiendo con Mouffe, pluralismo:

Que evita toda tentativa de clausura del espacio democrático mediante apelaciones a la racionalidad o a la moral. En lugar de intentar eliminar las pasiones o de relegarlas a la esfera privada con el fin de alcanzar un consenso supuestamente racional en la esfera pública, afirma que las políticas democráticas deberían tener como finalidad movilizar estas pasiones hacia designios democráticos. En este esfuerzo, las prácticas artísticas tienen un papel muy importante que jugar porque el arte se dirige a la dimensión de la existencia humana que tiene que ver con aquello a lo que yo me he referido como «pasiones». Más aún, es un modo poderoso de politizar asuntos privados convirtiéndolos en públicos (Mouffe-Expósito 1997: s/n).

Producción simbólica y política

Como se ha discutido aquí, el espacio está estrechamente ligado a los significados que sobre él se producen; de ahí la importancia de producir otros contenidos que se inserten en la esfera de lo público. Es en este sentido que el arte, como plantea Mouffe, tiene un papel preponderante, porque a través de otras formas de representación se puede vehicular, proponer e insertar contenidos que construyan imaginarios para una práctica del espacio público en los términos del pluralismo cosmopolita y democratización de acceso al mismo. Sin que con esto se quiera idealizar el estatuto arte, tampoco pretender que es la forma única, ni privilegiada, más bien se trataría de aprovechar la capacidad de comunicación de la representación artística; la cual a través de un dispositivo signifiante puede introducir muchos significados, apelando a la percepción simbólica y afectiva para interpelar la inercia del sentido común en un espacio determinado.

En consecuencia, aparece en esta investigación una voluntad política, que “no es el ejercicio del poder” (Rancière 2005). Sino “La política consiste en reconfigurar la división de lo sensible, en introducir sujetos y objetos nuevos, en hacer visible aquello que no lo era, en escuchar como a seres dotados de la palabra a aquellos que no eran considerados más que como animales ruidosos” (Rancière 2005:15). Pues la representación tanto teórica-académica, como artística, es inseparable de una práctica social y de las condiciones de la producción de estas prácticas. Por eso es nuestra responsabilidad, como productores de conocimiento sobre el mundo social, intervenir e interpelar las redes de significados; de ahí la voluntad política para promover procesos de transformación, conforme a objetivos éticos y políticos, voluntaria y racionalmente asumidos. Es indispensable asumir esa responsabilidad y libertad en la producción de conocimiento tanto en el arte, como en la academia; porque ambos son mecanismos de construcción de conocimientos que promueven la praxis social. Así, la producción de significados devendría un proceso de lucha, que plantea nuevas reflexiones, complejizando el campo semántico cultural; porque se trata de contribuir a la formulación de alternativas, como problema de investigación académica y práctica artística. La academia, asumida desde una posición crítica y enmarcada dentro de una práctica discursiva y social que no se quede en la legitimidad de estatus académico, es una plataforma válida para la enunciación, escritura e inscripción de

un discurso teórico. Posición crítica y auto-crítica, sobretodo, que de igual modo, asume el arte desde el aporte a la producción de sentidos compartidos, más que desde la acumulación de capital simbólico, proceso propio de la misma institución y mercado del arte.

Sin intentar establecer un paradigma único de arte, más bien una reflexión de lo que este puede significar en el espacio público: “la eficacia del arte no consiste en transmitir mensajes, ofrecer modelos o contra modelos de comportamiento o enseñar a descifrar las representaciones. Consiste antes que nada en disposiciones de los cuerpos, en recortes de espacios y tiempos singulares que definen maneras de estar juntos o separados, frente a o en medio de, adentro o afuera, próximos o distantes” (Rancière 2010:57). Recortes en el espacio que inscriban la reflexión en una forma significativa, para imaginar y hacer imaginar alternativas, para descubrir otras percepciones de lo que se escribe como realidad, y no moralidades que cierren las posibilidades del mismo. El compromiso ético se basa en crear dispositivos para abrir preguntas dentro del mundo de sentidos que habitamos; sin imponer respuestas, ni formulas funcionales con una idea unidireccional de práctica ciudadana. Para instaurar la disputa política, no entre grupos, sino entre lógicas; para formular “estrategias de cambiar las referencias de aquello que es visible y legible, de hacer ver aquello que no era visto, de hacer ver de otra manera aquello que era visto demasiado fácilmente, de poner en relación aquello que no lo estaba, con el objetivo de producir rupturas en el tejido sensible de las percepciones y en la dinámica de los afectos.” (Rancière 2010:66). Y expandir de este modo, la percepción de la realidad y producir un campo de experiencia, en el cual se inscriban los “otros existentes, otros sujetos de litigio político.” (Ibíd.)

De ahí que arte y política se sostengan como formas de disenso, como aperturas de reconfiguración de la experiencia común de lo sensible; porque esta es la experiencia que se encarna, es el conocimiento que se inscribe en los cuerpos y en las formas de vivir las corporalidades. Primero se plantea como política de construcción de conocimiento, que involucre tanto al análisis racional del objeto de estudio, como al entorno sensible y perceptible del mismo. Luego, se formula como una ruptura en el mundo de lo imaginable, una polémica en los regímenes de representación e interpretación, para resignificar un espacio relacional. Espacio en el que se negocia el poder temporal, para abrir otras formas

de performatividad, abrir posibilidades a otros procesos de subjetivación de las estructuras de sentido. Y exponer ciertos efectos de movilización o desestabilización de supuestos imaginarios, instaurando la “distorsión” en el orden impuesto a los cuerpos, las asignaciones a un lugar obligatorio, bajo un modo de hacer, ser y aparecer; que instaura en el régimen de visibilidad y escuchabilidad, para inscribir la igualdad en un campo de experiencia.

Este arte no es la instauración del mundo común a través de la singularidad absoluta de la forma, sino la re disposición de los objetos y de las imágenes que forman el mundo común ya dado, o la creación de situaciones dirigidas a modificar nuestra mirada y nuestras actitudes con respecto a ese entorno colectivo. Estas micro situaciones, apenas distinguibles de las de la vida ordinaria y presentadas en un modo irónico y lúdico más que crítico y denunciador, tienden a crear o recrear lazos entre los individuos, a suscitar modos de confrontación y de participación nuevos (Rancière 2005: 12-13).

Como se ha venido discutiendo, en esta construcción de conocimiento, se apunta a una práctica reflexiva y racional, así como sensible y perceptual; que asuma tanto la tecnología académica con sus debates, métodos y formas de representación del discurso, como las tecnologías del arte y sus formas de conocer el mundo, preguntar al mundo y construir otras formas de conocimiento a partir de otras formas de representación de los discursos. Porque el cuerpo en su amplitud encarna múltiples sentidos, identidades, performatividades; encarna, o puede encarnar en una práctica consciente, sin contradicción, estas formas plurales de conocer y construir conocimiento. Conocimiento que a su vez, se aprehende en la experiencia encarnada del mismo; por eso se insiste en la producción simbólica de contenidos, que construyan otros imaginarios y sentidos a la experiencia urbana. Imaginarios políticos que nos permitan ver lo que no era visible en el sentido común y percibir lo que permanecía oculto, denostado, en la vivencia naturalizada de discursos e imaginarios hegemónicos.

¡A la calle!

Bajo estas premisas se propuso como parte de la investigación un taller de creación colectiva para intervenciones urbanas y registro audiovisual. Este es un taller que se ha realizado con anterioridad²⁷. Sin embargo, es la primera vez que se llevó a cabo en la ciudad de Quito, sin recursos materiales, pero sí con metodología etnográfica de investigación de campo y con debates académicos. La convocatoria fue abierta tanto para artistas de varias disciplinas, como para otras disciplinas, desde *La Multinacional*, espacio de diálogo y práctica artística. Por lo que se trabajó durante una semana con diez personas de veinte a treinta años que provenían de la geografía humana, las artes visuales y audiovisuales y la danza. Como parte de la metodología se expuso a los participantes el problema académico, así como las categorías de análisis que se habían planteado para esta investigación. De este modo, el taller de creación colectiva se convirtió en un grupo focal a la vez que un equipo de trabajo, de discusión de diálogo y posterior consenso para desarrollar una propuesta de acción y/o intervención urbana en la *Plaza Foch*.

El objetivo del taller fue crear un espacio de creación colectiva, en el cual la investigadora moderaba las discusiones y coordinaba ciertos ejercicios para el desarrollo de proyectos artísticos vinculados al cuerpo en relación con el contexto y su traducción al lenguaje audiovisual. La premisa se planteó desde la creación y práctica de una dinámica de labor conjunta de construcción de una acción, mediante el diálogo y el consenso para generar una acción que abarcará un sentir compartido, que abra una dimensión desde lo social, a lo afectivo y desde lo afectivo, a lo político. De este modo, la afectividad es convertida en motor, en fuerza de primer orden, que propone respuestas reflexivas y emocionales para organizar una práctica social de producción artística colectiva. La afectividad se plantea como valor inmaterial que genera redes sociales de producción, las cuales evidencian energías, expresiones, lazos, nudos, fuerzas de la comunidad. Experiencia que cohesionó el grupo durante una semana de trabajo e intercambio de conocimientos.

²⁷ Sujeto a Cambio: <http://sujetoacambio.blogspot.com> y ¡A la Calle!: <http://alacalleconstruccioncolectiva.blogspot.com>

El primer día fue de presentaciones, en el cual la investigadora expuso su experiencia de campo a traviesa por el problema académico y las diferentes aristas que lo constituyen, las cuales se han elaborado en el devenir de este estudio. También se presentaron los y las participantes, quienes exponían tanto sus intereses propios con respecto al taller, como su opinión propia sobre *La Mariscal y la Plaza Foch*. El segundo día se llevaron a cabo varios debates, sobre la separación social, el consumo, la violencia y el miedo; sobre la privatización del espacio y las cartografías imaginarias del barrio. El tercer día el encuentro fue en la *Plaza Foch*, la consigna fue percibir desde un estado de alerta el medio físico y social, para integrar la experiencia personal a una reflexión colectiva y analizar los diferentes elementos que se interrelacionan en ese espacio urbano como: la arquitectura, el trazado, los accesos, los límites y bordes, el tránsito y tráfico, el movimiento, los flujos, las relaciones; la historia, los sentidos, el orden social. El cuarto día, se discutió sobre las propuestas de intervención urbana y lo que se quería visibilizar. El quinto día, viernes, se llevó a cabo la intervención.

Como intervención en el orden establecido, tanto físico como simbólico en la plaza, se propuso instalar un juego de sala con varias sillas, que fueron rotando por las cuatro esquinas. La acción era apropiarse del espacio e invitar, a las personas que esperaban paradas, a habitar el lugar creado, tomarse un café, comer aplanchados y caramelos. La intervención en sí misma fue sencilla, pero suscitó muchos pequeños eventos, en los que se interpelaban varios sentidos. Siguiendo con Rancière, se logró una “una situación indecisa y efímera (...) un desplazamiento de la percepción, un cambio del estatuto de espectador por el de actor, una reconfiguración de los lugares. En los dos casos lo propio del arte consiste en practicar una distribución nueva del espacio material y simbólico. Y por ahí es por donde el arte tiene que ver con la política” (Rancière 2005: 13). Así por una parte, se cuestionaba la privatización del espacio público, que no contempla una estancia cómoda de las personas en la plaza, porque no existen bancas, a menos que se consuma en uno de los locales. Se rompió con la lógica de estar dentro/fuera. Se promovió el encuentro social, cuando personas de diferentes condiciones coincidieron en el lugar creado en la intervención. Se interpeló el sentido del consumo, al brindar café y demás a las personas, sin cobrar y sin hacer publicidad de ningún producto. A pesar de que visualmente no fue de

impacto, se logró crear flujos, tránsitos, así como estancias en el lugar. Por otra parte, con el transcurso de la noche y la concentración de personas, ruido, imagen, la intervención se fue perdiendo con la intensidad de las actividades de la plaza.

Este proceso fue totalmente registrado, para observar los cambios, los movimientos, las participaciones de los espectadores/actores, que de manera voluntaria, fueron parte de la intervención. Así como para evidenciar los modos en que se configura el público; la forma como los espectadores se acercan a la intervención, cómo se reúnen, cuánto nos acompañaron, de qué modo se dispersan y abandonan el lugar. El registro fue tanto audiovisual, como fotográfico en el nivel de observación participante y estuvo a cargo de varios miembros del equipo de trabajo. El montaje del documento audiovisual, que no es un documental, se hará desde un formato de video arte experimental; que no represente la intervención de forma objetiva, sino más bien apelando a la construcción poética del lenguaje audiovisual y a la relación subjetiva entre espectador e imagen. Dentro de esta propuesta de cruce interdisciplinario, de producción de conocimiento y de acción social a través del arte. Se pretende que el producto sea de fácil acceso, difusión y distribución como forma de compartir teoría, herramientas y experiencia.

¿Es posible pensar en una producción política de las corporalidades?

Lo que se subraya aquí, por el contrario, es el carácter relacional del sujeto, y en íntima relación con esto, la dinámica agonística del poder. No se trata de si estamos en el origen de nuestras acciones o si solo somos su destino, sino más bien de las operaciones productivas del poder, y de la mutua resistencia, interminable, inconmensurable, infinita que nos propone. Si el descentramiento del sujeto ha de ser concebido seriamente, y si hemos de recuperar una noción radical del ideal de la libertad, la cuestión a plantearnos en el horizonte contemporáneo continúa siendo para nosotros, entonces, desde qué lugar abrir nuevos marcos de libertad sin tener que remitirnos por ello a los ideales liberales, cómo hacer para abrir mundo sin pensar por ello que esa apertura será la última, y sin pensar que es este diálogo interminable con el poder, que es un proceso político infinito, habrá alguna vez un punto final (Sabsay 2011: 57-58).

Finalmente, el cuerpo en tanto lugar vital de la persona, ha sido históricamente colonizado, tanto por los discursos que lo producen, cuanto por las diferentes tecnologías que atraviesan sus formas de disciplinamiento. Tecnologías que no son solo negativas, sino productivas también; cuya incorporación permite la construcción de los individuos en un medio social, así como la enajenación de los mismos individuos en el sistema de producción al cual responden las tecnologías. Sean estas tecnologías de género, tecnologías académicas, artísticas, médicas, deportivas, tecnologías de salud, de higiene, religiosas y morales. Tecnologías que construyen formas de control externo y objetivo, pero sobre todo internas y subjetivas, que naturalizan prácticas de exclusión a partir de las corporalidades sujetas a mecanismos de poder normativo.

Las cuestiones de género y transgénero, orientación sexual y sexualidad, de clase, raza y diferencia cultural, de enfermedad, discapacidad, aspecto físico y edad, conforman un vasto panorama de cuerpos excluidos por un discurso normativo en el que precisamente el carácter natural que han adquirido determinadas categorías de cuerpo y de sujeto están en la base de los mecanismos de exclusión. Posicionarse en el cuerpo es una necesidad estratégica, una voluntad de cuestionar los procesos normativos de exclusión, naturalización y producción (Val 2006:33).

Estas formas de poder normativo y de exclusión han sido ya problematizadas en la emergencia de políticas del cuerpo desde ámbitos como la academia, el arte y el activismo; en los movimientos feministas y postfeministas, en los GLBTI, la teoría queer, postcoloniales y ciberfeministas. Políticas que desde hace varias décadas han logrado una reapropiación del cuerpo y su redefinición discursiva e imaginaria; lo cual ha promovido nuevas formas de producción de corporalidades en sus prácticas de representación, así como performativas.

Desde este lugar de impugnación de la legitimidad de la presencia del cuerpo en los ámbitos de conocimiento, es que la investigadora inserta formas artísticas que conduzcan a la acción corporal de la teoría aquí expuesta. Siguiendo a Rancière (2006), como práctica política de manifestación del ser, como la emergencia de la voz, como la subjetivación del individuo que se da un nombre, que ejecuta actos verbales, que vincula la vida del cuerpo a palabras, que vincula la vida del cuerpo al uso de estas palabras, que inscribe y se inscribe dentro de un destino colectivo. Así, el cuerpo como lugar de enunciación y acción, revela su potencialidad crítica y subversiva; porque revela la materialidad del discurso y su

presencia física e imaginaria en el mundo. Presencia física que por otra parte, en trato con otros cuerpos dentro de un espacio, construye “modos de sensibilidad, modos de relación con el otro, modos de producción, modos de creatividad que produzcan una subjetividad singular. Una singularización existencial que coincida con un deseo, con un determinado gusto por vivir, con una voluntad de construir el mundo en el cual nos encontramos, con la instauración de dispositivos para cambiar los tipos de sociedad, los tipos de valores que no son nuestros” (Rolnik y Guattari 2009: 29).

CONCLUSIONES

Al intentar cerrar este proceso de investigación, me doy cuenta de que es únicamente un corte, necesario sin duda, por motivos prácticos y administrativos del mismo; que responden al espacio de disciplinamiento, para la producción de conocimiento desde un enfoque antropológico. Es un corte que obliga repensar sobre los propósitos con los que se gestó esta investigación, los posibles hallazgos, los aportes que saltan en la percepción y estudio de campo, a partir de un conocimiento situado; así como los tropiezos, las frustraciones y la clara consciencia de poder abordar un enfoque siempre parcial y limitado. Sin embargo este ha sido un proceso de vida, de vida académica acompañada por excelentes docentes que me ayudaron a comprender la naturaleza de la disciplina académica y me han aportado con sus miradas y tras sus miradas, con debates que construyen un mundo desde el conocimiento. Agradezco su respeto hacia los tiempos de mi investigación que responden a la adquisición de una percepción mediada por las metodologías etnográficas; la inmersión en ciertos debates y preocupaciones; así como por el proceso de aprehensión y escrituración de la realidad. Representación que finalmente encontró un cause en la asimilación de la tecnología académica, pero siempre con un enfoque interdisciplinario, en este caso por mi propia práctica artística que tensó los límites de las disciplinas, así como sus campos semánticos, sus regímenes de percepción y las formas de representación del conocimiento.

Así, esta propuesta se inició con el objetivo de desnaturalizar los supuestos con los que operaba la palabra cuerpo; palabra que en el proceso de des-esencialización se fue convirtiendo en una categoría de análisis a medida de que comprendía que no hay forma de llegar al cuerpo sin un campo de sentido, en este caso, inscrito en un espacio físico, si se quiere, objetivo, mediado por relaciones íntimas y percepciones subjetivas. El cuerpo se configura como este territorio siempre en contradicción; territorio que abarca todos los opuestos, inasible en su propia materialidad. Inasible, porque nos conduce a la dimensión lo real, inabarcable, ininteligible. Desnaturalizar los supuestos implicó comprender que el cuerpo se produce desde lo simbólico, desde el signo, sus discursos, los imaginarios, sus representaciones que accionan y performan un sentido dentro de una existencia social. De este modo, el cuerpo se convirtió en plural, los cuerpos; para ser situados en un espacio de

construcción social. Se convirtieron en corporalidades, en territorios materiales configurados por los significados.

En esta perspectiva, el proceso de investigación implicó también una transformación en la mirada y la percepción hacia un estado de extrañamiento de la relación tan íntima entre persona y espacio. Enmarcado en lo real, el espacio tiene también esta dimensión inabarcable de la materia; sobre la cual se proyectan los significados, las imaginaciones, los así como los afectos y los deseos. El espacio urbano, contiene la estructura económica y social, contiene las huellas de las políticas que se pueden rastrear en los discursos; unos discursos hegemónicos que se constituyen como un marco de legibilidad para inscripción de las corporalidades. Otros discursos que interpelan esa hegemonía abriendo posibilidades de apropiación del espacio público. De este modo, en el segundo objetivo se planteó la necesidad de comprender la *Plaza Foch* como un proceso histórico de configuración socio-espacial, que hereda en la distribución territorial del poder, un sistema de clasificación y exclusión social, marcado por la subalternización racial y étnica colonialista. Sumado a esta producción racializada del espacio público, heredamos también un sistema patriarcal heterosexual, que asienta sus discursos para la construcción de la ciudadanía desde nociones de moral y decencia que se repiten como credos, todavía cobijados bajo el seno de la iglesia. Estas producciones discursivas se imbrican con procesos de blanqueamiento social, con la expulsión de corporalidades sexo-genéricas diversas y formas de trabajo sexual. Estas persistencias discursivas e imaginarias históricas adquieren sin embargo nuevos formatos en la producción de los regímenes de presencia/ausencia, de separación y exclusión social.

Estos nuevos formatos de producción de espacio estuvieron ligados, a principios del siglo XXI, con discursos de rehabilitación urbana para la recualificación de algunos espacios en la ciudad. Espacios que fueron rehabilitados con la inversión privada y el apoyo de políticas municipales, para el turismo, por una parte. Así se crea la Plaza Foch, antes una jardinera en el medio de un cruce de calles, que fue tomando espacio para ampliarla hasta dimensiones de plaza. Plaza que concentra en sí un sistema de economía terciaria, una recualificación ligada a procesos globales de gestión de las ciudades para la inversión de capitales privados; economía que por su parte instala una lógica de consumo con sus

consecuentes transformaciones en las dinámicas sociales, en las formas de interacción de la población, en los usos del espacio y en los significados que se le atribuyen al mismo, con una proyección hacia el turismo internacional. Así por una parte está la inversión económica privada, que solventa el déficit económico del Municipio para el sostenimiento de espacio público; que sin embargo apoya y protege la inversión con las políticas públicas de rehabilitación urbana. Por otra parte, se comprende que en este proceso de recualificación, se produce una serie de discursos creando un imaginario de degradación de la zona, que justifican la privatización del espacio público para la renovación y recualificación urbanas. Estos discursos apoyan la especulación del valor de las propiedades y convierten al espacio en mercancía que es producida y produce valores de cambio que favorecen la inversión del capital. Proceso neoliberal global inicial que con las nuevas tendencias gobernantes ha sido frenado en cierta manera, por tanto ha adquirido otras formas de discurso sobre el espacio construido. De hecho, en la actualidad, el discurso que prevalece es un discurso de inclusión social, ligado a un imaginario cosmopolita de aceptación de la diversidad en la zona; pero atravesado por una política de sanciones a los infractores que consumen alcohol en las vías públicas. Sin que con esto haya mejorado de depauperación del espacio, de las calles y calzadas, de la contaminación y el daño ambiental.

Dentro de la complejidad de la configuración socio-espacial, no toda La Mariscal es promovida para la renovación urbana. Hay manzanas en el barrio que han sido abandonadas por los habitantes y son lugares de comercio o administrativos que se abandonan a partir de cierta hora en la tarde noche. En ese sentido, no todo el barrio goza del privilegio de la recualificación urbana. Más bien, la Plaza Foch y unas pocas calles aledañas se convierten en el espacio privilegiado para la inversión; donde se impone una lógica espacial ligada a patrones de gasto para unos y acumulación para otros. Es así como el espacio en tanto producto se convierte en mercancía, a la vez que es el medio mismo de reproducción de esta lógica, a partir del espacio practicado como mercancía. De este modo, dentro de la plaza, los usos y apropiaciones se subordinan a las exigencias del valor de cambio que regulan los límites de acceso al mismo, límites ligados a la capacidad de gasto y consumo. De este modo, la Plaza Foch se convierte en un dispositivo disciplinario que organiza y

regula los usos sociales del espacio. En esta relación, norma las corporalidades que ahí se muestran como legítimas; corporalidades que establecen una hegemonía en los regímenes de ser y aparecer. Corporalidades que se producen y reproducen en lógicas de distinción de clase, dominación racial y étnica, discriminaciones y marginaciones de identidades sexuales y de género; ligadas por otra parte, a un proceso de mercantilización de las representaciones corporales por y para el consumo.

Consecuentemente, la Plaza Foch se ha planteado como un enclave de simulacro, cuyo territorio se construye como una simulación, una falsificación de una realidad para la lógica del turismo y del consumo. El espacio está súper vigilado, creando una sensación de seguridad que se desvanece al poner un pie fuera de la cuadra. Es un lugar híper-iluminado por toda suerte de aparatos electrónicos, pantallas, luces de colores, que desaparecen a una cuadra de distancia. La contraparte de este simulacro es el espectáculo, como la producción espacial se mediatiza por la apariencia de la imagen convertida en objeto de consumo. El espacio se decora en función del valor de cambio, creando formas de uso social demarcadas por un sentido de estar dentro o fuera del espectáculo. En esta lógica simulacro/espectáculo, el espacio público se transforma en un dispositivo disciplinario de subjetivación, que moldea las percepciones de lo que puede aparecer y lo que no aparece; tanto como norma los comportamientos y conductas adecuadas a la lógica mercantil del lugar. Así por una parte, el espacio turístico se produce como un dispositivo panóptico supervigilado que restringe el acceso; mientras por otra, se produce desde la seducción, para una sociedad de consumidores, cuyo “culto al triunfador” establece una nueva forma de tecnología de poder para el control: el sinóptico. Control relacionado con una concepción de deseo como placer inmediato y reconocimiento inmediato. En este juego doble de fuerzas, se enmarcan las corporalidades que estarán dentro o fuera de esta lógica, por ende, corporalidades que tendrán más o menos valor, que serán legítimas o ilegítimas, bien vistas o mal vistas, adecuadas o separadas de la sociedad del consumo.

Sin embargo ya en campo, si bien los procesos disciplinarios anteriormente analizados forman parte de la producción de corporalidades, emerge entonces una textura de representaciones y performances urbanos totalmente heterogénea. Heterogeneidad que construye un paisaje imposible de reducir en opuestos binarios; que se expresa y desborda

en formas de manifestación personal, en relaciones con el espacio y con los otros, en usos y apropiaciones, dentro de un juego de tensión y convivencia en el espacio público. Heterogeneidad que abre a la percepción la experiencia de la diversidad, la multiplicidad, la simultaneidad, tanto como prácticas de identificación como de diferenciación. De esta experiencia, se construye un imaginario urbano sobre este espacio con la idea cosmopolita de encuentro de corporalidades, de producciones simbólicas, de performances sociales; que tensan los discursos de moral y de decencia, tensan los modos controlados de la performatividad con la que se construye la noción de ciudadanía. Escenario que en la actualidad se modifica y diversifica aún más, gracias a las migraciones de extranjeros, de turistas, de visitantes nacionales, de poblaciones GLBTI que con su presencia complejizan el paisaje corporal en la zona. Esta complejidad, no está exenta de conflicto, por una parte acarrea, como se ha planteado, imaginarios de separación social, genérica y racial; mientras por otra se producen nuevas formas de segregación a partir de imaginarios de inseguridad que promueven la sospecha y el miedo. El panorama social se fragmenta y organiza con nuevas lógicas de separación social dentro del espacio urbano, separación que constituye también una forma de identidad planteada desde la diferencia. Así se da un proceso imbricado de segregación y auto-segregación del espacio tanto en prácticas de rechazo y disputa, pero también de auto-afirmación y apropiación del espacio.

En este escenario se conforma un imaginario y una lógica de “separación social”, en los cuales se establece una distancia con el otro, con el diferente, pero de una manera velada; a partir de códigos complejos de enunciación, de acción, expresados en actitudes que no son evidentes, pero que cada persona puede percibir subjetivamente. Estos códigos que se asumen tácitamente producen corporalidades que en un juego de aparecer y ocultar, establecen estos límites performativos que regulan el comportamiento, dentro de un ideal cosmopolita, pero enmarcado en una lógica de distancia social. De esta forma, a pesar de que se comparte un espacio, no necesariamente existe el deseo de encuentro entre unos y otros. Se instala un sentido de desconfianza hacia el otro, que se convierte en un mecanismo de regulación del acercamiento social, para crear ciertos marcos de legibilidad bajo los cuales pueden interpretarse los performances sociales. Este sentido de desconfianza se apunala con la percepción de la inseguridad y violencia que se experimenta, o corre el

riesgo de experimentarse cuando se visita esta zona. Nociones que construyen las corporalidades dentro de las vivencias del miedo; miedo que provoca un fuerte impacto emocional, subjetivando la desconfianza y el rechazo a lo desconocido, la sospecha. Este fenómeno complejo es sintomático de las ciudades contemporáneas, cuyos efectos sociales y políticos, estructuran la experiencia individual sobre lo social en el espacio público; a la vez que se comparte desde imaginarios y discursos sociales que moldean la percepción del espacio público. De este modo, se construye una práctica imaginaria y simbólica social, que produce una serie de afectos o desafectos, temores, deseos, generando determinadas estructuras de sentimiento en y hacia el espacio urbano.

Finalmente, el reto está en pensar este espacio como un derecho a la ciudad, el derecho a la transformación, a la diversidad como una política de democratización del acceso de las diferencias que pueden cohabitar en el mismo. *La Mariscal*, gracias a este sentido cosmopolita que se le atribuye puede ofrecer una amplitud de opciones para vivir la ciudad, como lugar de encuentro, de ocio, de entretenimiento, de diversión. Por una parte, la estimulación, la seducción, el control de las relaciones públicas pueden ser leídas como la colonización de la vida por parte del mercado en la sociedad de consumidores; para la autoproducción hiperbolizada y siempre imperfecta e inacabada del yo. Pero por otra, se puede pensar en este espacio público, como escenario de presentación de otras corporalidades, de inteligibilidad, de reconocimiento y de aceptación de las mismas. El sentido de cosmopolitismo puede ampliar el régimen de percepción de las corporalidades, para crear un imaginario social que posibilite prácticas diferentes y permitan re-conocer la humanidad del otro. De este modo, se ampliarán también los derechos al espacio urbano como escenario de disputa política, de reconocimiento, de comunicación, de expresión social para la proyección de afectividades y deseos. Todo esto sumado a una experiencia nocturna que permite en un espacio de relativo anonimato y diversión, la “carnavalización de la vida cotidiana diurna”; en la cual se expresan ciertas tensiones, se desinhiben las corporalidades antes sujetas a los discursos de moral y decencia, que regulan y restringen el comportamiento en el ámbito de lo público. Carnavalización que en sus excesos libera también los deseos, libera las corporalidades sujetas a una única identidad, aunque este produzca en una medida la misma expresión de la violencia contenida en nuestra sociedad.

Ese es el riesgo que hay que tomar para poder generar una dinámica socio-espacial que cree una sensibilidad urbana, más allá de la cotidianidad. Ciertamente, esta carnavalización de la vida diurna conlleva también sus normas, pero son normas más laxas, que permiten a las personas probar la diversidad y explorar formas diferentes de ser, que no excluyen a otras formas. De este modo, la hegemonía de los cuerpos signados por los discursos de moral y decencia, pero también encerrados en el miedo a la violencia, es interpelada a partir de estas producciones corporales que aportan con la diferencia, con la complejidad, con los contrastes y contradicciones que se yuxtaponen en la conformación de este territorio corporal. Así se fragmenta el dispositivo disciplinario espacial, reconfigurando el paisaje de lo público, que se subvierte en los imaginarios de la noche. La fiesta podría no ser tratada únicamente desde la perspectiva del placer estético y del goce, banalizando y despolitizando el espacio público; sino podría constituirse en ese espacio de disputa de sentidos y de otros contenidos incorporados y encarnados en performances de las disidencias. La fiesta nocturna puede ser una posibilidades de desvío y resignificación de las normas performativas de clase, de estatus, normas binarias de género, que viabilicen formas de reapropiación del espacio compartido. Entonces surge esta necesidad de pensar esta disputa en el espacio público como una forma de proponer una práctica política de apropiación, de resistencia, de litigio. Y en esta centralidad en la que convergen diferentes grupos espontáneamente.

En este reflexionar teórico que va y viene por las disciplinas, me propuse dar una forma a esta investigación, a través de lenguajes artísticos que construyan desde sus propios mecanismos de representación su producción de conocimiento. Una propuesta que es una pregunta abierta sin duda, que arriesga a enunciar una de las tantas posibilidades, a partir de la reflexión del quehacer artístico en el espacio público y desde la práctica académica. Una forma que no pretende ser la ilustración de lo que hasta aquí se ha planteado, sino una transfiguración de los conceptos y categorías que se han manejado desde un problema académico. Si bien existe un diálogo interdisciplinar, cada disciplina construye sus formas de representación de la realidad y el conocimiento de la misma a partir de lenguajes determinados. Lenguajes que conllevan esquemas mentales, discursos, así como sus propios disciplinamientos de los regímenes de percepción y producción simbólica; los

cuales dan cuenta y permiten el acceso a lo real desde un enfoque siempre parcial del sentido global. Es decir, con la escritura académica en tanto representación, se puede estructurar de una manera determinada la realidad, se puede profundizar en reflexiones discursivas, se puede ahondar en el conocimiento logocéntrico y racional sobre la realidad, en este caso, sobre la separación social a partir de la producción de las corporalidades. Con los lenguajes del arte, en este caso, la intervención urbana y el performance, da cuenta de otra arista del problema académico, que no puede ser percibida ni escrita por el discurso escrito; sino que halla su simbolización a través de formas de representación que no apelan a lo racional, sino a la percepción y asociación de contenido. Finalmente, lo que el anexo de esta propuesta presenta, es un video que asume a su vez sus propios lenguajes audiovisuales. No es únicamente el registro de una intervención que duró alrededor de seis horas, sino es la transformación de ese registro mediante los lenguajes de carácter artístico y experimental del audiovisual. Transformación que apunta a otras formas de percepción que dan cuenta, ya no de la escritura académica, tampoco de la intervención urbana, sino de una apertura de un nuevo enfoque sobre los temas aquí expuestos. De este modo, el diálogo interdisciplinar encuentra sus límites, a la vez que estos se tensan y expanden en el mismo proceso. Es de esta forma como se resolvió el inicial choque académico que ahora se expresa en estas formas de representación del conocimiento.

Por último, quisiera plantear varios hallazgos que no pueden ser analizados en esta investigación; que en el caso de estudio de esta zona de gran concentración de actividades, rebasa la capacidad de un estudio académico. Esta es una configuración socio-espacial de una extrema complejidad, que no puede ser leída desde una sola perspectiva. A pesar de que en un momento se implementaron políticas globales de renovación urbana y modelos de gestión de la ciudad; estas han sido contrarrestadas por los discursos gobernantes de este régimen político. Así la renovación urbana en La Mariscal, ha adquirido otras formas y connotaciones que no pueden ser tratados de manera homogénea. En otra instancia, como se ha mencionado, es importante comprender con mayor profundidad de complejidad de los procesos migratorios que se territorializan en este barrio. Habría que comprender mejor dónde y cómo se construye la diversidad sexual en relación con los imaginarios y la distribución espacial. Otro problema encontrado es el consumo de adolescentes de

diversión mediado por el alcohol en discotecas vespertinas, no se sabe el grado de clandestinidad, por lo tanto, el nivel de protección a los y las jóvenes que esos espacios frecuentan. Sería importante analizar también, la forma en que se ligan las economías legales e ilegales, formales e informales, como las unas sostienen a las otras en un margen de corrupción aceptada socialmente. De igual modo, en varias entrevistas se habló de crimen organizado, aunque sería una investigación que presenta muchos riesgos, es necesario visibilizar y medir hasta qué punto y cómo está estructurada la criminalidad y cómo se establecen sus relaciones con la policía, cuya imagen se presenta en amplios márgenes de impunidad.

Así, cierro momentáneamente este proceso de búsqueda, que es también de vida; el cual ha sido acompañado por personas, cuyos encuentros, diálogos, perspectivas han enriquecido esta investigación.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Teodoro y Horkheimer, Max (1973). *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires: Editorial SUR, S. A.
- Almeida Ana y Vásquez Elizabeth (2010). *Cuerpos Distintos: ocho años de activismo transfeminista en Ecuador*. Quito: Manthra Editores.
- Álvarez Álvarez, William Andrés (2012). “Fumando Base De Cocaína en La Zona: Ansiedad, Adicción y Violencia”. *Ensayo Final Pensamiento Político*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador.
- Allan, Henry
2009. “Reordenamiento urbano, seguridad ciudadana y centros de tolerancia en Quito y Guayaquil”, *Regeneración, seguridad y tolerancia*, Boletín Ciudad Segura, Quito: FLACSO Sede Ecuador. Programa Estudios de la Ciudad
- Andrade, Xavier (2007). “La domesticación de los urbanitas en el Guayaquil contemporáneo”. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*. Núm. 26, Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
(2007). “Del tráfico entre el arte y la antropología”. *Procesos 25*: 121-128.
(2005). “Guayaquil: renovación urbana y aniquilación del espacio público”. *Regeneración y revitalización urbana en las Américas: hacia un estado estable*. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.
(2005). “Jóvenes en Guayaquil: De las Ciudades Fortaleza a la Limpieza del Espacio Público”. Disponible en: <http://www.laselecta.org/archivos/pdf/jovenes.pdf>
- Arendt, Hannah (1997). *¿Qué es política?* Barcelona: Ediciones Paidós.
- Bajtín, Mijaíl (2003). *La cultura popular en la edad media y en el renacimiento: El contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Barbero, J. Martín (2000). “Las identidades en la sociedad multicultural”. *Guaragua*. Año 4, No. 10, Especial Estudios Culturales (Summer, 2000), pp. 54-70. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/25596147>.
- Barrera Sánchez, Oscar (2011). “El Cuerpo En Marx, Bourdieu Y Foucault”, *Voces y Contextos*, Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana. Año VI, No. 11. Enero-Junio de 2011.
- Baudrillard, Jean (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- Bauman, Zygmunt (2001). *En Busca De La Política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de la Argentina, SA.
2010. *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bondi, Liz (2005). “Gender and the Reality of Cities: embodied identities, social relations and performativities”. Institute of Geography, School of Geosciences, University of Edinburgh.
- Borja, Jordi (2001). “La ciudad y la nueva ciudadanía”. Conferencia pronunciada en el "Fórum Europa". Barcelona, junio de 2001. Disponible en: <http://www.oei.es/cultura/LaciudadJBorja2.htm>
- Borja, Jordi y Muxi, Zaida (2003). *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Electa.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
(1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

- (1986). "Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo". *Materiales de Sociología Crítica*. Madrid: La Piqueta.
- Bourgois, Philippe (2009). "Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas". *Guatemala: violencia desbordadas*. Córdoba: Servicio de Publicaciones, Universidad de Córdoba.
- Braidotti, Rosi (2005). *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid: Ediciones Akal.
- Brea, José Luis (s/f). *Políticas del Arte (s.21)*. Revista Virtual Acción Paralela N° 4. Disponible en: <http://www.accpar.org/numero4/politicas.htm>
- Butler, Judith (2010). *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.
- (2004). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Editorial Síntesis.
- (2002). *Cuerpos que importan*. Barcelona: Editorial Paidós
- (2002). "Sexualidades Transgresoras". *Una antología de estudios queer*. Editorial Icaria, pp. 55-79.
- (1993). *Críticamente subversiva*. Texto transcrito de Mérida Jiménez, Rafael (ed.).
- (1990). "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista". *Performing Feminisms: Feminist Critical Theory and Theatre*. Johns Hopkins University Press, pp. 296-314.
- Caldeira, Teresa Pires do (2007). *Ciudad de Muros*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Carrión Mena, Diego (2006). "Percepción inseguridad ciudadana". *Ciudad Segura*. Año: 2007 n.15 Quito, Ecuador: FLACSO - Sede Ecuador.
- (1983). *La Renovación Urbana en Quito* (1 Ed). Quito: FRAGA.
- Castañeda Morales, A. (2011). "De noche en la ciudad. Estudios de la noche. El caso de la Noche caleña". *Historia y Espacio*. Norteamérica, 0, oct. 2011. Disponible en: <http://dintev.univalle.edu.co/revistasunivalle/index.php/historiayespacio/article/view/609>
- Castel, Robert (2004). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* España: Manantial.
- Castoriadis, Cornelius (1997). "El Imaginario Social Instituyente". *Zona Erógena*. N° 35. Disponible en: <http://www.educ.ar>
- Cervone, Emma (1999). *Ecuador racista: imágenes e identidades*. Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- Citro, Silvia (2009). *Cuerpos significantes: travesías de una etnografía dialéctica*. Buenos Aires: Editorial Biblos/Culturalia.
- Connerton, P. (1992). *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge UP.
- Córdova M., Marco (2005). *Quito: imagen urbana, espacio público, memoria e identidad*. Quito: Ediciones Trama.
- Cornejo Portugal, Inés (2006). "El centro comercial: ¿una nueva forma de "estar juntos"?"". *Identidades urbanas, Cultura y representaciones sociales*. Año 1, núm. 1, septiembre 2006, 93.127
- Cortés, José Miguel (2009). *Deseos, cuerpos y ciudades*. Barcelona: Editorial UOC.
- Croci, Paula y Vitale, Alejandra (2000). *Los cuerpos dóciles, hacia un tratado sobre la moda*. Buenos Aires: La Marca editora.
- Da Matta, Roberto y Green, Ray (1983). "An Interpretation of "Carnaval"". *SubStance*. Vol. 11/12, Vol. 11, no. 4 - Vol. 12, no. 1, Issue 37-38: A Special Issue from the Center for Twentieth Century Studies (1982/1983), pp. 162-170, University of Wisconsin Press.

- De Certau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano. Las artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Delgado, Manuel (2007). *Sociedades movilizadas: pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- (2002). *Disoluciones urbanas: procesos identitarios y espacio público*. Medellín: Universidad de Antioquía.
- (2002). "Etnografía del Espacio Público". [Revista de antropología experimental](#), ISSN 1578-4282, **Nº. 2, 2002**. Universitat de Barcelona,
- Debord, Guy (2008). *La sociedad del espectáculo*. Editorial Pre-textos: Valencia.
- Deleuze, Gilles (2007). *Dos regímenes de locos*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- Descartes, Rene (1641). *Meditaciones metafísicas*, edición electrónica de la www.philosophia.cl/ Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
- Diccionario de la Real Academia Española. Disponible en: <http://buscon.rae.es/>
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela (2004). "Conflictos por el espacio y orden urbano". *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 19, No. 2 (56) (May - Aug., 2004), pp. 257-288, Published by: El Colegio De México Stable, URL: Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/40315183>
- Espinoza, Alejandra Araya (2006). "El castigo físico: el cuerpo como representación de la Persona un capítulo en la historia de la Occidentalización de América, siglos xvi-xviii". *HISTORIA No 39*. Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile: Vol. 2, julio-diciembre 2006: 349-367, ISSN 0073-2435.
- Expósito, Roberto (2006). *Bios. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Expósito, Marcelo y Mouffe, Chantal (1997). "Pluralismo artístico y Democracia radical. Un breve intercambio con Chantal Mouffe alrededor de las actividades culturales, las prácticas artísticas y la democracia radical". *Revista Virtual Acción Paralela*. Disponible en: <http://www.accpar.org/numero4/mouffe.htm>
- Febres Cordero, Francisco (1988). *La Mariscal, la inocencia perdida*. Quito: Edimpres.
- Fernández de Castro, Augusta (1989). "Quito: Crecimiento y Dinámica de una Ciudad Andina". *Revista Geográfica, No. 110*. (julio-diciembre), pp. 121-164, Pan American Institute of Geography and History. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/40992597>
- Flores Martos, Juan Antonio (2001). "Un continente de carnaval: etnografía crítica de Carnavales Americanos". [Anales del Museo de América](#). ISSN 1133-8741, **Nº. 9, 2001**, págs. 29-58. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1456043>
- FONSAL (2009). "Recuperación Urbana Arquitectónica Del Centro Histórico De Quito". *Documentos De Trabajo – 10º Foro De Biarritz*, Quito (Ecuador) - 1 y 2 de Octubre.
- Foucault, Michel (2003). *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Tomo I, México, Siglo XXI.
- (1999). *Estética, Ética y Hermenéutica*. Barcelona, Paidós,
- (1998). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Franquesa, Jaume (2007). "Vaciar y llenar, o la lógica espacial de la neo liberalización". *Reis*. No. 118 (Apr. - Jun., 2007), pp. 123-150, Centro de Investigaciones Sociológicas. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/40184799>.

- Freud, Sigmund (1979). "Pulsiones y destinos de pulsión". *Obras Completas*. Volumen XIV - Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico». Buenos Aires/Madrid: Amorrortu Editores.
- García Canclini, Néstor (1999). *Imaginario urbanos*. Buenos Aires: EUDEBA.
- García Canclini, Néstor; Castellanos, Alejandro y Mantecón, Ana Rosas (1996). "La ciudad de los viajeros". *Travesías e imaginarios urbanos: México, 1940-2000*. Colección Antropología México: UAM / Grijalbo.
- Geertz, Clifford (2001). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giddens, Anthony (1991). *Interacción social y vida cotidiana*. Madrid: Alianza.
- Gil Rodríguez, Eva Patricia (2005). "Simulacro, Subjetividad y Biopolítica; De Foucault a Baudrillard", [Revista Observaciones Filosóficas - N° 1 / 2005](http://www.observacionesfilosoficas.net/simulacrosubjetividad.html#), Universidad Autónoma de Barcelona. Disponible en:
<http://www.observacionesfilosoficas.net/simulacrosubjetividad.html#>
- Goffman, Erving (1956). *La representación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gómez, Pedro Arturo (2001). "Imaginario sociales y análisis semiótico: Una aproximación a la construcción narrativa de la realidad". *Cuadernos*. Facultad Humanidades Ciencias. Sociales, Univ. Nacional. Jujuy. Disponible en:
http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1668-81042001000200012&lng=es&nrm=iso
- Gómez Peña, Guillermo (2005). "En defensa del arte del performance". *Horizontes Antropológicos*. Porto Alegre, año 11, n. 24, p. 199-226, jul./dez.
- Hall, Stuart (1997). "Introduction". *Representation: cultural representations and signifying practices*. Londres, Sage Publications y the Open University.
- Hanley, Lisa y Ruthenburg, Meg (2005). "Los impactos sociales de la renovación urbana: el caso de Quito, Ecuador". *Regeneración y revitalización urbana en las Américas: hacia un estado estable*. Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- Harvey, David (2008). "La libertad de la ciudad". *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*. Antípoda n° 7, julio-diciembre 15-29.
- Hollenstein, Patric (2008). *La reproducción de la dominación racial: experiencias de una familia indígena en Quito*, Quito: FLACSO – Sede Ecuador.
- Hurtado Cano, Daniel (2010). *Concepto y productores de lugar: un acercamiento etnográfico a La Condesa en la Ciudad de México*. México D.F.: Tesis de Maestría Estudios Sociales FLACSO Sede México.
- Janoschka, Michael (2002). "El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización". *EURE (Santiago)* [online]. 2002, vol.28, n.85 [citado 2012-11-23], pp. 11-20. Disponible en:
http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S025071612002008500002&lng=es&nrm=iso
- Kingman, Eduardo (2009). *Lo urbano, lo social: la historia social urbana*. Quito: FLACSO Sede Ecuador, Ministerio de Cultura.
- (2006). *La ciudad y los otros. Quito 1860-1950. Higienismo, ornato y policía*. Quito: FLACSO, FONSA.
- (2004). "Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura". *Íconos: revista de Ciencias Sociales*. Año: 2004 n.20, Quito, Ecuador: FLACSO - Sede Ecuador.

- Kingman Garcés, Eduardo y Goetschel, Ana María (2005). “El patrimonio como dispositivo disciplinario y la banalización de la memoria: una lectura histórica desde los Andes”. *Regeneración y revitalización urbana en las Américas: hacia un estado estable*. Quito: FLACSO - Sede Ecuador. 268 p.
- Kingman, Eduardo Prats, Llorenç (2008). “El patrimonio, la construcción de las naciones y las políticas de exclusión. Diálogo sobre la noción de patrimonio Centro-h”, *Revista de la Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos No. 1*, agosto 2008, pp. 87-97 © OLACCHI • I S S N : 1 3 9 0 - 4 3 6 1
- Lazzarato, Maurizio (2000). “Del Biopoder a la Biopolítica”. *Revista francesa MULTITUDES*, nº 1, Marzo- 2000. Disponible en:
<http://multitudes.samizdat.net/Del-biopoder-a-la-biopolitica>
- Le Breton, David (1995). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lepecki, André. 2006. *Agotar la danza. Performance y política del movimiento*, Danza y pensamiento, Alcalá: Centro coreográfico académico.
- Link L, Felipe (2010). *EURE* (Santiago) [online], vol.36, n.108 [citado 2012-07-09], pp. 155-159. Disponible en:
http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612010000200008&lng=es&nrm=iso
- Low, Setha M y Lawrence-Zuñiga, Denise (2007). *The anthropology of space and place*. Singapore: Blackwell Publishing
- Marcus, George y Michael Fischer (2000). *La antropología como crítica cultural: un momento experimental en las ciencias humanas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Martell, Lenin. “La Fragmentación del Espacio Público Global”. *Razón y Palabra* [en línea] 2007, vol. 12 [citado 2012-11-22]. Disponible en:
<http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=199520735010>.
- Melgar Bao, Ricardo (2012). “La violencia simbólica y los imaginarios juveniles latinoamericanos: lo oscuro, lo bajo y lo sucio”. *Revista Virtual En el Volcán. Número 10, Junio de 2012*. Disponible en:
<http://www.enelvolcan.com/jun2012/144-la-violencia-simbolica-y-los-imaginarios-juveniles-latinoamericanos-lo-oscuro-lo-bajo-y-lo-sucio>
- Mougeot, Luc; Toñáñez, Raquel (1976). “El barrio Mariscal Sucre: anatomía urbanística del proceso de valorizaciones. Una ciudadela residencial de Quito”. *Revista Geográfica*. No. 84, Ecuador, pp. 133-154, Pan American Institute of Geography and History. Disponible en:
<http://www.jstor.org/stable/40992304>
- Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (2006). *Plan General de Desarrollo Territorial del Distrito metropolitano de Quito, Memoria Técnica 2006-2010*. Dirección metropolitana de planificación territorial, Quito: Imprenta Municipal. Municipio de Quito
- (2004). *Plan Equinoccio 21, Quito hacia el 2025 (Resumen)*. Plan Estratégico del DMQ, Quito.
- Núñez, Jorge (2012). *Riñas callejeras y demás lugares públicos en el DMQ*, Tesis doctoral, Universidad de California.
- Pedraza Gómez, Zandra (2004). “El régimen biopolítico en América Latina”. *Cuerpo y pensamiento social*. Rev15-01 1/9/04 19:55 Página 7-19.

- Pontón Cevallos, Jenny (2009). "Centros de tolerancia y regeneración: debate ausente en la agenda mediática". *Boletín Ciudad Segura*. Quito: FLACSO Sede Ecuador. Programa Estudios de la Ciudad.
- Pontón, Jenny y Santillán, Alfredo (2010). *Nuevas problemáticas en seguridad ciudadana*. Quito: FLACSO- sede Ecuador.
- Quesada Avendaño, Florencia (2006). "Imaginario urbano, espacio público y ciudad en América Latina". *Pensar Iberoamérica Revista de Cultura*. Número 8 - abril-junio 2006, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Disponible en: <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric08a03.htm#>
- Ramírez Gallegos, Franklin (2008). "El espacio público como potencia. Controversias sociológicas desde la experiencia participativa de Medellín". *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, septiembre, 61-73. Quito: FLACSO-Sede Ecuador
- Rancière, Jacques (2010). *El espectador emancipado*. Buenos Aires, Editorial Manantial.
- (2006). *Política, policía, democracia*. Santiago de Chile, LOM Ediciones.
- (2005). *Sobre políticas estéticas*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona-Museu d'Art Contemporani de Barcelona.
- Reguillo, Rossana (2000). "La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas", en: Rotker, S. (Editora) *Ciudadanías del miedo*. Venezuela, Nueva Sociedad.
- Richard, Nelly (1993). "1. La política de los espacios; crítica cultural y debate feminista". *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática*. Santiago: Francisco Zegers.
- Rolnik, Suely y Guattari, Félix (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Sabsay, Leticia (2011). *Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Sáez, Begonya y Meri Torras (ed.) (2007). "Formas de la identidad contemporánea", *Cuerpo e identidad*, Barcelona: Edicions UAB.
- Sancho Ordoñez, Fernando (2012). *Masculinidades hegemónicas: espacios públicos, homofobia y exclusión*. Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- Santillán, Alfredo (2006). "Desmitificar la inseguridad ciudadana". *Ciudad Segura*. Año: 2007 n.15 Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- Schechner, Richard (2000). *Performance. Teoría y prácticas interculturales*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Segura, Ramino (2006). *Territorios del miedo en el espacio urbano de la ciudad de la plata: efectos y ambivalencias*. En http://perio.unlp.edu.ar/question/numerosanteriores/numeroanterior12/nivel2/articulos/informesinvestigacion/segura_1_informes_12primavera06.htm
- Sloterdijk, Peter (2002). *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*. Valencia: Pre-Textos.
- Taylor, Diana (s/f). "Hacia una definición de performance". Disponible en:
<http://www.crim.unam.mx/cultura/ponencias/PONPERFORMANCE/Taylor.html>
- Torras, Meri (2007). "El delito del cuerpo", *Cuerpo e identidad*. Barcelona: Edicions

UAB.

- Val, Jaime (2006). “Cuerpos frontera. Imperios y resistencias en el pos-posmodernismo”. *Artnodes*. Número 6 (2006) I ISSN 1695-5951. Disponible en: www.uoc.edu/artnodes
- Vázquez, Tabaré; Arana, Mariano; Carrión Mena, Fernando (1994). *Jornadas iberoamericanas de rehabilitación URBANA: políticas, estrategias y proyectos*. Montevideo: Intendencia Municipal de Montevideo.
- Vásquez Von Schoettler, Werner (2006). *El aprendizaje del cuerpo desde una perspectiva intercultural*.(s/d).
- Wacquant, Loïc (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Zaffaroni, Adriana María; Choque, Isabel Gerardo y Guaymás, Álvaro (2011). *Las fiestas populares, la memoria y la participación de los jóvenes. El caso del carnaval salteño desde la mirada de las alteridades*. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/oficiosterrestres/article/viewFile/656/1028>

DOCUMENTOS

- Ordenanza de Zonificación para el sector La Mariscal. Registro Oficial No 147 del día jueves 17 de Noviembre del 2005. Disponible en: http://www7.quito.gob.ec/mdmq_ordenanzas/Ordenanzas/ORDENANZAS%20AÑOS%20ANTERIORES/ORDM-190%20-%20SUELO%20COMERCIAL%20Y%20DE%20SERVICIOS.pdf
- Ordenanza Metropolitana No. 0270, 03 de septiembre del 2008. Disponible en: http://www7.quito.gob.ec/mdmq_ordenanzas/Ordenanzas/ORDENANZAS%20AÑOS%20ANTERIORES/ORDM-270%20-%20POLICIA%20METROPOLITANA.pdf
- El Comercio (15/10/2006). “La plaza El Quinde renovó a La Mariscal”
- El Comercio (27/02/2010). “13 razones para ir a la plaza El Quinde
- El Comercio (03/12/2006). “Las postales muestran un Quito moderno”
- El Hoy (30/06/2009). “La Mariscal, en Quito, es aún zona de tolerancia”
- El Comercio (03/10/2005). “La delincuencia no se aleja de La Mariscal”
- El Comercio (20/10/2006). “La seguridad se evalúa en La Mariscal”
- El Quiteño (01/03/2013). “Dos hombres golpeados a puntapiés”

PÁGINAS WEB

- “Sitio Oficial Turístico de Quito”. Disponible en: <http://www.quito.com.ec/index.php/explora-y-disfruta/la-mariscal>.
- “Secretaría de Territorio, Hábitat y Vivienda”. Disponible en: http://sthv.quito.gob.ec/index.php?option=com_content&view=article&id=20&Itemid=68
- “Red de Antropología del Cuerpo” Disponible en: <http://www.antropologiadelcuerpo.com>
- “Programa de Intuición moral y ciudadana”. Disponible en: http://www.lamariscal.com/PIMC3/index.php?option=com_content&task=view&id=27&Itemid=2
- “Corporación La Favorita”. Disponible en:

<http://www.supermaxi.com/portal/es/web/supermaxi/inicio>

“Soy Mariscaleño”. Disponible en:

<http://www.edg.ec/node/32>

“Quito Adventure”. Disponible en:

<http://www.quitoadventure.com/relax-ecuador/diversion-quito/lugares/plaza-foch.html>

“Portal Turístico”. Disponible en:

<http://www.quitolatino.com/es/component/content/article/15-quito/50-los-artesanos-de-la-plaza-foch.html>

ENTREVISTAS

Santillán, Alfredo. 08-05-2012

MV y AH. 17-04-2012

MJV. 12-05-2012

K, MT, D, P y L. 12-05-2012

GB. 13-04-2012

JM. 02-05-2012

JB. 01-05-2012

LEC. 18-05-2012

EM. 18-05-2012

CZ. 03-05-2012

PP. 03-05-2012

WS. 12-05-2012